

CAPÍTULO TRES

Ignacio de Loyola vela sus armas en la capilla de Montserrat ante el altar de la virgen. Don Quijote de la Mancha vela las suyas ante el pilar del patio de la venta. Los dos son acosados en su recogimiento: Ignacio, supuestamente, por el demonio, don Quijote por unos arrieros. Ambas ceremonias ocupan casi toda la noche y, una vez finalizadas, uno abandona el monasterio, el otro la venta.

En general, todo el capítulo, desde la llegada hasta la salida de la venta, podría considerarse como una composición de lugar en la que todos los elementos (ámbito, personas, cosas y circunstancias) se presentan como vivencias metafóricas de la realidad que representan. Un ejercicio que, aparentemente, solo realiza don Quijote cuando transmuta en castillo todo lo relacionado con la venta, aunque también nosotros, de la mano de Cervantes, formalizamos otra composición transformando en venta el monasterio y demás elementos alusivos a las fuentes ignacianas.

PENSANDO COMO SIEMPRE SOLÍA

Aunque conocemos, sobradamente, el famoso fragmento del final del capítulo dos del Relato, el significativo texto donde Loyola recuerda su afición a los libros de caballerías y la imitación casi obsesiva que hacía de ellos, volvamos a releerlo

Y fuese su camino de Montserrat, **pensando**, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes **libros**, veníanle algunas cosas al **pensamiento** semejantes a aquellas; y así **se determinó** de **velar sus armas** toda una **noche**, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues partido de este lugar, fuese, según su costumbre, **pensando** en sus propósitos; y llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto. La víspera de nuestra Señora de Marzo en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante el altar de nuestra Señora; y una veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche. Y en amaneciendo se partió por no ser conocido. (R, 17-18).

Camino de Montserrat, alejado definitivamente del entorno familiar, aunque todavía vestido y armado como caballero, Loyola ya ha sustituido, en su mente, las hazañas militares con las que tanto soñaba por las nuevas “hazañas que había de hacer por amor de Dios”.

Pero su personalidad no ha cambiado, las tendencias obsesivas están ahora virando desde lo caballeresco a lo divino, pero obcecadamente, tal como matiza el adverbio ‘siempre’ (“pensando, como siempre solía”) con el que se insiste en el pensamiento continuo, en la inquietante ansiedad de formalizar la nueva idea.

Carecía de recursos para darle forma, para materializar y exteriorizar un proyecto en el que los demás también creyeran, porque “ser es ser alguien, y ser alguien es serlo para

los demás”⁶⁸². Conoce los procedimientos propios del mundo militar y de los libros de caballerías, pero ignora los pasos esenciales para iniciarse como un peregrino hacia la santidad. Con ese dilema, mientras camina hacia Montserrat, se pregunta ¿qué hacer? ¿Qué pasos dar?

Y él mismo encuentra la solución acudiendo a los únicos recursos de que dispone, la imaginación y la memoria de los libros de caballerías (“tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros”). Y decide hacer lo que había leído en ellos, velar las armas y cambiar de vestido, escenificar una mudanza que ha estado meditando y en la que mezcla, ingenuamente, elementos de los libros caballescicos y de las últimas lecturas religiosas.

Avanza, pues, hacia el monasterio diseñando minuciosamente un plan de actuaciones inspirado en el Amadís. Pero ¿en qué consiste? En “velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo”.

Es lo que “tenía determinado”, lo que había planeado estando en la casa-torre, un proyecto. Pero ¿qué hizo antes de llegar al monasterio?

Y llegando a un pueblo grande antes de Montserrat, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusalén; y así compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula. (R, 16).

No adquiere una túnica de peregrino. Compra, al parecer en Lérida y según tenía determinado, una tela tosca e inapropiada para vestir y manda hacer un traje largo, a modo de saco, “hasta los pies”.

Lo tiene todo previsto, meditado. Pretende, por un lado, imitar a los santos más pobres, a los peregrinos más humildes y, por otro, ocultar, consciente o inconscientemente, la pierna fajada que le había quedado corta y flaca.

Compra, también, los otros dos distintivos de los romeros, un bordón (“báculo en que se sustenta el que camina a pie”⁶⁸³) y una calabacita para beber.

Coloca la indumentaria adquirida en la parte delantera de la silla de la mula y continúa camino del monasterio “pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas”.

Alternan en el breve fragmento los dos ‘Iñigo-Ignacio’ que llegan a Montserrat. El nuevo, con el pensamiento obsesivo de hazañas “por amor de Dios”; el viejo, con el entendimiento lleno de hazañas de los libros de caballerías. Ambos conviven y van a mostrarse juntos en el monasterio, igual que juntos se muestran el hombre ingenuo y fantasioso que cree a pie juntillas en los libros, y el precavido y cauto que, a pesar del cacao mental, va a organizar calculadamente los actos a realizar en el monasterio.

Nada más llegar, lo primero que hace es rezar e, inmediatamente, busca un confesor con el que realiza una confesión general que duró tres días, al cabo de los cuales se despojó de los elementos internos que le identificaban con su pasado (mula⁶⁸⁴, espada, puñal y el

⁶⁸² Castilla del Pino 1997: 440.

⁶⁸³ Covarrubias 1993.

⁶⁸⁴ “Para que la escenificación fuere más adecuada al estilo de los caballeros, <<concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en el altar de Nuestra Señora>>” Leturia 1989: 62.

rico traje de persona acomodada) “y se vistió de su deseado vestido”, es decir, la indumentaria de peregrino adquirida en Lérida: las “finas ropas y la espada y la daga fueron dejadas de lado, y con ellas la identidad de Iñigo. En su lugar aparecieron el paño tosco y el bordón del peregrino. No sería exacto decir que Iñigo fingió la identidad del peregrino. No fue tan fácil. La apariencia del peregrino fue más una transición, una búsqueda de identidad”⁶⁸⁵ en la que ha dado dos pasos decisivos. El externo, la ropa, y el interno, la larga y exhaustiva confesión general con la que esperaba limpiar, definitivamente, los restos ‘interiores’ del pasado y cumplir, como vimos en el capítulo anterior, con el ‘precepto jurídico’, con la obligatoriedad de limpieza de cuerpo y alma que, según las Siete Partidas, debe preceder a la vela de armas.

Hubo, efectivamente, una transición, un tiempo, impreciso, en el que unos pensamientos convivían con otros. Poco importa si fingió, o en qué medida, porque es evidente que representó, que la nueva identidad no ocupó, de pronto, el vacío de la otra, fundamentalmente porque, como vimos en el capítulo primero, “uno de los elementos claves de la personalidad es el hecho de que permanece *relativamente estable* a lo largo de toda la vida”⁶⁸⁶ y, en este caso, lo que permaneció estable, y al margen de las vestiduras, fue el lector empedernido y soñador, el fantaseador de libros, verdaderos motores de un entusiasmo idealista que genera un afán de “hazañas” militares o divinas. “Dada la gran importancia de la lectura en el mundo ignaciano, resulta paradigmático que el inicio de su <<mutación>> quede reflejado por libros representativos de sus dos etapas vitales [...] su sensibilidad y su gran capacidad de <<imaginar>> situaciones en las que volcaba su compasión, interpretando la palabra en su sentido etimológico, debieron de contribuir todavía más a una vivencia muy directa de la literatura”⁶⁸⁷.

Aunque algunos investigadores ignacianos han sostenido, basándose en las estancias de Iñigo en la Corte de los Reyes Católicos, que conoció y se inspiró para la vela de armas en las *Siete Partidas*, la mayoría de los estudiosos, ateniéndose al testimonio expreso de Loyola recogido en el Relato (“tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros”), citan, como fuente fundamental de la vela, el final del libro cuarto de la obra de Garci Rodríguez de Montalvo: “El entusiasta lector de Amadís de Gaula tenía presente aquel final del libro IV, en que se describe el acto de armar caballero al primogénito y heredero de Amadís y de Oriana, rodeado de los cuatro donceles, que le hacen la corte. La escena se desarrolla en una capilla <<guarnecida de oro e piedras de muy gran valor>>. La Princesa Uganda viste primero las armas al Príncipe, que ansía por salir a libertar al Rey Lisuarte, su abuelo. Otras Princesas hacen otro tanto con los donceles que le dan guardia.

La escena central de la vela de armas viene descrita en estas líneas: <<Teniendo a Esplandián en medio, fincados de rodillas delante del altar de la Virgen María, velaron las armas, así como era en aquel tiempo costumbre. Todos tenían las manos y las cabezas desarmadas, y Esplandián estaba entre ellos tan hermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto que hacía mucho maravillar a todos aquellos que le veían fincado de hinojos con mucha devoción e grande humildad, rogándola que fuese su abogada con el su glorioso Hijo, que le ayudase y enderezase en tal manera que, siendo su servicio, pudiese cumplir con aquella tan gran honra que tomaba, y le diese gracia por la su infinita bondad cómo por él, antes que por otro alguno, el Rey Lisuarte, si vivo era, en su honra e reino restituido fuese. Así estuvo toda la noche, sin

⁶⁸⁵ Meissner 1995: 122.

⁶⁸⁶ Belloch 2002: 11.

⁶⁸⁷ Cacho 1992: 143-144.

que en cosa alguna fablase, sino en estas tales rogarías y en otras muchas oraciones, considerando que ninguna fuerza ni valentía, por grande que fuese, tenía más facultad que la que allí otorgada le fuese>>”⁶⁸⁸.

Los fragmentos señalados por los mismos jesuitas en bastardilla demuestran, claramente, que la influencia de los libros de caballerías no fue algo anecdótico en la vida de Ignacio, que su vela de armas fue un remake de la de Esplandián: el mismo lugar, postura, devoción, objetivo y tiempo. Tenía muy claro, muy meditado, lo que pretendía hacer. Fue, insistimos, una idea obsesiva, como lo demuestra el hecho de que, en el fragmento del Relato, se repita, hasta tres veces, el concepto ‘pensar’ y, en dos de ellas, dentro del contexto de una idea fija, de una obsesión: “**pensando**, como siempre solía [...] según su costumbre, **pensando** en sus propósitos”.

Cacho Blecua, partiendo de ese mismo fragmento del Relato, plantea la hipótesis de la ceremonia como una forma de satisfacción de anhelos frustrados: “Ignacio no ha sido nunca caballero en el estricto sentido de la palabra, por lo que su investidura quizás podría explicarse no solo como mera imitación de unos modelos literarios, sino como satisfacción de unos anhelos profanos anteriormente no satisfechos, ahora transformados espiritualmente. Pero si esto no deja de ser una hipótesis que no está avalada por ninguna documentación, el sentido del acto se percibe con claridad desde una perspectiva antropológica. En otras ocasiones he analizado la investidura de armas como una iniciación en la que se produce una especie de muerte ritual; el iniciado deja a un lado su mundo anterior, para <<renacer>> en un <<mundo nuevo>> mucho más pleno, lo que suele corresponder también al cambio de vestimentas y en ocasiones también de nombre. Si alguien quiere llegar a caballero, recomienda Geoffroi de Charny, conviene que confiese todos sus pecados y que reciba la eucaristía; la entrada en la caballería comienza así por un acto religioso. Parece significativo que Ignacio haya concertado con el confesor que mandase recoger la mula <<y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora>>. Son signos externos de una vida anterior, modificada también por un cambio de vestidos, y por el bordón que le podrá identificar en su nuevo estado. La transformación es religiosa y radical, con unas nuevas armas (<<las de Cristo>>), un nombre nuevo y una dama bien diferente”⁶⁸⁹.

No obstante, la esencia de ambas ceremonias resultó absurda en cuanto que son simples aproximaciones, imitaciones de un ritual que, en los dos casos, carecen de validez. Ni Loyola ni don Quijote llegaron a convertirse en verdaderos caballeros pues, como ya apuntaba Bowle en 1777, no podían ser nombrados, según la Partida II, título 21, “por nadie que no fuera caballero, que ningún clérigo ni religioso tenía esta potestad.”⁶⁹⁰

ESPIRITUAL REPRESENTACIÓN

También Ribadeneyra informa sobre el mismo fragmento comentado del Relato y, como siempre, su versión, al ir más allá de la simple difusión de los hechos, se transforma en una intencionada interpretación que, también como siempre, formará parte de la esencia de la novela

Es Montserrat un monasterio de los religiosos de san Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado a la Madre de Dios y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen a él a pedir favores, o hacer gracias de los recibidos, a la santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo

⁶⁸⁸ Loyola 1947: 11: 149-150.

⁶⁸⁹ Cacho 1992: 150-151.

⁶⁹⁰ Bowle 1777: 6.

primero que hizo fue buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones; el cual fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y intentos. Dejó al monasterio su cabalgadura; la espada y daga de que antes se había preciado y con que había servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora.

Corría el año mil quinientos y veintidós, y la víspera de aquel alegre y gloriosísimo día que fue principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su santísima madre; y ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fue a un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y diole todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistióse de aquel su deseado saco que tenía comprado y púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen. Y porque suele nuestro Señor traer los hombres a su conocimiento por las cosas que son semejantes a sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan a entender y gustar las que antes no entendían; quiso también que fuese así en nuestro nuevo soldado. El cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías, que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas (mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes) que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo la enmienda de la vida para adelante. (Vida I, IV)

Lo más destacable, en un primer cotejo con el fragmento del Relato, es la doble extensión utilizada, aunque sin aportar algo nuevo.

En ambos textos se dice lo mismo: que llegó a Montserrat e, influido por los libros, se confesó, dejó la mula, los vestidos, las armas y veló toda la noche. El resto, prácticamente lo no señalado en negritas, es prosa de relleno, humo que nubla y distorsiona la nítida exposición de la verdad para descafeinar la ingenua y absurda alternativa elegida por el futuro santo.

Aparecen, además, algunos detalles añadidos con fines edificantes y didácticos.

El monasterio, por ejemplo, no es solo un nombre como en el Relato, sino un lugar santo, concurrido y donde se producen “*continuos milagros*”. Un escenario digno y con la espiritualidad apropiada para encontrar el “*escogido confesor*” y “*padre y maestro espiritual*” que la Compañía recomendará a sus feligreses.

Pero donde más se aprecia el temor de Ribadeneyra a la verdad es en la forma que tiene de embrollarla, de rellenarla para desfigurar la información. Es la misma fórmula ya utilizada en la dedicatoria “*A los hermanos*” para desconcertar al lector con aquel “*y todo eso tengo yo como entonces se escribió*”.

Igual que entonces, la información se encuentra dividida en dos fragmentos separados por un punto y aparte. Cada uno de los fragmentos contiene, a su vez, información real (resaltada en negritas) procedente del Relato, pero que ha sido sutilmente camuflada, por delante y por detrás, con la ya conocida prosa amodorrante que resta fuerza al contenido real, que aclara el caldo espeso del Relato y diluye, con palabrería, la información sobre la extravagante, anacrónica y poco edificante ceremonia.

En ese sentido, Ribadeneyra es un lector crítico del Relato, un censor de su contenido. Además de atemperar su fuerza, suprime detalles tan importantes como la información sobre el pensamiento obsesivo, sobre la “ansiedad abrumadora”⁶⁹¹ y la alienación caballerisca (“tenía todo el entendimiento lleno de aquella cosas”) presente en toda la ceremonia. En realidad, su último objetivo es convertir el gesto de inmadurez espiritual y delirio libresco, en una divina adaptación, en una ocasional y oportuna representación espiritual, pues la vela, según él, fue la forma utilizada por dios para aproximarse a Loyola (“*suele nuestro Señor traer los hombres a su conocimiento*”).

No obstante, la información está ahí, lo esencial de la ceremonia queda especificado: pasó toda la noche, en pie o de rodillas, velando ante la virgen. El problema es el cómo lo dice y la conclusión final: “*encomendándose de corazón a ella, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo la enmienda de la vida para adelante*”.

Nada semejante aparece en el Relato, en realidad Loyola, en el momento de la vela, no se encontraba preparado, espiritualmente, para tal planteamiento, pero Ribadeneyra, siempre didáctico y remendón, lo añade para dotar al caballeresco acto de un sentido profundo, para desconectarlo de la identidad anterior de Iñigo y relacionarlo con una madurez espiritual de la que el nuevo Ignacio todavía carecía.

FATIGADO DE ESTE PENSAMIENTO

En el capítulo anterior dejamos a don Quijote protagonizando la más extraña y fastidiosa cena jamás descrita en libros de caballerías, tanto por la pésima calidad del menú como por las incómodas circunstancias de su desarrollo. Sin embargo, quedó muy claro que a don Quijote no le preocupaban ni la comida, ni las incomodidades, ni la burla colectiva de sus acompañantes y demás espectadores de la venta. Su único interés (“lo que más le **fatigaba** era el no verse armado caballero”) era el mismo que sigue preocupándole ahora al comienzo del capítulo tres

Y, así, **fatigado** deste **pensamiento**, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole

El concepto de ‘fatiga’ cierra y abre los dos capítulos, aunque aludiendo, en ambos casos, no a la fatiga física ni al hambre que, lógicamente, debería sentir después de todo un día a caballo, sino a la mental, a la “ansiedad abrumadora”, pues cena agobiado, fatigado, obsesionado con la idea de llevar a cabo su propósito. Hasta el punto de que abrevia la exigua comida e, inmediatamente, inicia los trámites para la vela. Tenía muy claro, como expresamente apunta el narrador en la última frase del anterior capítulo, “que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería”, una idea absurda e inventada por él para autoconvencerse y ‘legitimar’ la salida y sus futuras acciones.

Casi estresado llama, pues, al ventero, se encierra con él en la caballeriza y se hinca de rodillas. Pero ¿qué dice en tan humillante posición?

-No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano

En posición libresca, imitando el comportamiento de los caballeros noveles ante sus padrinos, don Quijote solicita, casi exige, la concesión de un ‘don’, el “típico ejemplo del viejo motivo caballeresco del *don contraignant* o <<don en blanco>>”⁶⁹²

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes razones, **estaba confuso** mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se

⁶⁹¹ Meissner 1995: 116

⁶⁹² Quijote 1998: 2: 54.

levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

Ante actitud tan humillante, la intransigente amenaza de no levantarse y los beneficios que se le prometen (conjunto que el narrador define irónicamente como “semejantes razones”), el ventero acaba cediendo a la petición, al ‘don en blanco’ que, enseguida, concretiza don Quijote

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío –respondió don Quijote-, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de **armar caballero**, y esta **noche** en la capilla deste vuestro castillo **velaré las armas**, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir **por todas las cuatro partes del mundo** buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes **fazañas** es inclinado.

Una vez conocidas las pretensiones, analicemos las intenciones paródicas del inicio de este capítulo tres, cuyo epígrafe (“Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero”) nos predispone, merced al adjetivo ‘graciosa’, a una situación cómica, chistosa, basada en la recreación paródica “del rito de investidura, que tuvo gran importancia en la época medieval y está muy presente en los libros de caballerías”⁶⁹³.

Aunque lo realmente importante es que el mismo adjetivo, incluso todo el epígrafe, podría aplicarse justamente al fragmento de la vela de armas de Loyola, pues fue él quien acomodó infantil, aunque muy seriamente, la ceremonia de investidura religiosa a la ceremonia caballescaca.

Son dos planteamientos radicalmente opuestos, porque Loyola, en el momento de la vela, creyó firmemente en el valor y autenticidad de cuanto estaba haciendo, aunque tiempo después, en el momento en que dicta el Relato, el episodio aparece envuelto en la ironía despectiva que desprende la expresión “Amadís de Gaula y de semejantes libros”.

Cervantes, partiendo de ese matiz satírico, ofrece una versión burlesca que, gracias a la anfibología de su preciso y complejo lenguaje, encuentra relación con alguno de los comportamientos de Loyola en Montserrat, donde llegó, como hemos visto, angustiado y obsesionado con la idea de encontrar, ante todo, un confesor (“llegado a Montserrat, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días”).

Loyola llega al monasterio, reza, confiesa y concierta con el confesor la vela de armas. Don Quijote llega a la venta, cena angustiado, habla con el ventero y concierta la vela.

La cena, “venteril y limitada”, la hemos visto como un símbolo de la oración y confesión de Loyola, de su alimento espiritual (**curadilla** y **abadejo**), de la limpieza interior previa a la vela. Los otros detalles (encerrarse en la caballeriza y ponerse de rodillas) actúan, también, como símbolos de la confesión, efectuada siempre en la intimidad y de rodillas ante el confesor.

La confesión de Loyola duró tres días, tal vez por eso, don Quijote, con un “jamás” que denota duración ilimitada, dice estar dispuesto a no levantarse hasta que se le otorgue el “don”, es decir, lo mismo logrado por Loyola, el perdón de los pecados y, una vez ya limpio, el permiso del confesor para poder velar armas en la capilla del monasterio. El matiz religioso queda subrayado, como tan acertadamente apunta el sacerdote Díaz R., por las palabras de don Quijote⁶⁹⁴ al utilizar “para pedir el don al ventero casi

⁶⁹³ Quijote 1998: 1: 54.

⁶⁹⁴ “el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano”

literalmente palabras del <<orate frates>> de la Misa <<ad laudem et gloriam nominis sui ad utilitatem quoque nostram totiusque Ecclesiae>> el cual redundará <<para alabanza y gloria de su nombre y así como para nuestro bien y el de toda su iglesia>>.⁶⁹⁵

Don Quijote augura al ventero grandes beneficios inmateriales (“redundará en alabanza vuestra”) si cumple sus deseos, aludiendo subrepticamente, además de a los réditos de sus acción espiritual, a la fama que acompañará para siempre al primer confesor del peregrino, de quien Ribadeneyra dice que era “*un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado*” y, además, lo menciona por su nombre: “*se llamaba fray Juan Chanones*”.

También predice don Quijote el beneficio que, el acto del ventero, reportará a la humanidad en general (“y en pro del género humano”) ya que, de los sacrificios de Loyola, nos aprovechamos, según la Vida, todos, pues dios lo envió al mundo como un capitán contra la herejía, en beneficio, en pro, “del género humano”

Porque no probaba Dios a nuestro B. Padre para sí solamente, mas también para nuestro provecho se hacía aquella tan costosa prueba. (Vida I, VII).

La perplejidad del ventero, con don Quijote de rodillas y suplicándole el ‘don’, puede parecerse a la del confesor de Loyola mientras escuchó la larga confesión de un inexperto en espiritualidad y con ambiciosos proyectos, el más inmediato hacerse caballero andante, a lo divino.

Pero analicemos, en relación con las fuentes, la respuesta y petición de don Quijote, el contenido del ‘don en blanco’ concedido por el ventero.

Según Clemencín, Cervantes “salpicó todos estos parajes de expresiones tomadas del vocabulario caballeresco” y pone como ejemplo el pleonasma “en aquel día”, expresión propia de tal literatura pero también existente en el fragmento núcleo de la Vida, donde se hace referencia al día concreto de la ceremonia de Montserrat

Corría el año mil quinientos y veintidós, y la víspera de aquel alegre y gloriosísimo día que fue principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su santísima madre.

Con su demasía verbal, Ribadeneyra viene a decir que Loyola veló armas la víspera de la Anunciación, “la noche del 24 de marzo de 1522”⁶⁹⁶, por eso don Quijote, aludiendo a dicha información (“aquel alegre y gloriosísimo día”), realiza un juego de palabras (“mañana en aquel día me habéis de armar caballero”) con el que viene a decir al ventero algo parecido a: ‘mañana, como ocurrió aquel día del 24 de marzo ...me habéis de armar caballero’

-No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío –respondió don Quijote-, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de **armar caballero**, y esta **noche** en la capilla deste vuestro castillo **velaré las armas**, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir **por todas las cuatro partes del mundo** buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes **fazañas** es inclinado.

Los pasos de don Quijote están, pues, determinados, debe imitar ahora lo que Loyola hizo aquel día o, mejor, aquella noche, es decir, velar armas, tal como se repite, casi con las mismas palabras, en los tres libros

⁶⁹⁵ Díaz Ramírez 2009: 27.

⁶⁹⁶ Leturia 1941: 205.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>aquel alegre y gloriosísimo día</i>	en aquel día
y así se determinó de velar sus armas toda una noche	<i>los caballeros noveles solían velar sus armas [...] toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando</i>	esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas [...] se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio

Don Quijote pide, también, hacerlo de noche, y “en la capilla”, tal como se deduce del Relato (“delante el altar de nuestra Señora de Montserrate”) y de la Vida (“*delante de la imagen de nuestra Señora*”).

Pero además de velar armas, don Quijote comunica al ventero que ese día “se cumplirá lo que tanto **deseo**”, una expresión con la que alude, metafóricamente, a la investidura que le legitimará como caballero, pero también a la forma metafórica utilizada en el Relato y la Vida para expresar el anhelo, el deseo de Loyola de cambiarse de vestidos como uno de los requisitos para ‘legitimar’ su nueva situación. En los tres textos aparece el concepto ‘deseo’ que, más adelante, repetirá el ventero

RELATO	VIDA	QUIJOTE
La víspera de nuestra Señora de Marzo [...] se vistió de su deseado vestido	<i>ya de noche [...] vistióse de aquel su deseado saco</i>	-y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo -andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía

La aspiración de don Quijote es, pues, cumplir las formalidades previas “para poder como se debe ir **por todas las cuatro partes del mundo**”, un nuevo propósito que le iguala con Loyola, cuyo objetivo inmediato, cuando entró en el monasterio, era velar armas para dirigirse, inmediatamente, a Jerusalén, meta sustituida por don Quijote con esa generalidad con la que alude, además, a la labor de apostolado universal que, según especifica Ribadeneyra en los prolegómenos de la Vida, y casi con las mismas palabras, realiza la Compañía

*-Escribíle en aquella lengua que es común, porque le dirigí a toda nuestra Compañía, que está extendida y derramada casi **por todas las naciones del mundo**. (Vida, Al cristiano lector).*

*-y tales son los milagros deste santo varón que son las mudanzas de corazones y vidas que él y sus hijos han hecho **en todas las partes del mundo**. (Vida, Granada 2).*

La intención de don Quijote es salir al mundo buscando aventuras “en pro de los menesterosos”, tarea concurrente con el papel de protectora de los débiles asumido históricamente por la Iglesia, “la realeza y posteriormente por la caballería”, por eso, según Cacho, “El Iñigo convertido en <<peregrino>>, que se pone camino de Jerusalén para <<ayudar a las ánimas>>, tiene rasgos comunes con el caballero andante Amadís, cuyas acciones no buscan solamente la honra y la fama, sino también la ayuda de los menesterosos, de los pobres y desvalidos>>”⁶⁹⁷.

⁶⁹⁷ Cacho 1992: 154-155.

Tanto en Loyola como en don Quijote coinciden unos propósitos comunes que, en el caso del primero forman parte de su ideario caballeresco y, posteriormente, de su nuevo proyecto religioso, aunque, sin lugar a dudas, parece que, en los inicios de la ‘conversión’, hubo un tiempo indeterminado en que esos deslindes anduvieron confusos.

Don Quijote concluye su intervención con un arcaísmo caballeresco (“cuyo deseo a semejantes **fazañas** es inclinado”) cuyo objetivo velado es aludir a las “hazañas” propuestas por Loyola al inicio del fragmento del Relato (“Y fuese su camino de Montserrat, pensando, como siempre solía, en las **hazañas** que había de hacer por amor de Dios”), donde puede apreciarse la confusión reinante en la mente de un hombre cuyo único recurso verbal, para expresar el hecho religioso, sigue siendo el vocabulario de los caballeros andantes.

No obstante, la última frase de don Quijote (“cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado”) todavía contiene otra curiosidad pues, dicha inclinación a imitar las hazañas de los caballeros, vuelve a ser otra referencia burlesca a la palabrería del fragmento núcleo de la Vida

*Y porque suele nuestro Señor traer los hombres a su conocimiento por las cosas que son **semejantes a sus inclinaciones** y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan a entender y gustar las que antes no entendían; quiso también que fuese así en nuestro nuevo soldado.*

Intentando devaluar el anacrónico y quimérico contenido de la vela de armas, Ribadeneyra introduce ese tipo de ‘forraje’ que, como indican los referentes, Cervantes retoma para denunciar sus artimañas estilísticas.

VIDA	QUIJOTE
<i>traer los hombres a su conocimiento por las cosas que son semejantes a sus inclinaciones y costumbres</i>	a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado

En definitiva, los propósitos de don Quijote coinciden, en lo esencial, con los detalles más importantes de la vela de armas de Loyola en Montserrat, de forma que, aunque imite a los caballeros andantes, lo hace, según indican los referentes formales, a través del peregrino que, a su vez, emuló paso a paso la ceremonia de Amadís, celebrada, durante toda la noche, “en una capilla”, con el personaje ya vestido con el nuevo traje de caballero, hincado de rodillas y velando las armas ante el altar de la virgen. Eso es todo lo que sabemos hasta ahora, pues el resto del proyecto, “ir por todas las cuatro partes del mundo”, es una consecuencia de lo anterior.

En el siguiente esquema general queda patente la analogía formal y semántica de los tres textos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
La víspera de nuestra Señora de Marzo	<i>la víspera de aquel alegre y gloriosísimo día</i>	<u>mañana en aquel día</u> me habéis de armar caballero
toda una noche / en la noche	<i>ya de noche</i>	esta noche
Delante el altar de nuestra Señora de Montserrat	<i>púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen</i>	en la <u>capilla</u>
se determinó de <u>velar sus</u>	<i>los caballeros noveles</i>	<u>velaré las armas</u>

armas	<i>solían velar sus armas</i>	
se vistió de su deseado vestido	<i>vistióse de aquel su deseado saco</i>	le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía
	<i>-por todas las naciones del mundo - en todas las partes del mundo</i>	ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras
tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros	<i>como hubiese leído en sus libros de caballerías, que los caballeros noveles solían</i>	como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes
pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer	<i>conocimiento por las cosas que son semejantes a sus inclinaciones y costumbres</i>	cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado

SIGUIENDO EL HUMOR

Hasta aquí hemos visto lo que podría definirse como proyecto de vela de armas de don Quijote, el conjunto de requisitos previos a la ceremonia fijados por él mismo basándose en sus conocimientos literarios y expuestos al ventero para que la organice, tal como Loyola hizo con el confesor.

Pero antes de que se lleve a cabo, el narrador, imitando los procedimientos de Ribadeneyra, crea un ancho muro de disociación, una barrera informativa entre los prolegómenos de la vela y su realización, una larga intervención del narrador con el objetivo de distanciar el alubión de coincidencias temáticas y formales con las fuentes.

Veamos la amplia, irónica y burlesca intervención, una vez que el ventero conoce el contenido del ‘don en blanco’ solicitado por don Quijote

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que **deseaba** y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel **honroso ejercicio**, andando **por diversas partes del mundo** buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había **ejercitado** la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y finalmente dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a **recoger** a aquel su castillo, donde **vivía con su hacienda y con las ajenas**, **recogiendo** en él a todos los caballeros andantes, **de cualquiera** calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía y porque **partiesen con él** de sus haberes, en pago de su buen deseo.

En el capítulo anterior el narrador tildó al ventero de “no menos ladrón que Caco”, o sea, no menos ladrón que el prototipo mitológico del que reciben nombre los ladrones. Ahora lo acusa de ser “un poco socarrón”, calificativo bastante despectivo pues, según

Covarrubias, ‘socarrón’ es el “bellaco dissimulado, que sólo pretende su interés, y quando habla con vos os está secretamente abrasando”.

Nos encontramos, pues, según el narrador, ante un individuo peligroso que, siguiendo en su línea malévola y entendiendo la falta de juicio de don Quijote, “por tener que reír aquella noche, **determinó de** seguirle el humor”, no contradecirle, y divertirse.

Pero se da la circunstancia de que el verbo ‘determinar’, en el mismo tiempo y modo, se utiliza en el fragmento núcleo del Relato para anunciar la decisión tomada por Loyola de velar armas de noche

RELATO	QUIJOTE
y así se determinó de velar sus armas toda una noche	por tener que reír aquella noche , determinó de seguirle el humor

Loyola determina realizar una actividad que dura toda la noche y supone la implicación y el compromiso, por lo menos, del confesor que la autoriza, por eso el ventero toma una decisión consistente, igualmente, en permitir la realización de una misma actividad, velar armas, que también dura toda la noche. La principal diferencia entre ambas propuestas es el claro matiz peyorativo, burlesco que, frente a la seriedad del proyecto de Loyola, introduce el narrador (reír, humor) en la resolución del ventero.

¿Sugiere Cervantes que también el confesor debió seguir el humor a Loyola? Precisamente el narrador, ponderando la paciencia y atención del ventero, repite, irónicamente, dos veces seguidas el verbo ‘acabar’ (“acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones”), estableciendo una clara relación entre la confirmación de la locura (acabó de creerlo) y la escucha (acabó de oírle). Pero ¿no debió ocurrirle al confesor de Loyola algo parecido? ¿Qué debió pensar cuando, tras escucharlo pacientemente durante tres días continuados en confesión, acabó proponiéndole la fantástica pretensión de velar armas en el monasterio?

Ignoramos por qué el confesor accedió a dichas pretensiones, por qué no trató de disuadirle de tan absurda idea, por qué, en fin, le siguió la corriente y autorizó la vela. Retóricas preguntas a las que Cervantes responde atribuyéndole al ventero ganas de “reír aquella noche”, ganas de burlarse de don Quijote.

Asociar dichas intenciones satíricas con el confesor de Loyola solo puede aceptarse como parte de la parodia que la misma novela se encargará de ratificar con el comportamiento cínico y burlesco de otros personajes (caracterizados como eclesiásticos) con mucha mejor reputación que este ventero ladrón y bellaco.

Acusación, por otro lado, aparentemente falsa e injustificada, pues los criterios del narrador, sus opiniones, entran en contradicción con el pusilánime comportamiento de un maleante capaz de atemorizarse ante la “máquina de tantos pertrechos” que vio en don Quijote.

Igualmente, en contra de la mala imagen ofrecida por el narrador, debe esgrimirse a favor del ventero el punto de cultura literaria que le permite continuar el romance iniciado por don Quijote, lo que explica, además, la capacidad para entender el ‘don’ que le pedía, para “seguirle el humor” y para satisfacer el ya comentado deseo que le embarga (“le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía”).

También las adulaciones del ventero parecen propias de un hombre inteligente, dispuesto a no contradecir, a admitir como normales, usuales (“propio y natural”), las excéntricas intenciones de don Quijote, elogiado, ahora con mucha socarronería, como un caballero principal y agraciado (“los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba”), cosa que solo puede decirse con retranca, pues ni don Quijote, con celada de cartón y armadura de sus bisabuelos, parece un caballero

tan principal, ni a sus cincuenta años, cansado y polvoriento, puede considerarse gallardo.

Por otra parte, los lugares mencionados por el ventero dibujan, según Clemencín, una especie de “mapa picaresco de España, donde se marcan los principales parajes a que solía concurrir la gente perdida y vagabunda [...] ¡Qué bien delineado está el carácter socarrón y taimado del ventero! El oficio de los caballeros andantes era deshacer tuertos y amparar las viudas, doncellas, pupilos y, en general, a los que por si solos no podían defenderse de las violencias de los demás. El ventero hace aquí una reseña de todo lo contrario, que era lo que él había practicado antes de retirarse a su venta o castillo, donde vivía de lo suyo y de lo ajeno, participando, en cuanto le era dable, de los haberes de los pasajeros. La última expresión del ventero recuerda lo que se refiere en la historia de *Don Olivante de Laura* (lib. I, cap. I) de un caballero llamado Arlistar, señor de un castillo, *el cual aunque muy buen caballero fuese, como no tuviese otra cosa que este castillo de qué mantenerse, empleaba su bondad en aprovecharse de los caballeros y otras personas que por estos caminos pasaban, haciendo que partiesen con él de lo que tenían*. Olivante lo venció y mató, poniendo en libertad a muchos caballeros y escuderos que tenía presos en el castillo”⁶⁹⁸.

Parece muy acertada la conexión establecida por Clemencín con el fragmento del Olivante, es más, comparando los dos textos, resulta incuestionable que Cervantes, haciendo gala de su capacidad de absorción, realiza, con este fragmento caballeresco, el mismo proceso de imitación semántica y formal que viene practicando con las fuentes ignacianas. Veamos la comparación esquemática

OLIVANTE	QUIJOTE
no tuviese otra cosa que este castillo de qué mantenerse	se había venido a recoger a aquel su castillo
<i>empleaba su bondad en aprovecharse de los caballeros y otras personas que por estos caminos pasaban</i>	<u>vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo</u> en él a todos los caballeros andantes
<i>haciendo que partiesen con él de lo que tenían</i>	por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes

El ventero, más experto en libros de caballerías de lo que parece, parafrasea la historia del caballero Arlistar, la hace suya, parodiando el contenido y potenciando la mucha ironía y sarcasmo que ya contiene el libro de Olivante, pero añadiendo detalles que invitan, a su vez, a otra lectura en torno a la avidez de poder y dinero del clero, incluida la futura Compañía, evocada con los distintivos ‘Ejercicios’.

Solo así toman verdadero y cómico sentido las autoinculpaciones del ventero de vivir con su hacienda y las ajenas, recogiendo gente de cualquier calidad y condición “sólo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo”.

¿No se ha dicho, tradicionalmente, lo mismo sobre el clero? ¿No llevamos siglos aceptando que la “Iglesia es, a la vez, generadora de ingentes recursos y receptora de ayudas multimillonarias”?⁶⁹⁹

En general, la opinión del narrador en torno a la afición del ventero a capitales ajenos debe entenderse como una sarcástica arenga a la actitud del clero –el confesor del

⁶⁹⁸ Clemencín: 10: 3.

⁶⁹⁹ Velasco 2010.

monasterio- ante el dinero de la feligresía pues, como es sabido, en “Montserrat, como en los demás santuarios y monasterios situados lejos de poblado, contaban los romeros con las celdas de la hospedería”⁷⁰⁰, una de las cuales, al parecer, ‘alquiló’ Ignacio.

Probablemente, según se deduce de esta brevísima incursión y como apunta, más ampliamente, Lina Rodríguez⁷⁰¹, la relación entre el Quijote y el Olivante va más allá de la simple alusión peyorativa puesta en boca del “cura” en el capítulo 6. Aquí da la sensación de que Cervantes utiliza el paralelismo con Arlistar como reclamo para despistar o desviar la atención de la intencionalidad religiosa, del trasfondo del sincero confesor de Montserrat que, como buen humanista, aconseja e instruye al ingenuo e ilusionado Ignacio sobre la verdadera vida de los religiosos, de quienes les pudo venir a decir algo así como: no es todo tan bonito como lo pintan en los libros de santos, la Iglesia necesita mantenerse, etc.

En esa línea, sacando del contexto la adulatoria frase del ventero (“le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba”) y prescindiendo del halo irónico que la envuelve, su contenido podría ser muy similar a la respuesta del confesor de Montserrat ante la propuesta de Loyola de velar armas toda la noche ante el altar de la virgen. ¿Qué respondió el sorprendido Chanones ante petición tan extravagante y anacrónica? Debió ser bastante diplomático pues, efectivamente, la ceremonia se realizó, le siguió la corriente al caballero (perteneciente a una de las más principales familias de Guipúzcoa⁷⁰²) que todavía se mostraba como tal, pues vestía el rico traje con el que salió de casa. Otra cosa es la “gallarda presencia” con la que el ventero ironiza sobre el grotesco aspecto de don Quijote, tal vez sugerido, como siempre, por el poco favorable porte que, a pesar del traje, lucía Loyola en Montserrat, donde llegó, como dijimos, polvoriento y cansado, con un pie descalzo y el otro calzado, cojeando, y con toda la pierna “fajada”.

¿No hay entre la idea de velar armas y el aspecto de Ignacio, entre las pretensiones de dedicarse a la santidad y la idea de la ceremoniosa vela, un punto de locura, de excentricidad rayana en el disparate?

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo.

Continua el narrador insistiendo en la idea de un ventero burlón y malintencionado que, sin embargo, como auténtico experto y organizador, no contradice a don Quijote, incluso le convence de la posibilidad de sustituir, en caso de necesidad, la capilla por el patio, prometiendo armarle caballero por la mañana y con las ceremonias necesarias.

En la información sobre la capilla “derribada para hacerla de nuevo”, la crítica aprecia un matiz erasmista, un símbolo alusivo al estado de postración espiritual de una Iglesia a la que intentan regenerar personas comprometidas como Chanones, cuya conexión con el ventero aparece reforzada por la expresión “siendo Dios servido”, equivalente al actual ‘si dios quiere’, propia de un confesor y bastante extraña en boca de un hombre al que se le han atribuido antecedentes casi criminales.

⁷⁰⁰ Leturia 1941: 244.

⁷⁰¹ Rodríguez Cacho 1991: 515 s.

⁷⁰² “*Son estas dos casas, de Loyola y Balda, de parientes que llaman mayores, y de las más principales en la provincia de Guipúzcoa*” (Vida I, I)

En definitiva, según el narrador, el ventero comunica a don Quijote unas decisiones sobre la organización de la vela y la ceremonia que coinciden, en lo esencial y simbólicamente, con la vela y confirmación de Loyola en Montserrat, organizada por Chanones y autorizada, probablemente, por el abad del monasterio, hombre famoso, según Leturia, por su “santidad y observancia”⁷⁰³, y apreciado, en tiempos de Iñigo, en la corte de los Reyes Católicos.

Para los lectores queda claro que el ventero se burla descaradamente de don Quijote. Todos sabemos que se trata de una farsa. Ni él es señor, ni hay castillo, ni tiene autoridad, etc., de ahí la maliciosa conclusión de que lo armaría “tan caballero que no pudiese ser más en el mundo”, otra taimada referencia no solo a la ingenuidad de don Quijote, sino también a la de Loyola, promotor de una absurda ceremonia aprobada por un tolerante confesor que, aunque conocía su ineficacia, también debió pensar que no le causaría ningún daño, al contrario, ambos la necesitaban al considerarla llave para abrirse al mundo.

DINEROS Y CAMISAS

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas, por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido. Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos, que eran pocas y raras veces, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aún se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase.

Asistidos por el narrador, seguimos escuchando la conversación entre el ventero y don Quijote, que confiesa no llevar “blanca, porque él nunca **había leído en las historias de los caballeros andantes** que ninguno los hubiese traído”. Y está en lo cierto, pues él imita los libros de caballerías a través, fundamentalmente, de la biografía de Loyola, cuyo comportamiento en estos primeros capítulos se haya totalmente influido por sus antiguas lecturas caballerescas (“*como **hubiese leído en sus libros de caballerías***”) y

⁷⁰³ Leturia 1941: 237.

por los nuevos libros religiosos, concretamente el *Flos Sanctorum*, cuyos héroes, anacoretas y santos, nunca llevan dineros, de ahí que Loyola salga de su casa con el propósito de “vivir puramente de limosna”⁷⁰⁴, tal como se repite en varias ocasiones en la Vida

-No porque le pareciese que era pecado tomar o llevar dinero, sino porque no venía bien con la perfección de su deseo, y desdecía de alguna manera del santo propósito que había hecho de seguir una estremada pobreza en todas las cosas. (Vida I, X).

-y a pie y solo y sin dineros, pidiendo limosna, se fue a Pamplona (Vida II, V).

Para hablar de dinero, don Quijote ha hecho referencia a la ‘blanca’ (“respondió don Quijote que no traía **blanca**”), moneda de vellón de tan escaso valor que su carencia significaba una situación de total indigencia, y lo hace porque tanto en el Relato como en la Vida se menciona expresamente esa misma situación y moneda. Por ejemplo, poco antes de embarcarse para Jerusalén y convencido de que dios no le “faltaría”, Loyola se deshizo de las “cinco o seis blancas” que había conseguido mendigando

-mas hallándose en la playa con cinco o seis blancas, de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque desta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló allí junto a la playa (R, 36).

-Entrando deste manera en la ciudad y rodeándola toda pidiendo limosna, no halló quien le diese una blanca ni un bocado de pan (Vida II, V).

Aunque Loyola sale de casa con dinero, enseguida se queda sin blanca, por eso don Quijote tampoco lleva, y el ventero, defendiendo sus intereses económicos y cumpliendo las funciones de consejero-confesor, trata de convencerle de lo contrario.

Nos encontramos ante dos actitudes antagónicas. Por un lado don Quijote tratando de imitar a sus héroes, los caballeros andantes, pero también a Loyola, que abandona Montserrat sin blanca; por otro el ventero, tratando de convencerle de que es una locura viajar sin dinero, de que eso ya no lo hace nadie, ni siquiera los religiosos, siempre con sus bolsas bien cargadas de dineros y viandas. Prácticamente lo mismo que debió aconsejar Chanones a Loyola pues, como padre espiritual, conocedor de los impulsivos deseos de Loyola, debió pensar que, en muchos aspectos, además del material, no se encontraba preparado para el viaje, de hecho, por consejo de Chanones, Loyola se detendrá en Manresa más tiempo del planeado para profundizar en su iniciación espiritual.

También otra expresión del ventero, “una cosa tan clara” (“por haberles parecido a los autores dellas **que no era menester escribir una cosa tan clara** y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias”), sirve de referente para integrar otro fragmento del Relato en este mismo contexto alusivo a la confesión

*Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle **que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara**. Mas como él tenía todas aquellas **cosas por muy claras**, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo (R, 23).*

A pesar de haber hecho confesión general en Montserrat, y por escrito, Loyola continua en Manresa lleno de escrúpulos, siempre cree haber olvidado algo, razón por la que el confesor le ordena no volver a incidir sobre cosas pasadas, salvo que sean muy claras, es decir, nuevas, importantes y no confesadas. Pero el problema es que los escrúpulos convierten cualquier minucia en grave pecado, de forma que siguió acongojado, agobiado, entre otras cosas porque solo llevar un poco de dinero le parecía una falta de confianza en dios.

⁷⁰⁴ Larrañaga 1944: 11.

Por eso el socarrón ventero, trasunto del cauteloso confesor, trata de convencerle de la necesidad de llevar algo de dinero, porque todos, caballeros o religiosos, aunque no lo mencionaran en sus historias, lo llevaban

RELATO	QUIJOTE
si no fuese <u>alguna cosa tan clara</u> . Mas como él tenía todas aquellas <u>cosas por muy claras</u>	no era menester escribir <u>una cosa tan clara</u>

El referente incrustado por el narrador en el discurso conecta dos momentos distintos pero que coinciden y abundan en la relación de Loyola con sus confesores, y en la persistencia de un problema aflorado en Montserrat y todavía presente durante las penitencias en Manresa.

También entre las recomendaciones del ventero aparece la de llevar “**camisas** limpias”, tal vez porque Loyola, en el momento previo a la vela de armas, se quitó la camisa

*y ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fue a un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la **camisa** (Vida I, IV)*

¿Tenía Loyola otra muda? Parece ser que no, por eso el ventero recomienda a don Quijote que lleve una de repuesto; le insiste en que se deje de fantasías, de utopías, que cambie de opinión y comprenda que su proyecto de viaje, tal como lo ha concebido, no es viable.

Más o menos lo mismo que debió decir a Ignacio el prudente confesor de Montserrat, atónito ante el ingenuo y confuso personaje que se proponía, a imitación de los antiguos santos, llegar a Jerusalén con la ayuda de dios como única provisión. Chanones, convertido en consejero y director espiritual de Loyola durante el tiempo de permanencia en el monasterio, debió insistir en que esa proeza, según puede leerse en el gran *Viaje de Turquía*, estaba entonces bastante desprestigiada por los innumerables peligros del camino y la afluencia masiva de peregrinos pobres⁷⁰⁵.

AGUAS VIRTUOSAS Y AL PUNTO

Además de camisas, los caballeros llevaban

una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido.

Aquí el ventero continúa demostrando una gran sabiduría humana y literaria, habla del contenido del botiquín de urgencias y de las mágicas intervenciones de los encantadores con un gran conocimiento de literatura caballeresca, donde prolifera, como prueba Clemencín, tal tipo de fantasías: “La *Historia de don Belianís* abunda en curaciones prodigiosas de esta clase. Aquel Príncipe y su primo y compañero Arfileo estaban malamente heridos en el *Bosque peligroso*. A deshora se vio venir por el aire un carro de cristal tirado de seis grifos, en el cual venían dos pequeños enanos enviados por la sabia Belonia, señora de las Montañas desiertas, para llevarse, como lo hicieron, los dos

⁷⁰⁵ “las peregrinaciones conocieron una polarización social, quedando reservadas a los miembros de los estamentos privilegiados, pues como lamenta el autor anónimo del *Viaje a Turquía*, ya ni <<el camino de Hierusalem ningún pobre le puede ir, porque al menos gasta quarenta escudos y más, y por allá maldita la cosa les aprovecha pedir ni importunar>>” García Martín 1997: 151.

heridos caballeros a los palacios de Belonia, donde fueron curados de sus heridas (libro I, cap. VII). El Emperador don Belanio había quedado mortalmente herido en la batalla con el Príncipe don Galanio de Antioquía, y estaba ya a punto de expirar, cuando se presentó en forma de doncella la sabia Belonia la cual, *sacando una redomica que dentro una caja traía, sacó della una confección tan olorosa, que el Emperador y cuantos allí había fueron muy conhortados: y tomándola de la mano, sin ningún recelo la bebió toda, y a la hora se sintió tan sano como si mal ni herida alguna hubiese tenido* (Ib., cap. IX). Habiéndose combatido sin conocerse don Belianís y su padre, y herido gravemente uno a otro, se les apareció la sabia Belonia acompañada de cuatro gigantes, y comiendo de lo que ésta les dio, *quedaron tan sanos como si mal alguno por ellos no hubiera pasado* (Ib., cap. XXXVI),⁷⁰⁶.

La intervención del ventero cuadra a la perfección con el ejemplo del don Belianís que debió servir de inspiración a Cervantes para poner en evidencia las absurdas fantasías propias de la literatura de evasión de todos los tiempos, pero también para vincular dichas veleidades con la literatura religiosa. Basta acudir al Flos Sanctorum, o a la Vida, para encontrar innumerables casos tan fabulosos y quiméricos como el expuesto por el ventero (“para curar las **heridas** que recibían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se **combatían** y salían **heridos** había quien los curase”), sucesos en los que se habla constantemente de metafóricas ‘heridas’ y ‘combates’. Veamos dos ejemplos pertenecientes al capítulo dos de la Vida

*-Estábase todavía nuestro Ignacio tendido en una cama, **herido** de Dios (Vida I, II).*

*-perplejo y confuso por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que, por una parte, el demonio le **combatía** (Vida I, II).*

El ventero, en clave de caballería, sigue, pues, aconsejando, como el confesor de Loyola, sobre espiritualidad. La prueba del paralelismo es que don Quijote no protesta y asume las correcciones del ventero sin mostrar ninguna señal de desacuerdo, algo extraño en él que, como experto en libros de caballerías, no suele dejarse enmendar.

En este caso, la idea de Cervantes es atribuirle al ventero una serie de consejos, si no idénticos a los de Chanones, sí en la misma línea de orientación espiritual. Por eso especifica “en los campos y desiertos”⁷⁰⁷, lugares comunes a la literatura caballeresca pero, sobre todo, a la literatura religiosa, donde anacoretas y eremitas solitarios son ayudados en sus peligros por alguna ‘divinidad’ que les socorre, porque cuando el ventero habla de “algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido”, ¿no está, en el fondo, parodiando la descripción de un milagro?

En definitiva, bajo el ardid de las curaciones prodigiosas hechas por enanos o gigantes de las que están repletas los libros de caballerías, el astuto ventero se refiere ingeniosamente a las curaciones y ayudas milagrosas de las que están repletas los libros religiosos.

Volvamos, por ejemplo, a uno de los ‘sucesos maravillosos’ que los lectores de estos primeros capítulos ya conocen de sobra, y cuya alusión en este contexto sirve como clave interpretativa del sentido profundo de la intervención del ventero.

⁷⁰⁶ Clemencín 1: 3: 14.

⁷⁰⁷ “¿Por ventura Él no podrá darte pan y poner la mesa en el desierto a su peregrino?” (Vida I, X).

Recordemos, primero, la versión del Relato, sabiendo que se trata del momento en que, tras la herida de Pamplona, la vida de Iñigo, ya en su casa, comienza a peligrar con las nuevas intervenciones en la pierna

Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegando el día de S. Juan, por los médicos tener muy poca confianza de su salud, fue aconsejado que se confesase; y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de S. Pedro y S. Paulo, dijeron los médicos que, si hasta la media noche no sentía mejoría, se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de S. Pedro, y así quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fue tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte. (R, 3).

Se hace hincapié en los síntomas de peligro: el rechazo a la comida, la confesión, los sacramentos y el ultimátum de los médicos la víspera de san Pedro, del que solía ser devoto. Y acto seguido aparece, como señal de agradecimiento, la frase retórica “quiso nuestro Señor”, seguida del resto de la información, es decir, la mejoría y racional evolución favorable del estado del enfermo.

Es importante apreciar la precisión e insistencia con la que se describe el cambio de un estado a otro del enfermo, pues se utiliza, primero, una generalidad (se comenzó “a hallar mejor”) seguida de otra aclaración evolutiva, también general (“fue tanto creciendo la mejoría”), y se cierra con una conclusión que, además de incidir en la extensión temporal del proceso (“de ahí algunos días”), completa el informe con un veredicto final (“se juzgó”) que, en parte, da cuenta del estado de incertidumbre y temor vivido en aquellos momentos.

Volvamos ahora a la versión de Ribadeneyra

Confesose enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros santos sacramentos, que Jesús Cristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defensa. Ya parecía que se iba llegando la hora y el punto de su fin; y como los médicos le diesen por muerto si hasta la medianoche de aquel día no hubiese alguna mejoría, fue Dios nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado apóstol san Pedro le alcanzó de nuestro Señor; porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le había tenido por particular patrón y abogado, y como a tal le había reverenciado y servido; y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud”. (Vida I, I).

Al margen de la habitual hojarasca caballeresca, lo llamativo de esta versión es el cambio sustancial sobre la forma instantánea de producirse la mejoría. Ribadeneyra recurre a una muletilla religiosa semejante a la del Relato (“quiso nuestro Señor” / “fue Dios nuestro Señor servido”), pero el resto de la información es muy distinto, ya que la mejoría paulatina y lógica del Relato se ha sustituido por otra repentina e ilógica, y por lo tanto, sobrenatural. Comparemos las dos frases esenciales

RELATO	VIDA
quiso nuestro Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor	<i>fue Dios nuestro Señor servido que <u>en aquel mismo punto la hubiese</u></i>

Donde en el Relato se utiliza un verbo cuyo significado es ‘dar principio’ a un proceso, en la Vida se utiliza una locución (“*en aquel mismo punto*”) que denota una inmediatez

propia de lo milagroso, de lo que, por efectos sobrenaturales o prodigiosos, escapa a la lógica, tal como se corrobora con la coda final: “y así se entiende que le apareció este glorioso apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venía a favorecer y le traía la salud”.

Difícilmente puede entenderse la expresión “así se entiende” si se ignora la relación Relato-Vida, pues esa enigmática aclaración con la que Ribadeneyra trata, una vez más, de exculparse de la interpretación milagrosa dada al suceso, remite al libro de Gonçalves, donde él aprecia una supuesta intervención divina (“La cual creemos”) que nosotros no encontramos por ninguna parte, una evidente falsedad que Ribadeneyra se arriesgó a lanzar confiando en que el secuestro del Relato sería eterno y nunca podría cotejarse.

Para orientarnos en la dirección del lenguaje profundo, Cervantes ha colocado dos referentes claves alusivos a la estrategia manipuladora de la Vida. Primero la expresión “luego al punto”, equivalente a “en aquel mismo punto”, más la repetición del pretérito imperfecto del verbo ‘haber’ utilizado doblemente en la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>en aquel mismo <u>punto</u> la hubiese</i>	<i>luego <u>al punto</u> quedaban sanos</i>
<i>aquel día <u>no hubiese</u> alguna mejoría [...] en aquel mismo punto la <u>hubiese</u></i>	<i>Mas que, en tanto que esto <u>no hubiese</u></i>

A través de la parodia, Cervantes vuelve a burlarse de los ardites lingüísticos de Ribadeneyra y restaura, con sorna, la verdad.

En la historia de Iñigo se dan, pues, simbólicamente, todas las circunstancias expuestas por el ventero: un hombre herido en combate y salvado, al final, por la mágica intervención de un amigo que con una gota de algún agua virtuosa, o bendita, no solo lo salva de la muerte “al punto”, o “*en aquel mismo punto*”, sino que desde ese momento “quedaban sanos” o “*le traía la salud*”. El ventero habla, pues, de sucesos fantásticos que parecen muy afines a las actuaciones milagrosas narradas por Ribadeneyra.

El agua mágica o milagrosa (“de tal virtud”) de la que habla el ventero y que acabará tomando forma en la novela con el nombre de bálsamo de Fierabrás, también encuentra equivalentes en la Vida, donde aparecen aguas, señales y cuentas virtuosas con efectos curativos

-y que con la señal de la santa cruz y con el agua y cuentas benditas sanaron muchos enfermos (Vida II, XIX).

-y aun el maestro Juan Coduri, que llevaba las piernas cubiertas de sarna, con el trabajo deste día quedó sano (Vida II, VII).

-Como nuestro B. Padre estando enfermo sanó con su visita al Padre Maestro Simón (Vida II, XI).

Aguas milagrosas, ajenas a cualquier proceso lógico de curación (“como si mal alguno hubiese tenido”) y con consecuencias semejantes al de esa mejoría repentina del jesuita Juan Coduri que se curó, en un solo día, de la sarna, enfermedad definida por Covarrubias como “Una especie de lepra” de lenta y rara curación en el siglo XVI.

El otro milagro, con visita curativa, es también presentado por Ribadeneyra como un suceso súbito. Según él, estando Loyola con calentura, se enteró de que el Maestro Simón se encontraba gravemente enfermo e, inmediatamente, se fue a visitarlo a otra ciudad que estaba a una jornada y, en el camino, mientras oraba por la salud del enfermo, “*le fue certificado que Dios se la daría*”

En este mismo tiempo tuvo nueva nuestro padre que Simón Rodríguez estaba muy más gravemente enfermo y en gran peligro de la vida en Basán, que está

como una jornada de Vincencia. Y a la hora, estando él a la sazón con calentura, dejando al padre Laínez en el hospital y en la cama, toma el camino para Basán, vase a pie con el padre Fabro, con tanto fervor de espíritu y con tanta ligereza, que Fabro no podía atener a su paso ni alcanzarle, llevándole siempre delante de sí muy gran trecho. Y como iba tan adelante, tuvo tiempo para apartarse un poco del camino, y por un rato estuvo puesto en oración, rogando a nuestro Señor por la salud del Maestro Simón; y en la oración fue certificado que Dios se la daría.

Levantándose de ella, dijo al padre Fabro con mucha confianza y alegría: - No hay por qué nos congojemos, hermano Fabro, del mal de Simón, que no morirá de esta dolencia que tanto le fatiga. Como llegó adonde el padre Simón estaba en la cama, hallóle con la fuerza del mal muy consumido y flaco, y echándole los brazos: - No hay de qué temáis (dijo), hermano Simón, que sin duda sanaréis desta ; y así se levantó y estuvo bueno. Esto contó el padre Fabro al padre Laínez cuando tornaron a Vincencia, y el padre Laínez me lo contó a mí , de la manera que he dicho. Y el mismo padre maestro Simón conoció y agradeció y publicó este beneficio que de Dios nuestro Señor, por medio de su siervo Ignacio, había recibido. (Vida II, IX).

Se han producido dos milagros, el primero una aparición o conversación de “nuestro Señor” con Loyola, a quien se le certifica la concesión de una petición. Ribadeneyra no habla expresamente de una aparición, de una conversación con dios, aunque lo deja caer con una expresión (“*le fue certificado*”) que corrobora un conocimiento ‘especial’ sobre la pronta salud de su compañero. Tibia alusión milagrosa enseguida ratificada con la inclusión en el texto de unas palabras del propio Loyola confirmando, en estilo directo, un conocimiento superior, rotundo, sobre la recuperación de Simón: - “*No hay por qué nos congojemos, hermano Fabro, del mal de Simón, que no morirá desta dolencia que tanto le fatiga*”.

De esas palabras de Loyola no puede deducirse otra cosa sino una promesa positiva de dios, la naturaleza milagrosa de la comunicación.

En la segunda parte, o segundo milagro narrado en el fragmento, se utiliza el mismo procedimiento: dar todos los datos imprescindibles para que la única conclusión posible, aunque no se especifique, sea la milagrosa.

Loyola llega y encuentra a su compañero muy enfermo en la cama, le echa los brazos, le dice que no debe temer y se produce el milagro: “*y así se levantó y estuvo bueno*”. No queda claro si sanó de inmediato, o se levantó algún tiempo después, o si estaba en trance de muerte. Todo está escrito con la suficiente imprecisión y ambigüedad para que, sin decirse, la única conclusión posible sea el milagro.

En definitiva, estos caballeros religiosos, además del agua bendita, tienen, como dice el ventero, “algún sabio encantador por amigo” que “al punto” les cura “como si mal alguno hubiesen tenido”; no cabe la menor duda de que el ventero alude subrepticamente a poderes sobrenaturales, a milagros, tal como lo confirma otra sutilísima frase pronunciada a continuación

Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y unguentos para curarse

El sentido de la frase “Mas que, en tanto que esto no hubiese” es diferenciar dos supuestos tiempos, un antes y un después de poder contar con la ayuda del mágico amigo, porque mientras tanto, mientras los caballeros no cuenten con esa ayuda, deberán dotar a sus escuderos de los elementos necesarios para las curas. Una idea fácilmente extrapolable a la trayectoria de Loyola, en cuya biografía se aprecia

claramente la vulnerabilidad anterior a la ‘conversión’ y los poderes adquiridos, progresivamente, a partir de ella.

Parece clara la voluntad de Cervantes de equiparar el contenido fantástico e inadmisibles de los libros de caballerías, con el no menos fantástico y mentiroso de algunos libros religiosos. Hemos comparado ejemplos del Relato y la Vida pero, como se ha dicho, pueden encontrarse otros miles de ejemplos en libros como el *Flos sanctorum*, que tanto influyó a Loyola, o en la misma Vida⁷⁰⁸, precisamente la frase “campos y desiertos donde se combatían” hace extensiva, como ya se ha dicho, la alegoría del ventero a la amplia y fantasiosa literatura religiosa sobre anacoretas y padres del desierto.

En definitiva, todo el discurso atribuido al ventero está cuajado de referencias a la Vida, de ideas que pueden conectar con ella.

Cuando, por ejemplo, habla de las ocasiones en que los caballeros no llevan escudero, dice, según el narrador: “cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos, **que eran pocas y raras veces**, ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles”.

La expresión subrayada nos remite a otra de la Vida donde se expone la relación de Ignacio con sus compañeros-escuderos y, precisamente, los problemas de avituallamiento que padecían

*Salían dos veces al día a pedir limosna a la ciudad, pero era tan poco el socorro que hallaban, que apenas tornaban a su pobre ermita con tanto pan que les bastase a sustentar la vida. Y cuando hallaban un poquito de aceite o manteca (**que era muy raras veces**), lo tenían por muy gran regalo. Quedábase el uno de los compañeros en la ermitilla para mojar los mendrugos de pan duros y mohosos que se traían y para cocerlos en un poco de agua, de manera que se pudiesen comer. Y era el P. Ignacio el que de ordinario se quedaba a hacer este oficio. Porque de la abundancia de lágrimas que de continuo derramaba, tenía casi perdida la vista de los ojos, y no podía sin detrimento de ellos salir al sol y al aire. Todo el tiempo que de buscar esta pobre limosna les quedaba, se daban a la oración y contemplación de las cosas divinas, porque para este fin habían dejado todas las demás ocupaciones. (Vida II, VIII)*

Gracias a los compañeros, Ignacio se queda “en la ermitilla” mientras los demás mendigan. Hay cierta relación ‘escuderial’ que, de alguna manera, conecta con el discurso del ventero, tratando de convencer a don Quijote de la necesidad de que alguien le acompañe y se encargue de las labores de intendencia. De hecho, como veremos en el capítulo siete, Sancho aparece en la novela para cubrir ese hueco, para ocupar, alegóricamente, la figura y funciones de todos los compañeros de Loyola. La frase escogida como referente asocia el mundo de Loyola y sus compañeros con el de don Quijote y sus posibles escuderos

VIDA	QUIJOTE
<u>que era muy raras veces</u>	<u>que eran pocas y raras veces</u>

⁷⁰⁸ “Y yendo el mismo padre Ignacio a decir misa por él a san Pedro Montorio, que está en la otra parte del río Tibre, llegando a la puente que llaman de Sixto, porque la edificó o reparó el papa Sixto IV, **al punto** que acabó de espirar Juan Coduri, se paró nuestro B. P. como salteado de un súbito horror que de repente le dio; y volviéndose a su compañero, que era el padre Juan Bautista Viola (que me lo contó á mí) le dijo: “Pasado es ya desta vida Juan Coduri.” (Vida III, I)

“Súpolo N. Padre; y haciéndole traer delante de sí furioso como estaba, le dijo amorosamente estas solas palabras: “Quedaos con nosotros, Isaac;” y con solas ellas, obrando interiormente el Espíritu santo, **al punto** tornó en sí, y se aplacó y quedó con alegría en casa; y perseverando en su buen propósito, al fin recibió con gozo el agua del santo bautismo.” (Vida V, IV).

Y cuando “sucedió que los tales caballeros no tenían escuderos”, el ventero aporta una fantástica y enigmática solución: “ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo”, una alegoría sobre la mendicidad de los peregrinos viajando por el mundo sin provisiones.

Son, pues, alforjas alusivas a los bienes ajenos, a la mendicidad descrita en el fragmento de la Vida.

Clemencín, siempre cáustico y como cabreado con Cervantes, llega a criticar, ingenuamente, incluso la falta de imaginación del ventero por recomendarle a don Quijote alforjas en vez de una maleta que le hubiera venido mucho mejor: “No se le ocurrió al ventero que todo podría llevarse en una maleta, que sería más decente que las alforjas”, aunque después se lo piensa y añade la siguiente aclaración: “a no ser que Cervantes quisiese hacer resaltar lo ridículo de las alforjas en un caballero andante, como se indica en las palabras inmediatas”.

Efectivamente, el consejo del ventero es apropiado porque, como trasunto del confesor, está recomendando a Loyola, inminente peregrino andante en cuanto abandone Montserrat, que lleve alguna provisión en alforjas, elemento que forma parte de la iconografía cristiana y representa la religiosidad mendicante, pues eran “propias de los frailes mendicantes, encargados de aprovisionar a su convento con limosnas en especie recogidas en las alforjas”⁷⁰⁹.

Cervantes nos obliga, una vez más, a obtener una conclusión a través de un planteamiento confuso y ambiguo con la lógica de la novela, pero adecuado al discurso profundo.

GÉNESIS DE SANCHO PANZA

En tanto que esto no hubiese, mientras llega el momento en que don Quijote tenga por amigo un sabio encantador que le socorra trayendo por el aire algún agua virtuosa capaz de sanar con una sola gota y “al punto” las más graves heridas, el ventero recomienda buscar un escudero.

En el lenguaje profundo, el consejo del ventero alude, como hemos dicho, al momento en que Loyola pueda realizar milagros tipo al anteriormente comentado de Simón Rodríguez. Pero en tanto esto no llegue, deberá rodearse de compañeros, compartir sus ideas con quienes caminen en la misma dirección. En esa línea debieron ir los consejos de Chanones.

Para que entendamos el significado profundo que Sancho desempeñará en la novela, Cervantes coloca en este fragmento, donde se sugiere por primera vez la conveniencia de un escudero, un referente definitivo

Mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen **proveídos de dineros y de otras cosas necesarias**

Como se verá en su momento, Loyola empezó a vivir con compañeros estables durante la estancia en Alcalá y Salamanca, pero sobre todo en París, ciudades donde se enfrentaron a problemas por motivos de índole religiosa. En Salamanca, según Ribadeneyra, recibieron ayuda de algunas personas devotas

*El día siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos (de los muchos que le solían oír) que **los proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias.** (Vida I, XV).*

El narrador de la novela repite casi literalmente la frase, aunque sustituyendo la “*cama y comida*” por los “dineros”

⁷⁰⁹ Monreal 2000: 438.

VIDA	QUIJOTE
<i>no faltaron hombres devotos (de los muchos que le solían oír) que los proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias</i> (Vida I, XV)	fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias

Incluyendo este significativo referente en el discurso del narrador, Cervantes sugiere una asociación de ideas entre los primeros compañeros de Loyola y el escudero propuesto por el ventero para don Quijote, algo que, como se ha dicho, será ampliamente desarrollado en el personaje de Sancho a partir del capítulo siete.

En conjunto, la indirecta intervención del ventero está impregnada de ambigüedad, permitiendo, casi en todo momento, la sutil conexión con el lenguaje profundo, con el temperamento y la personalidad de un Ignacio de Loyola enemigo, en sus inicios, de llevar dineros o cualquier tipo de objetos impropios de un auténtico peregrino, de ahí que el ventero continúe exhortando a don Quijote a cumplir sus consejos pues, al ser padrino de la ceremonia de la vela de armas que enseguida se llevará a cabo, don Quijote se convierte en su ahijado, lo que le obligaba a cumplir sus mandatos: “y por esto le daba por consejo, pues aún se **lo podía mandar** como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, **que no** caminase **de allí adelante** sin **dineros** y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase”.

Tal como debió hacer el confesor de Loyola al imponer la penitencia, el ventero aconseja a don Quijote y le manda, como ahijado que “presto lo había de ser”, cómo debe comportarse, y lo hace utilizando, de nuevo, referentes de un fragmento en el que a Loyola y sus compañeros de Alcalá se les obliga a cumplir un mandato eclesiástico

*Que una cosa no le contentaba, y era que, no siendo ellos religiosos, anduviesen todos vestidos con un mismo hábito y traje; que sería mejor, y que así se lo requería y **mandaba**, que los dos, Ignacio y otro, tiñesen sus vestidos de negro, y los otros dos de leonado y el mozo francés se quedase con su hábito. Nuestro padre respondió que harían lo que se les mandaba, y así lo hicieron. Desde a pocos días el vicario **mandó** a Ignacio **que no anduviese los pies descalzos**, y así como en todo era obedientísimo a quien **lo podía mandar**, lo fue en esto, y púsose luego zapatos [...] La segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demás estudiantes con manteo y bonete, y **que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos**. [...] Acogióle el arzobispo humanísimamente y viéndole inclinado a ir a la universidad de Salamanca, le dio **dineros** para el camino y le ofreció todo favor y amparo, si dél o de los suyos se quisiese valer en Salamanca (Vida I, XIV).*

El fragmento, perteneciente a uno de los capítulos dedicados a los problemas de Loyola con la Inquisición en Alcalá, que le prohibió, entre otras cosas, ir descalzo y vestir de una manera determinada, desprende un tufo impositivo muy afín al que, con mucha sutileza, se capta en el consejo-mandato del ventero, que se arroga un derecho sobre don Quijote, a cuenta de su futuro padrinazgo, con el que oculta, no un consejo, sino el mandamiento imperativo de un sacerdote que pretende imponerse. Los referentes formales parecen incuestionables

VIDA	QUIJOTE
- <i>así se lo requería y mandaba</i> - <i>en todo era obedientísimo a quien lo</i>	aún se lo podía mandar

<u>podía mandar</u>	
<u>que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos[...] le dio dineros para el camino</u>	<u>que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas</u>

Además de la expresión impositiva “lo podía mandar”, se repite en ambos textos el orden de no andar, o caminar, en el futuro de una manera determinada. Curiosamente, el ventero antepone su potestad de “mandar” al hecho mismo de la vela, es decir, aunque lo explica enseguida (“tan presto lo había de ser”), se adelanta para armonizar con las fuentes, pues también Loyola confesó y debió escuchar los consejos y ‘mandatos’ de la penitencia antes de la vela de armas.

CUMPLIR LA PENITENCIA

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogióndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba y, embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Encontrándose, al fin, en situación tan deseada, en un castillo y ante un castellano capacitado para armarle caballero, don Quijote promete cumplir puntualmente cuanto se le aconseja, o manda, siempre feliz por haber alcanzado el primer gran objetivo propuesto desde que abandonó su casa. Meta que, por otra parte, como constantemente insiste en recordar el narrador, se habría alcanzado de cualquier manera, pues don Quijote no logrará nada de lo que busca, sino que creará, en su imaginación, cuanto considera necesario para que sus designios se cumplan. No hay castillo, ni señoras, ni castellano, ni capilla, pero da lo mismo, él imagina que lo hay y eso le basta.

Aceptando, pues, el autoengaño y contando con la confabulación de quien colabora en el proyecto, don Quijote, como novel caballero ante su padrino, muestra total disposición a cumplir lo aconsejado “con toda puntualidad”, lo que el narrador asocia, o presenta, como condición para que se produzca la “orden” del ventero autorizando la vela de armas y su organización en el corral. Solo entonces, con todo correctamente dispuesto y organizado, don Quijote recoge las armas, las coloca “sobre una pila que junto a un pozo estaba”, e inicia la solemne ceremonia. El momento temporal está claramente especificado: “cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche”.

Dejemos, momentáneamente, el inicio de la ceremonia y volvamos al trasfondo, al revés invisible del tapiz caballeresco, a los hilos ocultos donde no se aprecia el dibujo “con la lisura y tez de la haz”⁷¹⁰.

Recordemos que Loyola, nada más llegar a Montserrat, se dirigió ansioso al bondadoso confesor que le sirvió, divinamente, de guía espiritual. Así describe Leturia la llegada: “Desmontado para siempre de su mula de viaje, y conducida la bestia a uno de los establos que existían al efecto, las Memorias nos le pintan acudiendo presuroso, no sólo a orar (como era obvio) ante la Virgen deseada, sino tanto o más a encontrar un confesor con quien concertarse (17, 47). Lo necesitaba, desde luego, para realizar su proyecto de vela de armas; pero no menos, para abrir por fin –después de ocho meses de absoluto mutismo- los secretos de Dios en su alma”⁷¹¹.

⁷¹⁰ QII, 52.

⁷¹¹ Leturia :1941: 235.

Leturia insiste, como apuntan los subrayados, en el ansia de espiritualidad con que llega al monasterio, no solo para “realizar su proyecto” de velar armas, sino para abrir “los secretos de Dios en su alma”.

¿No ha hecho lo mismo don Quijote cuando, “fatigado de este pensamiento” de velar armas, abrevia la cena para encerrarse y ponerse de rodillas ante el ventero? ¿No es él la primera persona a quien declara las intenciones de velar y hacerse caballero?

La precisión de Cervantes en el desarrollo paralelo de la parodia resulta fascinante porque igual que en el Relato solo se habla, antes de la llegada a Montserrat, de ensueños y pensamientos introspectivos, de anhelos íntimos, del reservado silencio con que germina y madura un proyecto cuyo primer confidente es el confesor del monasterio⁷¹², en la novela, hasta el momento de encerrarse y arrodillarse en la caballeriza, solo el lector ha conocido los pensamientos y el proyecto de don Quijote. Por esa razón, en el capítulo anterior, expuso a las damas de la venta la retórica explicación sobre el adelanto de su nombre (“no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón”).

Ahora es el momento “de toda sazón”, el punto en que la parodia coincide con aquel día de 1522 en el que Loyola abrió su corazón al paciente confesor que, “confuso”, escuchaba atónito la extraña y extensa confesión de un hombre que se proponía peregrinar, sin medios, a Jerusalén, previa realización de una vela de armas, en honor de la virgen, a la usanza de los caballeros andantes.

Chanones debió alucinar, compadecerse del pobre caballero lisiado que le pidió permiso para realizar una ceremonia tan extravagante. Y el buen hombre se la concedió y, como padrino del evento, le aconsejó un montón de cosas sobre religión, espiritualidad, o sobre el peligroso proyecto de viajar sin dineros.

Desde esta perspectiva, y solo prescindiendo del calificativo “socarrón”, colocado por el narrador al frente de su larga intervención sobre el ventero, podemos apreciar la permanente afinidad metafórica entre el discurso del narrador y el trasfondo histórico de la estancia de Loyola en Montserrat.

En efecto, la primera apreciación del ventero, tras concederle el ‘don’ a su huésped, es que estaba un poco loco (“ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped”), idea que acabó de confirmarle el proyecto y las “razones” expuestas por don Quijote.

¿Pensó Chanones lo mismo? Insistimos ¿cuál fue su opinión tras escuchar al peregrino, todavía ricamente vestido, durante tres días en una extraña y caótica confesión, mezcla de lo humano y lo divino, y que debió finalizar con la propuesta de una ceremonia inspirada en los libros de caballerías? ¿Juzgó el confesor que estaba un poco loco? O, como dice Cervantes, ¿“acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones”?

Aunque ignoramos la opinión de Chanones, sí existe un testimonio, que ya conocemos, al respecto: “El hermano lego, encargado de los pobres que se acercan al monasterio de Montserrat, le calificará, diciendo <<que aquel peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo>>”⁷¹³.

Loyola está loco por Cristo, don Quijote por los caballeros andantes, pero los dos, poco después de la salida de sus respectivas casas y tras llegar, cansados del viaje, a un lugar

⁷¹² “En toda la primera etapa de la vida espiritual de San Ignacio hemos visto resaltar, con ribetes de obsesión, el temor de que la sociedad circundante conociera el cambio obrado en su alma. En Loyola y Navarrete tenía los impedimentos que su familia y allegados podían ponerle en sus intentos; ahora, reaccionaba más bien contra una tentación de vanidad u orgullo” Leturia 1941: 254.

⁷¹³ Larrañaga 1944: 4.

donde son escuchados por alguien que parece comprenderles, solo piensan, obsesivamente, en velar armas ante el altar de la virgen.

En ambos casos se ha producido un largo diálogo (Chanones-Loyola, ventero-don Quijote) cuyo contenido ha versado, básicamente, en torno a una serie de consejos y recomendaciones tendentes a aclarar la escasa experiencia de vida peregrina que ambos empedernidos lectores poseen.

Los dos, sorprendidos por la bondad y conocimiento de quienes tan gentilmente les escuchan y están dispuestos a apadrinarles en la idea de la vela, prometen cumplir, puntualmente, sus consejos. Loyola porque, además de estar de acuerdo, así le obliga la penitencia; don Quijote porque, extrañamente, está convencido de la razón del ventero en todo cuanto dice.

En ese momento, final de la confesión y aceptación de la penitencia, o los consejos, ambos instructores autorizan las respectivas velas de armas, la de Loyola en la capilla del monasterio, la de don Quijote en “un corral grande que a un lado de la venta estaba”. Dos primeros datos, sobre el lugar de la ceremonia, muy significativos, pues permiten mantener el paralelismo simbólico con el monasterio, cuya capilla se encontraba situada, como el patio, a un lado de las dependencias monacales.

FORMA Y FONDO DE LA CEREMONIA

Una vez aludido el lugar de la ceremonia, el narrador informa sobre las actuaciones de don Quijote al respecto

Prometióle don Quijote **de hacer** lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; **y así, se** dio luego orden como **velase las armas** en un corral grande que a un lado de la venta estaba, **y recogióndolas** don Quijote todas, **las puso sobre una pila** que junto a un pozo estaba **y, embrazando su adarga, asió de su lanza y** con gentil continente **se comenzó a pasear delante de la pila;** y cuando comenzó el paseo **comenzaba a cerrar la noche.**

Vimos en el anterior fragmento de la Vida que Loyola obedeció los consejos del confesor al pie de la letra y acabó encontrándose bien. Lo mismo se deduce del Relato y, también, de la aceptación sin reservas (“con toda puntualidad”) hecha por don Quijote de los consejos del ventero.

Volvamos de nuevo, antes de comparar las ceremonias, a la información del Relato

Y fuese su camino de Montserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había **de hacer** por amor de Dios. **Y** como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula **y** de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquellas; **y así se** determinó de **velar sus armas** toda una **noche**, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos **en pie y a ratos de rodillas, delante el altar** de nuestra Señora de Montserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos **y** vestirse **las armas** de Cristo. Pues partido de este lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; **y** llegado a Montserrate, después de hecha oración **y** concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, **y** duró la confesión tres días; **y** concertó con el confesor que mandase **recoger** la mula, **y** que **la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora.** **Y** éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto.

La víspera de nuestra Señora de Marzo en la **noche**, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, **y** despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, **y** se vistió de su deseado vestido, **y** se fue a hincar de rodillas **delante** el altar de nuestra Señora; **y** unas veces desta manera, **y** otras **en pie, con su bordón en la mano,** pasó toda **la noche.** **Y** **en amaneciendo** se partió (R, 17,18)

Como ya comentamos, Loyola toma la determinación de velar las armas antes de llegar al monasterio. Gran parte de los detalles de la ceremonia se exponen como pensamientos previos, como una determinación madurada hasta el punto de identificarse con la puesta en práctica de dichos deseos. Solo después de esa exposición, el narrador del Relato pasa a informar, brevemente, de la realización de dichos pensamientos, del cambio de vestidos y del inicio de la ceremonia previamente descrita y a la que solo se añaden cuatro lacónicos datos: la forma de realizarse (de pie o de rodillas), el detalle del “bordón en la mano”, la duración de la ceremonia (“toda la noche”) y el abandono del lugar al amanecer.

Cervantes, aunque dio indicios de un planteamiento narrativo similar al del Relato al anunciar don Quijote al ventero su futuro propósito, concentra todos los elementos de la vela en el momento de la realización, aunque dejando que sea también el narrador quien describa los acontecimientos. Veamos, pues, el discurrir paralelo de dos ceremonias cuyos inicios son idénticos hasta en la forma de comenzar la narración con la expresión ‘y así se’

RELATO	QUIJOTE
<u>y así se</u> determinó de <u>velar sus armas</u>	<u>y así, se</u> dio luego orden como <u>velase las armas</u>

Además del minucioso detalle del término “y así se”, en ambos casos se repite la misma expresión ‘velar armas’.

A continuación el narrador de la novela informa sobre el lugar donde se realiza la ceremonia: “un corral grande que a un lado de la venta estaba”. Como más adelante aparecerán nuevos datos sobre dicho espacio, dejemos su análisis para entonces. Ahora se informa de que don Quijote recogió todas las armas y “las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba”, algo semejante a lo realizado por Loyola, como apunta la repetición del verbo ‘recoger’

RELATO	QUIJOTE
Concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal <u>colgase en</u> la iglesia en el altar de nuestra Señora	y recogiéndolas don Quijote todas, <u>las puso sobre una pila</u> que junto a un pozo estaba

La acción encargada al confesor de retirar la mula y las armas (espada y puñal) la imita don Quijote recogiendo él mismo las armas y colocándolas “sobre una pila” que actúa, metafóricamente, como símbolo del altar, o ara, del monasterio. Pero ¿qué armas puso sobre la pila don Quijote? Suponemos que las mismas que Loyola, la espada y el puñal, porque la adarga y la lanza las utilizará, como veremos enseguida, durante la vela.

Conozcamos antes una curiosa apreciación de Clemencín sobre el fragmento: “Es de notar la excesiva repetición, de la partícula ‘y’ en el presente período: <<Y así se dio luego orden como velase las armas... y recogiendo Don Quijote todas, las puso sobre una pila... y embrazando su adarga así de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear... y cuando comenzó el paseo, comenzaba a cerrar la noche.>> Tanta repetición hace lánguido y pesado el discurso”.

La observación del petulante crítico nos desvela hasta qué punto Cervantes se plantea el propósito de imitación perfecta, pues la reiterativa utilización de la partícula ‘y’ no es más que otro elemento paródico, ya que en el fragmento del Relato se repite la ‘y’ ¡nada menos que 19 veces frente a las 5 de la novela criticadas por Clemencín!

Conviene echarle un vistazo al texto del Relato para comprobar cómo Cervantes conecta reiterativamente las frases utilizando un estilo muy similar al de Gonçalves, abusando de la partícula ‘y’, tal como hizo, un poco más arriba, con la expresión “y así se”, datos reveladores de una imitación extensible a cualquiera de los aspectos o rasgos característicos de la prosa imitada y que corroboran, como dijo Aubier, que Cervantes “no ordena a sus actores [ni a sus signos] un solo movimiento carente de sentido”⁷¹⁴.

PASEO ARMADO Y REPOSADO

La siguiente información del narrador es que don Quijote comienza la vela armado (“embrazando su adarga, asió de su lanza y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila”) con una adarga (“género de escudo hecho de ante”⁷¹⁵) y una lanza, elementos simbólicamente representativos del bordón de Loyola durante la vela: “con su bordón en la mano, pasó toda la noche”.

La lanza cumple, precisamente, las funciones del bordón, utilizado por Loyola como arma contra el maligno⁷¹⁶, según él mismo confirma en el Relato: “tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio; y así después muchas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él a modo de menosprecio lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano”.

Ambos, pues, armados, inician la vela en posiciones similares. Don Quijote “se comenzó a pasear **delante** de la pila”, objeto de piedra que actúa como símbolo del ara ante el que Loyola se sitúa (“**delante** el altar de nuestra Señora”)

RELATO	QUIJOTE
-a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el <u>altar</u> de nuestra Señora -se fue a hincar de rodillas delante el <u>altar</u> de nuestra Señora	se comenzó a pasear delante de la <u>pila</u>

Loyola permanece en pie o de rodillas, sin moverse, porque así lo “tenía prescrito el código de los caballeros”⁷¹⁷. Don Quijote, extrañamente ajeno a los preceptos caballerescos, se toma la licencia de pasearse.

Pero lo importante es que ambos tratan de escenificar una situación de veneración y entrega; en el caso de Loyola, a la virgen, su nueva ‘Señora’; en el de don Quijote, como se verá más adelante, a Dulcinea, también nueva musa de su espiritualidad. Y para que no quepa la menor duda, para que se produzca la imitación perfecta, enseguida el narrador añade que “con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas”, o sea, el narrador, utilizando una forma un tanto rebuscada, confirma que don Quijote, además de pasearse, cumplió, como Loyola, gran parte de la vela inmóvil, sin quitar los ojos de las armas durante “un buen espacio”. Hasta dos veces se insiste en esa circunstancia para transmitir la misma sensación de “quietud y sosiego” característica de la vela de

⁷¹⁴ Aubier 1981: 175.

⁷¹⁵ Covarrubias 1993.

⁷¹⁶ El nuevo caballero ‘a lo divino’ deberá luchar contra el diablo en forma de serpiente y vencerlo “con el bordón, con su nueva arma de peregrino [...] ahora se trata de una lucha interna espiritual, si bien la representación diabólico-serpentina contaba con una larga tradición tanto en las hagiografías como en los libros de caballerías [...] nos encontramos ante un esquema similar: el caballero o el santo deben luchar contra las fuerzas del mal, ya sean las exteriores que atemorizan a una colectividad, o las interiores, que tientan a las almas que purgan sus pecados”. Cacho 1992: 153.

⁷¹⁷ Leturia 1941: 251.

Loyola: “tornó a pasearse con el mismo reposo que primero” / “tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero”.

Apuntar, por último, el tiempo de duración de la realización de la vela. Según el Relato “toda una noche”, según la Vida “*toda aquella noche*” y, según la novela, al iniciarse la vela “comenzaba a cerrar la noche”. Como a lo largo del capítulo se obtendrá más información al respecto, lo dejaremos para más adelante.

Veamos a continuación un cuadro sinóptico donde queda reflejada la intensa conexión entre los tres fragmentos, especialmente entre el Relato y la novela, pues la Vida, como ya sabemos, pasa de puntillas sobre la ceremonia

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>de hacer</u>		<u>de hacer</u>
<u>y así se</u>		<u>y así, se</u>
<u>velar sus armas</u>	<u>velar sus armas</u>	<u>velase las armas</u>
<u>toda una noche</u>	<u>toda aquella noche</u>	<u>comenzaba a cerrar la noche</u>
<u>sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas</u>	<u>parte en pie y parte de rodillas</u>	<u>se comenzó a pasear</u>
<u>delante el altar</u>	<u>delante del altar / delante de la imagen</u>	<u>delante de la pila</u>
<u>recoger la mula</u>		<u>Recogiéndolas</u>
<u>que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora</u>		<u>las armas [...] las puso sobre una pila</u>
<u>con su bordón en la mano</u>		<u>embrazando su adarga, asíó de su lanza</u>

Además de las coincidencias formales y expresivas, se repiten las mismas acciones y circunstancias, desde el propósito o idea preconcebida de velar las armas, hasta la mayoría de los detalles de la ceremonia, consistente en recoger y colocar las pertenencias delante del altar, o pila (ambos elementos de piedra), para velarlas durante toda la noche. Loyola de rodillas, o en pie, y con bordón en la mano. Don Quijote paseando, o quieto, con adarga y lanza en las manos.

EXTRAÑO GÉNERO DE LOCURA

Una vez explicada la puesta en escena de la ceremonia, el narrador introduce la siguiente digresión

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán, unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un **buen espacio** dellas. Acabó de cerrar la noche, pero **con tanta claridad** de la luna, que podía competir con **el que se la prestaba**, de manera que cuanto el **novel caballero** hacía era bien visto de todos

El narrador ha ofrecido hasta aquí información de la venta, pero solo en relación con la llegada y movimientos de don Quijote, de forma que, indirectamente, sabemos que en el establecimiento pernoctan, además del ventero, las dos mujeres caracterizadas, al principio, como prostitutas y, probablemente, el porquero confundido por don Quijote con un enano, más el castrador de puercos mencionado al final del capítulo dos.

Inmediatamente después aparecerán dos personajes anónimos pertenecientes a un grupo indefinido de arrieros que pernoctan en la venta. También acudirá a la ceremonia, junto a las dos primeras mujeres, un muchacho.

Supongamos, pues, un grupo, no menor de diez o doce personas, a quienes el ventero cuenta el propósito de don Quijote de velar armas y armarse caballero y que, según parece, es el único fundamento para una acusación de locura que los demás aceptan sin reparos (“Admiráronse de tan extraño género de locura”) y va a servirles de entretenimiento en la tediosa noche manchega. Gracias a la espléndida luz de la luna, todos contemplan la escena del patio y observan a don Quijote, bien paseándose delante de la pila o estático con los ojos fijos en las armas.

El traslado de esta simbólica escena desde su fuente de inspiración, el vaivén del escenario real al metafórico, resulta francamente maravilloso.

Recordemos los pasos de Loyola tras la llegada a Montserrat, la búsqueda inmediata de un confesor con quien confiesa durante tres días y acuerda colgar las armas “en el altar de Nuestra Señora” y donar al monasterio la mula e incluso los ricos vestidos de caballero, un hecho que “resultaba incomprensible a los monjes encargados de recibir los presentes de los peregrinos en el santuario. Resultaba ya extraño que un caballero se desprendiese de sus armas y de su cabalgadura; pero pretender dejar hasta los vestidos que llevaba era incomprensible”⁷¹⁸.

Tan extravagante comportamiento lo completa, acto seguido, colocándose, durante toda una noche, delante del altar de la virgen vestido con una nueva indumentaria que “se reducía al saco de jerga que, aplicado directamente sobre la carne y ceñido con una cuerda a la cintura, le cubría todo el cuerpo, a la esparteña que calzaba su pie derecho y al bordón y calabacita que empuñaba en su mano. Era todo el equipo del nuevo caballero de Cristo para velar sus armas”⁷¹⁹.

Un equipo sencillo, aunque extravagante por inusual, y que ofrecía una imagen, más que de peregrino, de eremita del desierto, de pureta anacrónico e impactante en el ámbito de un monasterio cargado de sensata religiosidad.

Según Leturia, por la fecha en que Loyola llega a Montserrat, componían la comunidad unos 50 monjes, 12 ermitaños, 40 legos y 15 niños de la escolanía, una numerosa familia que “vivía desde principios de siglo una vida concertada y fecunda”⁷²⁰ y que, en fechas como la “víspera de nuestra Señora de Marzo”, se veía enormemente incrementada con la presencia de devotos romeros.

En este bullicioso ambiente celebró Loyola la ceremonia de su conversión. Es, pues, probable, que la noticia corriera de boca en boca, que acudieran a contemplar la pintoresca escena mucha más gente de la sugerida, simbólicamente, por Cervantes. Gente asombrada y curiosa que se concentra en torno al evento y piensa, como el hermano lego, “que aquel peregrino era loco por Nuestro Señor Jesucristo”⁷²¹.

Sabemos que Loyola permaneció, de pie o de rodilla, ante el altar de la virgen toda la noche. Que sus armas, daga y espada, quedaron colgadas como exvotos en la iglesia, tan fuertemente iluminada que “resplandecía como un ascua con sus 50 lámparas de plata encendidas, una de ellas regalo de Carlos V, con sus 40 cirios gigantescos que llevaban el nombre de otras tantas ciudades y villas catalanas, y con innumerables velas de diversos tamaños, ofrenda de peregrinos y devotos anónimos. Ignacio pasó por alto en las Memorias todos estos detalles accesorios y nos dio la silueta del hecho esencial

⁷¹⁸ Loyola 1947: 15: 154.

⁷¹⁹ Loyola 1947: 16: 154.

⁷²⁰ Leturia 1941: 250.

⁷²¹ Larrañaga 1944: 4.

con palabras que recuerdan aquel pasaje devoto del Amadís que probablemente le inspiró la idea de su vela caballeresca”⁷²². Porque no debe “imaginársele dentro del camarín de la Virgen, sino ante la reja que lo separaba de la Iglesia; ni en una soledad recargada con las sombras de la noche, sino envuelto en el resplandor de los cirios, en el murmullo orante de los numerosos peregrinos, y a ratos también en las armonías de la salmodia y el órgano. Porque a la media noche, previa la llamada mística del campanero que tañía <<con la campana mayor>>, entonaban aquella noche los monjes desde el coro alto de la iglesia el Invitatorio de la Anunciación, y seguían los Maitines y Laudes, coronando con el saludo a la Virgen <<Ave Stella matutina>>...Ignacio, amante siempre hasta las lágrimas del canto litúrgico, debió de cantar entonces extasiado la canción de su Reina y Señora”⁷²³.

A la luz oscilante e hipnótica de lámparas y velas, escuchando los rezos de los peregrinos, la salmodia y el órgano, a ratos en pie y a ratos de rodilla ante el altar y, aparentemente, ajeno a cuanto le rodeaba, Loyola debió ser el centro de atención de los peregrinos.

Ese fue, más o menos, el ambiente interior de la iglesia del monasterio que Cervantes, con mucha cautela, traslada simbólicamente al patio interior de la venta, con el “techo engalanado de estrellas”⁷²⁴ y una enorme luna compitiendo, en claridad, con el sol, simbólica referencia a la monumental iluminación del monasterio que permitía ver con claridad todo “cuanto el novel caballero hacía”.

¿Se comprende por qué enfatiza el narrador sobre la luminosidad existente en el patio de la venta?

Los curiosos del monasterio contemplaron, pues, la vela de Loyola con tanta facilidad como los curiosos de la venta contemplan la de don Quijote. La enorme cantidad de lámparas y velas, o la extraordinaria luna, permiten que los dos sean bien vistos “de todos”.

No obstante, y según comprobamos al principio, los detalles luminosos, como otros muchos aspectos de la vela de don Quijote, parecen inspirados fundamentalmente en el Amadís, donde se aprecia, por ejemplo, una claridad semejante a la descrita por Cervantes, pues Esplandián aparece “tan hermoso, que su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto que hacía mucho maravillar a todos aquellos que le veían”⁷²⁵.

Pero es que Loyola también buscó, y encontró, ese efecto. El recuerdo de la gente contemplando a un Esplandián iluminado y absorto ante las armas, era el modelo que él había escogido y con el que escenificaba formalmente su tránsito a la espiritualidad.

Por eso don Quijote se muestra arrobado ante las armas, con los ojos fijos en ellas durante un buen rato, tan enajenado como aquel Loyola imitador de Esplandián y ahora emulado por don Quijote. Pero ¿cómo conectar la vela con intencionalidad religiosa de Loyola con la vela con intencionalidad caballeresca del manchego?

A través de un quimérico fragmento de la Vida, ya ampliamente conocido, donde Iñigo, todavía convaleciente de las heridas de guerra, aparece velando y rodeado de una misteriosa luminosidad virginal

*Pero con todo esto no se determinó de seguir particular **manera** de vida, sino de ir a Jerusalén después de bien convalecido y antes de ir, de mortificarse, y*

⁷²² Leturia 1941: 251.

⁷²³ Leturia 1941: 251.

⁷²⁴ González Echevarría 2009: 624.

⁷²⁵ Loyola 1947: 11: 149-150.

[ILUSTRACIÓN 4]

perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo **género de** penitencias, y asperezas corporales. Y con un enojo santo y generoso, crucificarse, y mortificarse, y hacer anatomía de sí. Y así, con estos deseos tan fervorosos que nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos pensamientos del mundo, y con la luz del sol de justicia que ya resplandecía en su ánimo, se deshacían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecer y despedirse la oscuridad de **la noche** con la presencia del sol.

Estando en este estado quiso el Rey del cielo y Señor que le llamaba abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarlo y animarle más, con una nueva luz y visitación celestial. Y fue así, que estando él **velando una noche**, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los Ángeles, que traía en brazos a su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su **claridad** le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión; la cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecía que **quitaban** y raían de su ánimo, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vio que no fue sueño sino verdadera y provechosa esta visitación divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia y le **trocó de manera, que** desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la limpieza y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad de su ánimo.

En la primera parte del fragmento aparece un Ribadeneyra en estado puro, reiterativo y retórico hasta la saciedad, y con pretensiones literarias tan mostrencas como ese metafórico “sol de justicia” resfriando y deshaciendo las tinieblas, bla, bla, bla. ¿No es eso, también, un extraño género de locura?

Antes de iniciar el viaje a Jerusalén, Iñigo desea, según Ribadeneyra, “mortificarse, y perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo **género de** penitencias, y asperezas corporales”. ¿No es eso, igualmente, otro extraño género de locura?

Algo así parece plantearnos Cervantes cuando pone en boca del narrador ese primer referente relacionando las aspiraciones autodestructivas del futuro peregrino con la opinión de los huéspedes de la venta

VIDA	RELATO
<i>mortificarse, y perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo género de penitencias</i>	Admiráronse de tan extraño género de locura y fuéronselo a mirar desde lejos

Don Quijote unas veces pasea frente a la pila, otras se detiene y pone “los ojos en las armas, sin quitarlos por un **buen espacio** dellas”, vive, como hemos dicho, una paródica situación de embeleso, de éxtasis, tal como confirma el referente que conecta su trance con el de Iñigo

*estando él **velando una noche**, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los Ángeles, que traía en brazos a su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su **claridad** le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta visión*

Junto a la acción de ‘velar de noche y con prodigiosa claridad’, aparece la expresión “buen espacio” que sugiere la amplitud temporal de la visión de Loyola, de su éxtasis, utilizado por Cervantes para llenar de misticismo el éxtasis quijotesco ante las armas

VIDA	QUIJOTE
<i>Y <u>duró buen espacio de tiempo esta visión</u></i>	ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas

Y para que no haya lugar a dudas, todavía añade Cervantes otro paralelismo sugerido con un nuevo referente, el halo luminoso típico de las visiones milagrosas.

Dos veces aparece en el fragmento de la Vida el recurso efectista de la luminosidad.

Primero como metáfora del cambio interior acaecido a Loyola, del paso de la oscuridad mundana a la luz de la espiritualidad, simbolizada con el “sol de justicia” “con el que se designa a Cristo”⁷²⁶ (“con la luz del sol de justicia que ya resplandecía en su ánimo, se deshacían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecer y despedirse la oscuridad de **la noche** con la presencia del sol”).

En segundo lugar, para dibujar el halo luminoso de la presencia divina (“le apareció la esclarecida y soberana Reina de los Ángeles, que traía en brazos a su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su **claridad** le alumbraba”).

Los dobles referentes (“buen espacio” más la “claridad de la luna”) le han servido a Cervantes para establecer y ratificar una relación paródica entre el fragmento donde se narra la visión de Iñigo, alumbrado por el resplandor de la virgen, y la de don Quijote, iluminado por una luna tan potente como el sol, astro que aparece en la Vida y al que Cervantes alude metafóricamente “con el que se la prestaba”

VIDA	QUIJOTE
<i>estando él velando una noche, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los Ángeles, que traía en brazos a su preciosísimo Hijo, y <u>con el resplandor de su claridad le alumbraba [...]</u> y despedirse la oscuridad de la noche con la presencia del sol.</i>	Acabó de cerrar la noche , pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba

En realidad, el fragmento cervantino, con la pedante alusión al sol (“el que se la prestaba), no deja de ser una parodia burlesca sobre la remilgada prosa de la Vida, concretamente sobre el fragmento donde Ribadeneyra crea un efectista y amplio campo semántico de luz: “y con la luz del sol de justicia que ya resplandecía en su ánimo, se deshacían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecer y despedirse la oscuridad de la noche con la presencia del sol”.

Todavía añade el narrador otro dato definitivo al referirse a don Quijote como el “novel caballero”, expresión cuyo objetivo no es otro que conectar, de nuevo, con el núcleo central de la vela según Ribadeneyra

*El cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías, que los **caballeros noveles** solían **velar sus armas**, por imitar él como **caballero novel** de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y **velar** sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas **armas** (mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes) que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, **toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo la enmienda de la vida para adelante**” (Vida I, IV).*

Ribadeneyra define la vela como una “espiritual representación” del “**caballero novel** de Cristo”, es decir, del caballero “que aún no tenía divisa por no haberla ganado con

⁷²⁶ R.A.E.

las armas”⁷²⁷, algo muy apropiado para definir tanto a Loyola como a don Quijote, pues ambos se encuentran en el mismo punto de iniciación a una nueva carrera

VIDA	QUIJOTE
<i>los <u>caballeros noveles</u> solían velar sus armas, por imitar él como <u>caballero novel de Cristo</u></i>	de manera que cuanto el <u>novel caballero</u> hacía era bien visto de todos

Una vez más, trasladando a don Quijote detalles aparentemente insignificantes de la personalidad de Loyola, Cervantes va creando un personaje paralelo tan vivo como el real, solo hace falta establecer, asumir las conexiones entre uno y otro para comprender el objetivo de vidas paralelas desarrollado en la novela.

Leturia convierte el transcurso de la vela, la larga noche de Loyola ante las armas, en un ámbito para la reflexión, en el inicio de un proceso de interiorización que dará lugar al angustioso episodio de escrúpulos desarrollado inmediatamente en Manresa⁷²⁸. Según él, durante las meditaciones de la larga confesión y la posterior ceremonia de vela, ya debieron aparecer en la conciencia de Loyola signos de los remordimientos que convirtieron la estancia en Montserrat en el prólogo del cambio interior que iba a producirse en Manresa. En todo ello fue fundamental la presencia de Chanones, la influencia de quien, sin duda, es considerado como su primer maestro espiritual.

Pues bien, esos remordimientos que, según Leturia, debieron aparecer durante la vela en la conciencia de Loyola, también fueron apreciados por Cervantes.

PRIMER ARRIERO

La vela de armas de Loyola fue, al menos externamente, un remanso de paz. Ni el Relato ni la Vida hablan de incidentes o episodios que turbaran la iluminada noche del “*caballero novel de Cristo*”. Sin embargo, como tiempo de meditación, la vela fue el preámbulo, según Leturia, de importantes turbulencias internas alumbradas inmediatamente después en Manresa.

No olvidemos que camino de Montserrat, antes de la llegada al monasterio, con el proyecto de santidad en marcha, Loyola ha vivido el episodio del moro, ha pensado en matar a alguien por el solo hecho de discrepar de sus ideas, algo que demuestra su debilidad espiritual, su arrogancia y, por ende, la desazón que ahora le acosa.

Por analogía con tal estado de desasosiego preludiado en Montserrat y acentuado en los muchos desvelos de Manresa, la vela de don Quijote, iniciada con la misma quietud y calma que la de Loyola, resulta, después, bastante ajetreada, razón por la que el narrador, con finísima sutileza, sugiere la existencia de dos tiempos. Uno primero, de reposo, que se extiende desde el momento en que “comenzaba a cerrar la noche” hasta cuando “Acabó de cerrar la noche”. Y un segundo, de desasosiego, que se abre desde que finaliza el primer tiempo hasta, prácticamente, la llegada del alba.

Concluido, pues, el primer período de calma y meditación, el tiempo impreciso transcurrido entre el comenzar y acabar de cerrar la noche, un arriero, de los que pernoctan en la posada, abre el segundo tiempo cuando sintió, según el narrador, el caprichoso antojo de dar de beber a las bestias

⁷²⁷ R.A.E.

⁷²⁸ “Y mientras a las dos de la madrugada se retiraban los religiosos a su oración mental, quedó él fijo en su sitio, sin más descanso que el de cambiar a ratos en postración de hinojos su vela a pie firme, como lo tenía prescrito el código de los caballeros. Y meditó, también meditó como los monjes” Leturia 1941: 251.

Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

-¡Oh **tú**, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la **vida** en pago de tu atrevimiento.

No se curó el arriero destas **razones** (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el **pensamiento** –a lo que pareció– en su señora Dulcinea, dijo:

-Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho⁷²⁹ se le ofrece: no me desfallezca⁷³⁰ en este primero **trance** vuestro **favor y amparo**.

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le **derribó en el suelo**, tan maltrecho que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero.

Se trata de una situación anómala, un arriero sacando a las bestias a altas horas de la noche para darles de beber, algo tan extravagante que el narrador lo califica de ‘antojo’, pues lo normal es que abreen al principio y final de la jornada, nunca en medio y, menos, tan de noche.

La decisión del arriero resulta, pues, una rareza, algo tan chocante que puede entenderse como una llamada de atención, como una primera pista indicativa de la intención simbólica del suceso.

En efecto, una vez realizada la vela de armas, Loyola abandona Montserrat y, en vez de dirigirse a Jerusalén como tenía pensado, se instala durante casi un año en Manresa. Allí, a imitación de otros santos famosos, hace vida de anacoreta, medita, vive en cuevas y hospitales y mantiene rigurosos ayunos y penitencias⁷³¹. Es la época de las primeras visiones y tentaciones

Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso. Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le

⁷²⁹ “La cual crecía cada día tanto más, cuanto él iba descubriendo más de lo mucho que en su **pecho** tenía encerrado” (Vida, A los hermanos)

⁷³⁰ “Aquí se agota el entendimiento y enmudece la lengua y **desfallece** y se acaba el sentido de cualquiera persona que tiene una pequeña centella de fe” (Vida II, XVIII).

⁷³¹ Se ignora si Loyola alquiló alguna de las celdas del monasterio, no obstante, aunque lo hiciera, según Leturia, “no emplearía el aposento para comer ni dormir, sino para orar, escribir y azotarse; porque los peregrinos, aun los de noble alcurnia, comían fácilmente aquellos días de penitencia de la sopa de los pobres, y dormían en algún rincón del claustro, si no es ya que pasaran la noche velando en el santuario, como sucedía a menudo. De Iñigo contó años adelante Juan Pascual que durmió aquellas noches vestido y calzado, y que ayunó en Montserrat a pan y agua” Leturia 1941: 244.

parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. El se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplazaba dello. (R, 19).

Al decir los “domingo no ayunaba”, está indicándonos que el resto de la semana sí lo hacía, tal como especifica Laínez: “ayunaba todos los días, excepto los domingos, a pan y agua”⁷³². Además, dormía en el suelo, pasaba la mayor parte de la noche en vela y padeció dos enfermedades que le pusieron a punto de muerte. Es entonces cuando empieza a ver en el aire una cosa “muy hermosa en grande manera” con forma de serpiente con puntos fulgurantes y que, más adelante, identificará con el demonio.

El jesuita Meissner relaciona esas primeras ‘visiones’ con la estricta dieta: “El rigor de las prácticas ascéticas de Iñigo, particularmente la falta de nutrición y sueño, pueden muy bien haber incluido estados alterados de conciencia en los que probablemente se habrían producido experiencias alucinantes”⁷³³.

Importante apreciación que deberá tenerse en cuenta para el largo periodo posterior en que, el aspirante a santo, persistirá en dietas y vigiliadas semejantes a las consideradas por el sicólogo como capaces de alterar la conciencia y producir experiencias alucinatorias.

Pero sigamos con el Relato porque, en esos mismos días de la visión resplandeciente y serpentígera, Loyola empezó a darse cuenta de su nula espiritualidad interior, de la vanidad del esfuerzo, y tuvo una tentación

Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales. Aquestos días que duraba aquella visión, o algún poco antes que comenzase (porque ella duró muchos días), le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su **vida**, como si le dijeran dentro del ánima: << ¿Y cómo podrás tu sufrir esta **vida** 70 años que has de vivir? >> Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): << ¡Oh miserable! ¿puedesme **tú** prometer una hora de **vida**? >> Y así venció la tentación y quedó quieto. Y esta fue la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho.

En medio de las visiones, cuando se encuentra orando, velando y con los ojos puestos en dios, o sea, en trance muy similar al de la vela de armas, le viene un “pensamiento recio que le molestó”, una reflexión interna sobre la imposibilidad de vivir, tan duramente, hasta los 70 años. Es un síntoma de flaqueza, de duda ante el tremendo sacrificio presente y la incertidumbre del futuro. Él mismo lo glosa “catorce años después, el 18 de junio de 1536, en carta a la clarisa de Barcelona, Sor Teresa Rajadell, escrita desde Venecia: <<El curso general, que el enemigo tiene con los que quieren y comienzan a servir a Dios nuestro Señor, es poner impedimentos y obstáculos, que es la primera arma con que procura herir, es a saber: ¿Cómo has de vivir toda tu vida en tanta penitencia, sin gozar de parientes, amigos, posesiones, y en vida tan solitaria sin un poco de reposo, como de otra manera te puedas salvar sin tantos peligros? Dádonos a entender que hemos de vivir en una vida más larga, por los trabajos que antepone, que nunca hombre vivió, no nos dando a entender los solaces y consolaciones tantas, que el Señor acostumbra a dar a los tales, si el nuevo servidor del Señor rompe todos estos inconvenientes, eligiendo querer padecer con su Criador y Señor>>”⁷³⁴.

⁷³² Loyola 1947: 1: 159.

⁷³³ Meissner 1995: 107.

⁷³⁴ Loyola 1947: 6: 162.

Ese es el sentido ‘metafísico’ dado por el propio Loyola al pensamiento “recio que le molestó”, sin embargo, lo realmente curioso es el teatrillo con que lo explica, o ‘representa’, en el Relato, el diálogo interior que, a modo de composición de lugar, se monta con él mismo escuchando, primero, una voz interior del enemigo formulando una pregunta a la que, después, otra voz, la del propio Ignacio, responde, interiormente, con un insulto (“miserable”) y otra pregunta desafiante.

Hay, pues, un diálogo entre un sujeto externo, un “enemigo” con malignas intenciones, y el mismo Loyola que, enfadado y a voces, le responde y le vence en un figurado ‘combate’ definido por él como “primera tentación”.

Volvamos ahora a don Quijote extasiado en el patio de la venta, con “los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas”. De pronto un intempestivo y antojadizo arriero se aproxima a la pila sacándole de su concentración y “viéndole llegar, en voz alta le dijo:

-¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento.

A nivel formal existe un claro paralelismo entre la intervención de Loyola y la de don Quijote. Ambas, en estilo directo, comienzan con una vigorosa interjección (‘Oh’) dirigida a un personaje innominado (‘tú’) a quien se le acusa, despectivamente, de “miserable” o “atrevido”. Ambas imprecaciones se realizan, según especifican los narradores, enérgicamente, Loyola “con grande fuerza”, don Quijote “en voz alta”

RELATO	QUIJOTE
¡Oh <u>miserable</u> ! ¿puedesme <u>tú</u> prometer una hora de vida?	¡Oh <u>tú</u> , quienquiera que seas, <u>atrevido</u> caballero

También se trata, en ambos casos, de intromisiones, de perturbaciones de momentos íntimos protagonizadas por seres indeseables, en el primer caso ‘el enemigo’ y, en el segundo, un ‘atrevido caballero’. Ambos se presentan como estorbos, como inconvenientes que rompen la concentración, o meditación espiritual, en la que se hallan los ‘noveles caballeros’.

Se aprecia, además, otra sutil equivalencia entre los protagonistas de la doble ‘afrenta’. En el Relato es evidente que el personaje identificado como el ‘enemigo’ es un “ser sobrenatural”⁷³⁵ (“Uno de los tres enemigos del alma, según el catecismo de la doctrina cristiana”⁷³⁶), el demonio, un personaje imaginario con quien libra un combate imaginario, una representación interna, “con la vista imaginativa”⁷³⁷.

También el personaje al que se enfrenta don Quijote es imaginario, al menos para él, pues se encuentra tan absorto en sus meditaciones, tan al margen de la realidad venteril que, viendo llegar inesperadamente a alguien, se dirige a él con una invocación impersonal y enigmática (“¡Oh tú, quienquiera que seas”) e, inmediatamente, demostrando su alienación y delirio caballeresco, el estar fuera del mundo, denomina “atrevido caballero” al rústico arriero, igual que podría haberle llamado ‘demonio’ o, simplemente, enemigo.

⁷³⁵ R.A.E.

⁷³⁶ R.A.E.

⁷³⁷ Loyola 1991: 236.

No menos irónica parece la altivez con que el mismo don Quijote, utilizando una “formula de la tradición épica”⁷³⁸, se piropea calificándose como el “más valeroso andante que jamás se ciñó espada”, una auténtica veleidad pues, según la novela, todavía es un hidalgo del que se desconoce hazaña alguna, ¿a qué viene tanta arrogancia?

Probablemente a que Loyola, en estos momentos de Manresa objeto de la parodia, se acusa a sí mismo, como ya hemos insistido, del pecado de vanidad, de actuar pensando solo en exteriores, “sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales”. Lo demostró con su actitud ante el ‘moro’, todavía era un capitán vanidoso, pagado de altanería y prepotencia.

Que las voces de don Quijote al arriero van en el mismo sentido de resaltar la arrogancia del caballero trasunto de Loyola, se aprecia en el resto de la altiva y desafiante invocación: “Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento”, prácticamente la misma amenaza hecha al ‘moro’ a quien pretendió acuchillar el vanidoso caballero aspirante a santo

*no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaba a darse priesa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancilla. Y no es maravilla que un hombre acostumbrado a las armas y a mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera es falsa, y como tal engaña a muchos, tuviese por **afrenta** suya y caso de menos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se **atreviere** a hablar en su presencia en deshonor de nuestra soberana Señora (Vida I, III).*

Hábilmente, Cervantes traslada a don Quijote la arrogante actitud adjudicada por Ribadeneyra a Loyola. En ambos casos se amenaza con la vida a dos personas de la misma condición. No es casualidad, como ya comentamos, que la profesión de arriero acostumbraran a ejercerla los moriscos, como queda patente por las muchas “voces arábicas”⁷³⁹ existentes en dicho oficio.

El caso es que Cervantes acomoda a este momento una frase atribuida por Ribadeneyra a Loyola con anterioridad, pero que aquí viene a pelo en cuanto que vuelve a sugerir la falta de madurez espiritual de un hombre que, en su ignorancia y creyendo, como católico, “que ellos tienen el monopolio de virtudes como la solidaridad, la compasión o el ansia de justicia”⁷⁴⁰, pretendía alcanzar la santidad acuchillando a otro por no admitir un dogma de su religión.

Y como siempre, reforzando el contenido, en ambos textos aparecen unos referentes formales, el concepto ‘atreverse’ y la amenaza de quitar la vida como consecuencia de dicho “atrevimiento”

VIDA	QUIJOTE
<i>darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido [...], que un enemigo de nuestra santa fe se atreviere a hablar en su presencia</i>	¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres <u>dejar la vida en pago de tu atrevimiento</u>

⁷³⁸ Quijote 1998: 28: 58.

⁷³⁹ www.islamyal-andalus.org

⁷⁴⁰ Sánchez Ron 2011.

En los dos casos vemos una clara amenaza de muerte asociada a una insolencia, a una falta de respeto. Pero, además, la arrogante intervención de don Quijote está muy relacionada con el despreciativo texto de la Vida, con la concentración de improperios fundamentalistas (*atrevimiento, osadía, desvergüenza, desacato, enemigo, deshonor*) que Ribadeneyra le adjudica al indefenso moro, utilizado como un claro pretexto para airear su traumática xenofobia e intolerancia.

Cervantes va transmitiendo a don Quijote el lenguaje y la personalidad que extrae de su profunda y psicológica lectura de las fuentes ignacianas, convirtiendo en literatura el trabajo pseudo histórico realizado por Ribadeneyra y ofreciendo otro punto de vista.

Puede, pues, concluirse que la perorata de don Quijote no resulta tan excéntrica como a primera vista parece, que hay en ella ingredientes necesarios para equipararla, simbólicamente, con determinados aspectos de la vida de Loyola durante su estancia en Manresa, donde fue visitado por un misterioso e inesperado caballero, el demonio, a quien se dirigió con la misma fuerza imprecatoria, y con el mismo ánimo valeroso, con que don Quijote se dirige al enigmático arriero. También coinciden ambos personajes en la respuesta colérica que son capaces de dar a quien se oponga a su ideología o a sus designios, amenazando hasta con quitarles la vida.

Tras las iracundas palabras de don Quijote, vuelve a intervenir el narrador para informarnos de la reacción del arriero ante tan temible amenaza

No se curó el arriero destas **razones** (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes, trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el **pensamiento** –a lo que pareció- en su señora Dulcinea, dijo:

Ajeno a las razones de don Quijote, el arriero, “cogiendo las armas por las correas que sirven para unir unas a otras las piezas del arnés”,⁷⁴¹ las arroja lejos de la pila. Es la *causa belli*, el gesto que desata la ira de don Quijote al sentirse ultrajado por el extraño que interrumpe el desarrollo de la ceremonia.

Pero el narrador ha utilizado una expresión (“trabando de las correas”) que vuelve a conectar la acción con el episodio del moro

*Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hacia Montserrat, y topó acaso con un moro, de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón. Comenzaron a andar juntos y a **trabar** plática, y de una en otra vinieron a tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen nuestra Señora. (Vida I, III).*

Ribadeneyra utiliza el verbo ‘trabar’ para expresar el comienzo de un diálogo sobre “*virginidad*” que desembocará en el acceso de cólera de Loyola y en la intención de acuchillar al moro, de forma que la trabazón de las correas del arriero actúa como genial metáfora de la trabazón de las palabras, de la disputa teológica que acabará en enfrentamiento. De hecho, las mismas correas, como elementos de unión de las distintas piezas del arnés, son igualmente simbólicas pues, como vimos en el capítulo segundo, toda la inconsistente armadura de don Quijote es un símbolo de la frágil espiritualidad de Loyola, de su rigidez mental.

Al trasfondo teológico coadyuva la pose de don Quijote alzando “los ojos al cielo” y pensando, al parecer, en Dulcinea

-Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho⁷⁴² se le ofrece: no me desfallezca en este primero **trance** vuestro **favor y amparo**.

⁷⁴¹ Quijote 1998: 30: 58.

⁷⁴² “La cual crecía cada día tanto más, cuanto él iba descubriendo más de lo mucho que en su **pecho** tenía encerrado” (Vida, A los hermanos)

Dejo el comentario de este fragmento en manos de Marco Corradini, uno de los críticos que más ha profundizado en la relación Loyola-Quijote, aunque tomando como fuente solo la Vida. Según él, la actitud de don Quijote alzando “los ojos al cielo” e invocando a Dulcinea debe entenderse, “a la luz de un enésimo topos del género, [como] la solicitud de protección que el caballero errante pide a su dama para que lo ayude en la empresa; pero por otra parte puede observarse cómo esta invocación constituye el equivalente profano del rezo realizado por Ignacio a la Virgen de Montserrat: Dulcinea de hecho, como sabemos, viene divinizada, como demuestra el acto de Don Quijote, que para dirigirse a ella alza los ojos al cielo”⁷⁴³.

Corradini, además de ‘divinizar’ a Dulcinea, conecta plenamente la vela de don Quijote con la de Loyola, de forma que, profundizando en la idea, la ironía latente en la oración explicativa “a lo que pareció” (“puesto el pensamiento –a lo que pareció- en su señora Dulcinea”), la duda planteada por el narrador, alude a la posibilidad de que exista otra destinataria distinta a Dulcinea, otra “señora mía”, concretamente la ‘señora de Montserrat’ ante quien, como trasunto de Loyola, se encuentra postrado.

Pero ¿qué dice don Quijote en la invocación?

Es una petición de socorro, de ayuda ante una circunstancia adversa que, muy teatralmente, a pesar de la angustia que le oprime, tiene tiempo para clasificar como “primera afrenta”, clarísimo referente al orden numérico dado por el mismo Loyola a la ya comentada tentación que, junto al episodio del moro, sigue siendo objeto central de la parodia

“<<¡Oh miserable! ¿puédesme tú prometer una hora de vida? >> Y así venció la tentación y quedó quieto. Y esta fue la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho.”

Tras imprecicar al enemigo (¡Oh...tú) con el mismo ímpetu que don Quijote y vencer la tentación, Loyola queda quieto, y el narrador concluye con una frase casi idéntica a la atribuida a don Quijote

RELATO	QUIJOTE
Y <u>esta</u> fue la <u>primera</u> tentación <u>que</u> le vino después de lo arriba dicho	Acorredme, señora mía, en <u>esta primera</u> <u>afrenta</u> <u>que</u> a este vuestro avasallado pecho se <u>le</u> ofrece

Pero, además, don Quijote define su acoso como “afrenta”, ¡el mismo vocablo utilizado por Ribadeneyra para referirse al agravio hecho a Loyola por el moro!

*Y no es maravilla que un hombre acostumbrado a las armas y a mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera es falsa, y como tal engaña a muchos, tuviese por **afrenta** suya y caso de menos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se **atreviere** a hablar en su presencia en deshonra de nuestra soberana Señora (Vida I, III).*

Loyola considera una *afrenta* que se hable ante él “en deshonra de nuestra soberana Señora”, don Quijote se siente afrentado ante el intrusismo de un arriero que rompe el recogimiento ante su invocada señora.

Queda, pues, muy clara la trabazón de los dos tiempos, de los dos momentos, el anterior a la vela de Loyola, el del moro, y el posterior, el de Manresa, ambos fundidos por Cervantes en el incidente del primer arriero.

⁷⁴³ Corradini 1996.

Al mismo tiempo, la invocación de don Quijote requiriendo el apoyo espiritual de Dulcinea, se basa, como casi todas sus actuaciones en estilo directo, en otra, de tinte y contexto semejantes, atribuida a Loyola en el Relato

perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: << **Socórreme, Señor**, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré >>. (R, 20-23).

Acosado por los escrúpulos que no cesan, Loyola solicita socorro dando gritos, o sea, de la misma forma que don Quijote comenzó su exhortación al arriero, “en voz alta” y solicitando socorro, el primero al Señor, el segundo, al parecer, a la ‘divina’ Dulcinea

RELATO	QUIJOTE
comenzó <u>a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo</u>	viéndole llegar, <u>en voz alta le dijo</u>
Socórreme, Señor , que no hallo ningún remedio	Acorredme, señora mía

La crítica cervantina encuentra esta intervención de don Quijote llena “de arcaísmos, evoca el léxico y los conceptos del amor caballeresco”⁷⁴⁴. Igual podría decirse del texto atribuido a Loyola, de su castellano enrevesado y, en muchas ocasiones, anacrónico, arcaico. En ese sentido, sobre todo cuando don Quijote en estos primeros capítulos habla en estilo directo, su personalísimo estilo y vocabulario resulta casi siempre una mezcla del singular lenguaje de Loyola y de la retórica, a lo caballeresco, de Ribadeneyra, cuya versión sobre esos mismos escrúpulos de Loyola en Manresa conviene recordar ahora

*Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fue comenzarle a acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados, de manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto; porque aunque era verdad que con toda diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarbase el gusano, y dudase: si confesé bien aquello; si declararé bien este; si dije, como se habían de decir, todas las circunstancias; si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda la verdad, o si por añadir lo que no hice mentí en la confesión. Con los estímulos destes **pensamientos** andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y viglias alivio, ni con las diciplinas y otras penitencias remedio. **Antes, derribado con el ímpetu de la tristeza, y desmayado y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo**, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra áncora ni otro refugio sino allegarse, como solía, a recibir el santísimo sacramento del altar. Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, **tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza, y poderosamente le arrebataban y desviaban de delante del***

⁷⁴⁴ Quijote 1998: 31: 58.

altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo a los dolorosos gemidos, **sołtaba** las riendas a las lágrimas copiosas que le venían. **Daba voces** a Dios y decía: - Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas -. **Y otras veces con el apóstol decía:** - Triste de mí y desventurado ¿quién me libraré deste cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo? - **Ofrecíasele** a él un remedio, y parecía que sería el **mejor** de todos para librarse destes escrúpulos. Este era que su confesor, a quien él tenía por padre y a quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase y en nombre de Jesu Cristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas, porque por haber salido dél este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor.

Habiendo, pues, pasado este trabajo tan cruel algunos días, fue tan grande y recia la tormenta que un día pasó con estos escrúpulos que, como perdido el gobernalle y destituido y **desamparado** de todo consuelo, se **arrojó delante** del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó a dar voces y a decir en grito: - **Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío; dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío.** En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni **reposito**. Estadme atento, Señor, y remediadme. **Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí.** Y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya a Vos. Sed Vos, Señor, el que me le déis para que me guíe, que aunque sea un perrillo el que me diéredes por **maestro** para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le aceto por mi preceptor y mi guía. (Vida I, VI).

La conclusión, entre tanta palabrería, es que Loyola, como se dice en el Relato, vivía atormentado por los escrúpulos y que, en una primera ocasión, pide ayuda al Señor (“Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas”) y, en una segunda, socorro, (“Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío”). El resto es, como siempre, humo y efectos especiales, palabras vacías puestas incluso en boca de Loyola (“¿quién me libraré deste cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo?”), una clara dramatización de lugares comunes de la literatura mística, pura invención de Ribadeneyra, que solo recoge, con un poco de fidelidad, la invocación divina para salvar la tentación y la petición de socorro, en definitiva los dos elementos presentes en los tres textos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
comenzó a dar <u>gritos</u> a Dios vocalmente, diciendo	- Daba voces a Dios y decía - decir en grito	viéndole llegar, en voz alta le dijo
Socórreme, Señor , que no hallo ningún remedio	Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío	Acorredme, señora mía

No olvidar que, durante la vela de armas en Montserrat, Loyola se encuentra todo el tiempo delante del altar de la virgen y que a ella, “nuestra Señora”, encomienda y dirige sus miradas (“*toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella*”) y peticiones de auxilio, aunque utilizando un arcaísmo (“acorredme”) de idéntico contenido.

En general, casi toda la palabrería pedante y literaria de don Quijote se inspira en distintos fragmentos de la Vida; mientras el Relato actúa como eje paralelo del

contenido del capítulo, la Vida sirve, casi siempre, como fuente de relleno burlesco. De ella toma Cervantes, además de todo tipo de vocablos, giros y expresiones, parte del lenguaje seudo literario utilizado por don Quijote al denominarse, por ejemplo, “vuestro avasallado pecho”, en clara referencia a la no menos pedante “*desconsolada y afligida alma*” o “*perdido el gobernalle y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento*”.

¿Quién podría pensar que estas frases aisladas pertenecen a una biografía religiosa? En la novela resaltan más porque Cervantes concentra en un solo párrafo algunos de los abundantes ripios distribuidos a lo largo de toda la Vida, que a fin de cuentas aparece prácticamente absorbida, casi en su totalidad, en los muchos capítulos aún por comentar.

Resulta, pues, patente que la mayoría de los vocablos arcaicos, o empleados con cursilería por don Quijote e incluso por el narrador (atrevimiento, gran trecho, avasallado pecho, desfallezca, trance, favor y amparo), están presentes en la Vida, y no de una forma paródica, sino tratando en vano de mostrar, gracias a ellos, refinamiento expresivo o sentimientos elevados.

El favor de Dulcinea, otra de las constantes generales del Quijote, también encuentra sus raíces tanto en las varias ocasiones en las que Loyola lo solicita de dios o de la virgen en el Relato, como en las formas divinizantes con que en muchísimas ocasiones aparece en la Vida, sirva de muestra un fragmento (con perdón varias veces repetido) donde concurren algunos de los vocablos pronunciados por don Quijote

*con aquel **favor** celestial que tuvo (de que arriba dijimos) y con los vivos deseos de agradar a Dios, que el mismo Señor le daba, se hallaba ya mucho más alentado y animado para resistir y batallar, poniéndose todo debajo del amparo y protección de la serenísima Reina de los Ángeles, virgen y madre de la puridad, hizo voto de castidad en este camino y ofreció a Cristo nuestro Señor y a su santísima Madre la limpieza de su cuerpo y ánima, con grande devoción y deseo fervoroso de alcanzarla, y alcanzola tan entera y cumplida, como queda escrito en el segundo capítulo. Tan poderosa es la mano de Dios para **socorrer** a los que con fervor de espíritu se le encomiendan (Vida I, III).*

Socorro, favor y amparo, las tres peticiones de don Quijote a Dulcinea, acumuladas y dichas, con no menos prosaísmo por Ribadeneyra, en un fragmento donde, de forma genérica, Loyola se consagra para siempre a la virgen con el voto de castidad.

También Ribadeneyra, en el capítulo de los escrúpulos, abundando en la alegoría del combate con el demonio, habla de “*peligroso trance*”⁷⁴⁵, razón por la que el narrador define como ‘trance’ (‘ocasión peligrosa’) el encuentro de don Quijote con el arriero

VIDA	QUIJOTE
<i>el remate desta dura pelea (que le había puesto en tan peligroso trance)</i>	no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo

En definitiva, en este mismo episodio del primer arriero, Cervantes recurre, por lo menos, a tres distintos fragmentos de las fuentes: el del moro, anterior a la vela, y los dos posteriores relacionados con las tentaciones y escrúpulos de Manresa.

Pero volvamos a la vela de armas, al momento en que, tras la imprecación de don Quijote, interviene de nuevo el narrador

⁷⁴⁵ “mas, al fin, el remate desta dura pelea (que le había puesto en tan peligroso **trance**) fue que, desvaneciéndose como humo las tinieblas que a cosas tan claras el demonio le ponía” (Vida I, VI).

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella **tan gran golpe** al arriero en la cabeza, que le **derribó en el suelo**, **tan maltrecho** que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de **maestro**⁷⁴⁶ que le curara.

Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo **reposo** que primero.

La primera afrenta se ha resuelto con facilidad. Extrañamente, don Quijote no encuentra ni oposición ni respuesta del arriero, de quien no se escucha ni siquiera un ¡ay! durante el resto de la ceremonia.

Precisamente, al informar sobre la caída del arriero, el narrador utiliza una expresión (“le **derribó en el suelo**”) que de nuevo conduce al texto núcleo de la Vida, concretamente a uno de los muchos fragmentos en los que Ribadeneyra, dando rienda suelta a su meliflua creatividad, también nos presenta a Loyola derribado por el suelo a causa de los escrúpulos

*andaba **tan afligido**, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigiliás alivio, ni con las diciplinas y otras penitencias remedio. Antes, **derribado** con el ímpetu de la tristeza, y **desmayado y caído** con la fuerza de **tan grave dolor**, se postraba **en el suelo**, como **sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra áncora ni otro refugio sino allegarse, como solía, a recibir el santísimo sacramento del altar.***

Aquí no hay golpe, ni lanzazo, ni dolor, ni grito y, sin embargo, hay un hombre derribado, desmayado, caído, sumido y ahogado por sus escrúpulos, algo tan intangible y etéreo como el fantasmagórico ‘arriero’ derribado por don Quijote.

Cervantes imita hasta las dos ocasiones en que aparece el apócope ‘tan’, asociado a términos indicativos de dolor, padecimiento

VIDA	QUIJOTE
<i>tan afligido[...]tan grave dolor</i>	tan gran golpe [...] tan maltrecho
<i>derribado [...]<u>en el suelo</u></i>	derribó en el suelo

El sentido paródico continúa, igualmente, en la siguiente frase (“no tuviera necesidad de **maestro** que le curara”), una enrevesada referencia a las manipulaciones hechas por Ribadeneyra en el fragmento sobre los escrúpulos que está sirviendo como trasfondo temático en la parodia de los arrieros. Volvamos, primero, al texto del Relato

Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesu Cristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor.

Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. A este tiempo estaba el dicho en una camarilla, que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en

⁷⁴⁶ “y duró la confesión tres días, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamaba fray Juan Chanones; el cual fue el primero a quien, como a padre y **maestro** espiritual” (Vida I, IV)

oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: << Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré >>. (R, 22-23).

Ignacio, con la esperanza de que desaparezcan los escrúpulos de su vida pasada, anhela que el confesor le prohíba volver a confesar faltas antiguas, nimiedades sin importancia pero que, su conciencia escrupulosa, no considera así, de ahí que viva atribulado, atormentado, hasta el punto de que un día, enfervorizado por la oración, se puso a dar voces a dios pidiendo socorro, rogando le muestre la forma de remediar esos escrúpulos, mostrando humilde disposición a hacer lo que se le pida, aunque sea lo más humillante, “ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio”. Es una solución extraña, casi un exabrupto, un hombre detrás de un perro aguardando encontrar en la andadura ‘una revelación’, la solución de sus problemas de conciencia.

Conozcamos ahora la versión de este mismo fragmento según la Vida

*Habiendo, pues, pasado este trabajo tan cruel algunos días, fue tan grande y recia la tormenta que un día pasó con estos escrúpulos que, como perdido el gobernalle y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó a dar voces y a decir en grito: - Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío; dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío. En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni **reposo**. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí. Y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya a Vos. Sed Vos, Señor, el que me le deis para que me guíe, que aunque sea un perrillo el que me diéredes por **maestro** para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le acepto por mi preceptor y mi guía (Vida I, VI).*

Además de la tópica introducción marinera, lo realmente sorprendente es cómo tergiversa las palabras de Loyola, cómo teniendo en sus manos un texto entre comillas atribuido al fundador, modifica, sin ningún respeto, su extensión y contenido.

Lo primero que hace, tras mostrar a Loyola fantasiosamente perdido, destituido, desamparado, arrojado y encendido, es modificar el tratamiento en la relación, el cercano ‘tú’ por el distante ‘vos’, tal vez porque considera irrespetuoso, poco edificante, tanta confianza con el “divino acatamiento”. Pero lo peor es la cantidad de retórica religiosa, de forraje celestial que introduce en el resto de la intervención para modificar el extraño y crudo contenido del original. Porque lo que le disgusta es la rudeza del ejemplo, la perturbadora idea del fundador a cuatro patas siguiendo los pasos de un perro, y la modifica, la ablanda, presentando al perrillo como metáfora de un “maestro” puesto por dios para que le guíe y allane el camino.

Cervantes aprecia la manipulación y concluye el episodio de este primer arriero parodiando el final del capítulo manipulado por Ribadeneyra

VIDA	QUIJOTE
<i>aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro para que pacifique mi desconsolada y afligida alma</i>	tan maltrecho que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara.

Loyola, golpeado, espera la presencia de un maestro “para que” le ayude, el arriero, también golpeado, no necesitaría maestro si recibiera otro golpe semejante, una burlesca conclusión con la que Cervantes se mofa de las dramatizaciones de la Vida.

Vencido el arriero, don Quijote “tornó a pasearse con el mismo **reposo** que primero”, o sea, vencida esta primera tentación, don Quijote haya el “reposo” que, según Ribadeneyra, busca Loyola mientras lucha con los escrúpulos (“*ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni **reposo***”).

Otro referente indiscutible que actúa doblemente. Por un lado como señal del fragmento parodiado y, al mismo tiempo, como alusión a la paz con que prosigue la vela de don Quijote ante la ausencia de alteraciones externas. Por otro, en relación con el lenguaje profundo, como indicador de las alteraciones espirituales producidas por los escrúpulos a Loyola.

En conjunto, el núcleo paródico resulta, pues, la “**primera** tentación” de Loyola, el pensamiento recio, la presencia del “enemigo” que le acosa en los muchos momentos de vela y meditación vividos en Manresa, situación que Cervantes traduce como el chocante antojo de un primer arriero, “**primera** afrenta”, que trastorna el momento de concentración espiritual de la vela de don Quijote.

El cuadro esquemático de referentes de esta primera afrenta muestra claramente el exhaustivo paralelismo entre la novela y las fuentes

RELATO	VIDA	QUIJOTE
¡ <u>Oh miserable!</u> ¿puedesme tú prometer una hora de vida?		¡ Oh tú , quienquiera que seas, <u>atrevido</u> caballero
Y <u>esta</u> fue la primera <u>tentación</u> que le vino después de lo arriba dicho		Acorredme, señora mía, en <u>esta primera afrenta</u> que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece
	<i>aquel favor celestial [...] debajo del amparo y protección de la serenísima Reina de los Ángeles</i>	no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo
	<i>el remate desta dura pelea (que le había puesto en tan peligroso trance)</i>	no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo
comenzó a dar <u>gritos</u> a Dios vocalmente, diciendo	<i>-Daba voces a Dios y decía - decir en grito</i>	viéndole llegar, en <u>voz alta</u> le dijo
Socórreme, Señor , que no hallo ningún remedio	<i>Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío</i>	Acorredme, señora mía
	<i>tan afligido[...]tan grave dolor</i>	tan gran golpe [...] tan maltrecho
	<i>Derribado [...]en el suelo</i>	derribó en el suelo
	<i>aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro para que pacifique mi desconsolada y afligida alma</i>	tan maltrecho que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara
no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos[...] Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque	<i>ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo [...]aunque sea un perrillo el que me</i>	tan maltrecho que, si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara.

sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.	<i>diéredes por maestro para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le aceto por mi preceptor y mi guía</i>	Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasarse con el mismo reposo que primero
--	--	--

SEGUNDO ARRIERO

Una vez derrotado el primer arriero, don Quijote se sosiega y, tras recoger las armas y volver a colocarlas sobre la pila, continúa la vela

Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado -porque aún estaba aturdido el arriero-, llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos, hizo más de **tres** la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por **cuatro**.

El narrador plantea una situación casi idéntica a la anterior. Un segundo y trasnochado arriero, al que pasa inadvertido, a pesar de la mucha claridad de la noche, el cuerpo de su compañero, incurre en la misma extravagancia, en el mismo excéntrico antojo que el primero. Cervantes insiste en un procedimiento que pone de manifiesto sus intenciones oblicuas, la didáctica del método.

Si tras la afrenta del primer arriero se oculta una sutil alegoría alusiva a las primeras tentaciones de Loyola en Manresa, este segundo muestra similares propósitos, la diferencia esencial se encuentra en la extraña e hiperbólica conclusión del narrador sobre la pelea, en los más de tres pedazos, es decir, cuatro, en que abrió la cabeza del arriero con la lanza.

Lo realmente desconcertante no es la imagen, casi de cómic, que deja la cabeza, cual sandía, abierta en cuatro. Pero ¿qué cuatro? se pregunta asombrado y confuso don Clemencín: “Don Quijote le abrió al arriero la cabeza *por cuatro*, y no se dice qué *cuatro*; debió ser *partes*”.

El puntilloso y curioso erudito vuelve a intuir un extraño. Sospecha que se le escapa algo, quizás por eso, en vez de acusar a Cervantes de equivocarse, ahora prefiere resolver su duda con un parche lógico, convencional: “debió ser *partes*”.

Pero la función del absurdo gramatical vuelve a ser, de nuevo, sugerir la conexión con el lenguaje profundo, la búsqueda de una razón donde quepa dicha sinrazón: otro fragmento del Relato relacionado con los grandes problemas espirituales a los que se enfrentó el inexperto aspirante a la santidad durante la estancia en Manresa

En este tiempo le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole; y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, o por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente el juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba desta manera; antes si dudase en esto, pensaría ofender a su divina majestad: y algo desto se puede ver por los cinco puntos siguientes.

Primero. Tenía mucha devoción a la santísima Trinidad, y así hacía cada día oración a las **tres** personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un **pensamiento**, que ¿cómo hacía **cuatro** oraciones a la Trinidad? Mas este pensamiento, le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia (R, 27-28).

Retirado en la cueva de Manresa, Loyola recibe enseñanzas de “Dios”, “grandes iluminaciones divinas [...] dones santísimos de oración infundidos en su alma”, y él

mismo explica esa alta y espiritual docencia con cinco ejemplos, “cinco puntos”, de los cuales el primero es el extraño conflicto numérico que le crea su “muchacha devoción a la santísima Trinidad”, porque hace oración, individualizada, a cada una de las tres personas, pero también al conjunto, de forma que, aunque la esencia del misterio es el tres, él termina rezando cuatro oraciones. Pedazo de problema que “le daba poco o ningún trabajo, como cosa de poca importancia”, pero ahí quedó.

Ribadeneyra, tan propenso a la amplificación y a la prodigalidad informativa, omite, curiosamente, el problemilla numérico, aunque se explaya en la pedagogía, y en el resto

Desde el principio trataba Dios a nuestro Ignacio (según él solía decir) a la manera que suele un discreto y buen maestro, que tiene entre sus manos un niño tierno para le enseñar, que va poco a poco y no le carga de cosas ni le da nueva lección hasta que sepa y repita bien la pasada; pero, después que con las tentaciones pasó adelante y subió ya a la escuela de mayores, comencóle Dios a enseñar doctrina más alta y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde, como él fuese devotísimo de la santísima Trinidad y a cada una de las personas divinas tuviese devoción de rezar cada día su cierta y particular oración, un día estando en las gradas de la Iglesia de Santo Domingo rezando con mucha devoción las lloras de nuestra Señora, se comenzó a levantar en espíritu su entendimiento, y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la santísima Trinidad, que exteriormente le significaba lo que él interiormente sentía. Fue esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo, que ni entonces ni después, andando en una procesión que se hacía, era en su mano reprimir los sollozos y lágrimas que su corazón y ojos despedían, las cuales duraron hasta la hora del comer. Y aun después de comer no podía pensar ni hablar de otra cosa, sino del misterio de la santísima Trinidad. El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos.

Y desde allí le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma e impreso, que en el mismo tiempo comenzó a hacer un libro desta profunda materia que tenía ochenta hojas, siendo hombre que no sabía más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo; porque siempre que hacía oración a la santísima Trinidad (la cual solía hacer a menudo y gran rato cada vez), sentía en su alma grandísima suavidad del divino consuelo. Y algunas veces era más señalada y particular la devoción que tenía con el Padre Eterno, como con principio y fuente de toda la divinidad y origen de las otras personas divinas. Después otras con el Hijo y, finalmente, con el Espíritu Santo, encomendándose y ofreciéndose a cada una de por sí y sacando juntamente de todas, como de una primera causa, y bebiendo, como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias, en abundancia el sagrado licor de las perfectas virtudes (Vida I, VII).

Aunque el extenso fragmento será, en su momento, objeto de un análisis detallado (por ser fundamental en la elaboración del bálsamo de Fierabrás), repararemos solamente en cómo Ribadeneyra elude el problema aritmético.

Ante todo llama la atención el ambiguo paréntesis explicativo “(según él solía decir)” con el que, una vez más, se atribuye como propia, de primera mano, de oídas, una información obtenida del Relato y que él, dado el profundo tema teológico que plantea sobre la trinidad, aborda con muchísima cautela. De ahí el sin fin de aditamentos dogmáticos que añade con el propósito de evitar el problema, de resolver, de forma ortodoxamente correcta, la conflictiva relación, a ojos de buen inquisidor, de Loyola con el intrincado misterio. Los subrayados señalan cómo transforma el anecdótico y casi

pueril detalle del Relato en lo que él considera una respuesta teológica propia de “*escuela de mayores*”.

Pero dejemos todo eso para el comentario del capítulo 17 de 1605 y volvamos a la explicación del narrador (“sin hacerla pedazos, hizo más de **tres** la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por **cuatro**”), solo comprensible al entrar en relación con los números tres y cuatro que aparecen en el curioso fragmento del Relato

hacía cada día oración a las **tres** personas distintamente. Y haciendo también a la santísima Trinidad, le venía un pensamiento, que ¿cómo hacía **cuatro** oraciones a la Trinidad

No es una casualidad, no se trata de encontrar en el Relato una coincidencia numérica, sino de poner en relación los escrúpulos y problemas espirituales de Loyola en Manresa, con los elementos turbadores del espíritu de don Quijote durante la vela de armas. Como referentes claros están los mismos números, tres y cuatro, en los dos textos, más el agobiante y molesto acoso de las tentaciones anteriores, ahora fácilmente resuelto por Loyola con “poco o ningún trabajo”, con la misma facilidad con que don Quijote solventa el encuentro con el segundo arriero, “sin pedir favor a nadie”

RELATO	QUIJOTE
tres personas [...] cuatro oraciones	más de tres [...] abrió por cuatro
este pensamiento, le daba <u>poco o ningún trabajo</u>	sin hablar don Quijote palabra y <u>sin pedir favor</u> a nadie

La prueba del carácter simbólico de los dos arrieros es que siendo el narrador, a lo largo de toda la novela, tan puntual y minucioso en cualquier tipo de detalles relacionados con las personas, tanto en este caso, como en otros igualmente simbólicos, no se vuelve a mencionar la situación de los descalabrados arrieros, solo sabremos que don Quijote permite, más adelante, que se retiren del patio.

Lo incuestionable es la burla con la que Cervantes afronta los problemas numéricos de Loyola con la trinidad, la guasa rabelesiana con la que se trata el ingenuo trasfondo teológico con el que Loyola se enfrenta a los 31 años. ¡Cuántísimo jugo le sacarían a eso los letraheridos cervantistas desinhibidos!

CONCLUSIÓN ARRIEROS

En definitiva, el desacostumbrado y enigmático desfile de los arrieros a altas horas de la noche es una representación simbólica de los acosos y tribulaciones de influencia demoníaca vividos por Loyola desde el momento del encontronazo con el moro hasta el final de la estancia en Manresa. Un período que dura, aproximadamente, un año y que Larrañaga denomina, con palabras de Juan de la Cruz, como de “purificaciones pasivas”⁷⁴⁷, es decir, “de grandes tentaciones y angustia y aflicción espirituales, siendo especialmente atormentado de diversos escrúpulos”⁷⁴⁸.

No obstante, el comportamiento, en general de don Quijote y el ventero en torno a la ceremonia de la vela resulta tan poco ortodoxo en materia caballeresca que muchos cervantistas han resaltado sus irregularidades, especialmente en el episodio de los arrieros. Según Abad Merino, “Todo lector aficionado a las aventuras de Amadís o Palmerín sabía perfectamente que los caballeros andantes utilizaban las armas para acometerse <<al más correr de sus caballos>>, y nunca, desde luego, a pie firme. Alzarla a dos manos y descargar con ella un golpe sobre la cabeza del adversario

⁷⁴⁷ Loyola 1947: 17: 172.

⁷⁴⁸ Loyola 1947: 17: 172.

constituye un verdadero despropósito con relación a las normas que rigen los combates entre caballeros. En estos combates, además, era frecuente que el narrador utilizase, para referirse a la muerte del vencido y ponderar la fortaleza del vencedor, la misma fórmula con que Cervantes cierra este primer altercado. Amadís, por ejemplo, ataca en defensa del rey Perión a un caballero al que <<[...] metióle la lanza por los costados, que no hubo menester maestro [...]>>. Esta expresión, y el encomendarse a la dama antes de entrar en acción, subrayan la relación que se establece entre este episodio y las justas caballerescas de los libros, con lo que se pone de relieve el carácter ridículo de la actuación de don Quijote”⁷⁴⁹.

Igual ocurre, continúa Abad Merino, en el caso del segundo arriero. “El inciso <<sin hacerla pedazos>> remite, por contraste, a las innumerables ocasiones en que los contendientes, durante el transcurso de cualquiera de los incontables combates que pueblan las novelas caballerescas, quiebran sus lanzas y las convierten en astillas. Es ésta una referencia que ninguno de los lectores contemporáneos de Cervantes, familiarizados con las hazañas de los caballeros andantes, dejaría de captar [...] Quebrar las lanzas y echar mano a la espada son fórmulas perfectamente identificables de las que se servían los autores de los libros de caballerías para referirse a las etapas esenciales del combate [...] En conclusión, parece evidente que Cervantes, al enfrentar a don Quijote con los arrieros, se atiene, para parodiarlas, a las normas que rigen el combate entre caballeros. La ínfima calidad social de los enemigos, la extraña condición del todavía no ordenado caballero, el insólito manejo de las armas y el poco heroico combate a pedradas contrastan vivamente con aquellas justas caballerescas a las que remiten los incisos <<sin hacerla pedazos>> y <<puesta mano a la espada>>”⁷⁵⁰.

Concluye Abad Merino señalando que la comicidad del episodio de los arrieros se centra “en el contraste paródico de la ficción caballeresca con una realidad que intencionadamente, de manera deliberada, muestra su faceta más abyecta y plebeya”, fundamentalmente porque, como hemos visto, el objetivo de Cervantes no es la parodia caballeresca utilizada como pantalla, sino la recreación burlesca de la situación espiritual de un Ignacio de Loyola debatiéndose en el conflictivo y ‘sucio’ mundo de los escrúpulos, es ahí, en esas percepciones de infamia y abyección que los religiosos suelen apreciar en los problemas de conciencia, donde Cervantes se recrea.

Ambos arrieros actúan como autómatas, sin intencionalidad, son imágenes fantasmales, tan volanderas y antojadizas como una tentación, espectros turbadores de la paz interior del caballero.

Por eso el episodio trenza el problema de los escrúpulos de Manresa con la mala conciencia por la actitud contra el moro, asunto latente en la ceremonia de la vela como un ronroneo incesante que se suma a la angustia escrupulosa del aspirante a santo.

Estas formas simbólicas utilizadas por Cervantes no son tan originales como aparentan, él bebe del caudal inagotable que, en estos aspectos, ofrece la literatura religiosa. Veamos un ejemplo de los Ejercicios espirituales que, probablemente, Cervantes escuchó en más de una ocasión en las aulas de los jesuitas.

Partimos de la idea de que los católicos, al menos hasta hace poco, plantean la vida como un continuo combate contra el demonio, como una resistencia al sin fin de tentaciones que nos amenazan a cada instante, pues la simple complacencia en determinados pensamientos supone en sí una derrota, un pecado.

Para ayudarnos en estos trances, Loyola, al inicio de los *Ejercicios espirituales* y dentro del apartado dedicado al “Examen general de conciencia para limpiarse y para mejor se

⁷⁴⁹ Abad 1991: 452.

⁷⁵⁰ Abad 1991: 453-455

confesar”⁷⁵¹, distingue dos maneras, de merecer o pecar, frente a un mal pensamiento que viene de fuera

1ª.- viene un pensamiento de cometer un pecado mortal, al cual pensamiento resisto impromptu y queda vencido.

2ª.- viene aquel mismo mal pensamiento y yo le resisto, y tórname a venir otra y otra vez, y yo siempre resisto, hasta que el pensamiento va vencido; y esta segunda manera es de más merecer que la primera.

Este ejercicio de lucha, de resistencia y vencimiento propuesto por Ignacio para el momento del examen general de conciencia se corresponde, precisamente, con el trasfondo general de la parodia, con el momento en que Ignacio, tras confesarse y velar, vive la angustia de unos recuerdos del pasado que vuelven una y otra vez a quebrantar la deseada paz espiritual. Cervantes solo ha revestido la idea bélica sugerida por Loyola con elementos arrierescos y venteriles.

Todo, por supuesto, envuelto en un humor, en una carcajada intelectual que todavía resuena, que todavía molesta a quienes dispusieron, con galimatías y enredos mentales especulativos, del tiempo y de las vidas de tantos millones de personas, incluidos ellos mismos, que depositaron su confianza en tan quiméricas soflamas, enredos y preceptores.

TODA LA GENTE

Al ruido acudió **toda la gente** de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo

El escenario de la vela se puebla de pronto con “toda la gente” que acude al ruido formado por la agresión de don Quijote, otra ingeniosa metáfora sobre la concurrencia del monasterio y el interés que, a gente de toda la cristiandad, debía despertar la vela de armas de Loyola

*Es Montserrat un monasterio de los religiosos de san Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado a la Madre de Dios y celebrado en **toda la** cristiandad por los continuos milagros y por el **gran** concurso de **gentes** que de todas partes vienen a él a pedir favores (Vida I, IV).*

El público, el ruido, sirve de retorno para devolver el centro de la parodia a los sucesos de Montserrat, repleto de gente curiosa e interesada en todo lo religioso, un mundillo donde la presencia del caballero velando armas, y ya vestido de la más humilde ropa de peregrino, debió ser la comidilla del momento. Se sabía quién era y, probablemente, parte de su historia militar, sus hechos gloriosos, los amores por una princesa, la herida en la pierna, la conversión y las nuevas aspiraciones espirituales. También debió murmurarse sobre la larga confesión y la escasa alimentación de aquellos días. Lógicamente no pasó desapercibido, y la gente, al ruido, sintió curiosidad y se asomó a contemplar la insólita vela

VIDA	QUIJOTE
<i>celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen</i>	<u>Al ruido</u> acudió toda la gente de la venta

La expectación de la ceremonia de don Quijote corre, pues, paralela a la de Loyola, ambos son ahora incordiados, no por los escrúpulos, o arrieros, sino por la afluencia

⁷⁵¹ Loyola 1991: 232.

masiva de gente interesada en ver el desarrollo de las respectivas funciones, algo que vuelve a romper la calma de los caballeros y pone a don Quijote en guardia

Viendo esto don Quijote, abrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

-¡Oh **señora** de la hermosura, **esfuerzo y vigor** del **debilitado corazón** mío! Ahora es tiempo que vuelvas **los ojos** de tu **grandeza** a este tu **cautivo** caballero, que tamaña aventura está atendiendo.

Incordiado por el ruido que rompe el solemne recogimiento, don Quijote echa mano a la espada, depositada sobre la pila, en correspondencia con la espada que Loyola colgó, como exvoto, “en el altar de nuestra Señora”, y en actitud beligerante invoca, al parecer, a Dulcinea, pues de nuevo el nombre de la dama aparece elíptico, coincidiendo, en lo esencial, con la invocación que pudo hacer Loyola ante la virgen. Leturia, evocando estos momentos de la vela, lo imagina, ya “en su hábito de penitente y de santo”, recordando unas famosas palabras del Cartujano a la virgen

Tú, Señora, que eres soberano solaz mío, endereces toda mi vida, e me alcances de tu Fijo gracia para seguir todas tus virtudes e ejemplos con toda posibilidad, e otórgame que la gracia tuya, Señora, siempre me sea presente, amén⁷⁵².

Aunque Cervantes no pensara, concretamente, en esta evocación, sí debió basarse en otras parecidas pues, al margen de los elementos caballerescos introducidos, hay en ambas plegarias un mismo tono de veneración, entrega y, sobre todo, mucha retórica cartón-piedra.

Don Quijote también se encuentra delante de la pila-altar, dirigiéndose a su “señora” de forma muy religiosa, llamándola “**esfuerzo y vigor** del **debilitado corazón** mío”, frase con evidentes resonancias a la Vida, en cuyo segundo capítulo Ribadeneyra habla de la “**fuertza y vigor** sobrenatural”⁷⁵³ infundido por “*nuestro Señor*” en el entendimiento de Loyola. Es decir, mientras él recibe fuerzas sobrenaturales de “*nuestro Señor*” para abrirse paso en el nuevo camino, don Quijote las recibe de su “señora”, invocada como un espíritu, también sobrenatural, y capaz de infundirle el vigor necesario para afrontar los problemas planteados por la nueva vida de caballero andante.

No resulta extraño que la crítica haya encontrado en estas palabras un calco de la “forma religiosa de la invocación” de la Salve, una “de las oraciones con que se saluda y ruega a la Virgen Santa María”⁷⁵⁴: <<Eia ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte>>⁷⁵⁵.

En realidad, la retórica y caballeresca invocación de don Quijote es un refrito obtenido a base de sumar distintas percepciones de los primeros capítulos de la Vida, especialmente un breve fragmento donde se menciona la pérdida de fuerza y vigor del antiguo militar a causa de las nuevas penitencias

Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, a pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia. Vino con esto a traer a sí los ojos de las gentes, y tras ellos los corazones (Vida I, V).

Con un simple cambio de estilo, Cervantes transforma ese pastiche narrativo en una caballeresca alocución en la que don Quijote se atribuye las mismas cualidades

⁷⁵² Leturia 1941: 253.

⁷⁵³ “y de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana que nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia destos espíritus, y una **fuertza y vigor** sobrenatural en su voluntad para aborrecer todo lo que el mundo le representaba, y para apetecer y desear y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecía y proponía” (Vida I, II)

⁷⁵⁴ R.A.E.

⁷⁵⁵ Quijote 1998: 34: 59.

aplicadas a Loyola por Ribadeneyra. El cuadro de referentes nos muestra unas coincidencias que difícilmente pueden ser fruto de la casualidad

VIDA	QUIJOTE
<i>fuercas</i>	esfuerzo
<i>vigor y valentía</i>	esfuerzo y vigor
<i>muy debilitado</i>	debilitado corazón mío
<i>traer a sí <u>los ojos de las gentes</u></i>	vuelvas los ojos de tu grandeza a este
<i>corazones</i>	corazón

Otras palabras, como grandeza⁷⁵⁶ o cautivo⁷⁵⁷, proceden, igualmente, del curioso y constante trabajo de acarreo realizado permanentemente por Cervantes, siempre pendiente de atribuirle a don Quijote aquellas expresiones o vocablos más impropios y ridículos, o más caballerescos, mencionados en el contexto religioso de la Vida.

Pero sigamos con la descripción de la vela pues, según el narrador, tras la divina invocación, don Quijote se envalentona.

INVULNERABLES CABALLEROS

Con esto cobró, a su parecer, **tanto ánimo**, que si **le acometieran todos los arrieros del mundo**, **no volviera el pie atrás**. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, **comenzaron** desde lejos **a llover** piedras sobre don Quijote, el cual lo **mejor** que podía se reparaba con su adarga y **no se osaba apartar** de la pila por no desamparar las armas. El ventero **daba voces** que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se **libraría**, aunque los matase a **todos**. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal **manera** consentía **que se tratasen** los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a **entender** su alevosía.

-Pero de vosotros, **soez y baja canalla**, no hago caso alguno: tirad, **llegad**, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, **que infundió un terrible temor en los que le acometían**; y así por **esto** como por las **persuaciones** del ventero, **le dejaron de tirar**, y él dejó retirar a los heridos y **tornó** a la vela de sus armas con la misma quietud y **sosiego** que primero.

La información del narrador sobre el ánimo belicoso cobrado por don Quijote tras la invocación a su señora se presenta doblemente irónica. Por un lado, la oración explicativa (“a su parecer”) impregna todo el discurso de cierta desconfianza en la autenticidad de un “ánimo” en el que, tal vez, solo crea don Quijote; por otro, la actitud bravucona y arrogante que no le impediría enfrentarse “a todos los arrieros del mundo” nos alerta sobre la personalidad de alguien con sentimientos de omnipotencia e invulnerabilidad que le permiten “correr riesgos continuamente, creyendo que algún destino milagroso o la buena suerte vendrán en su ayuda”⁷⁵⁸.

⁷⁵⁶ “Concedía el moro que esta bienaventurada Señora había sido virgen antes del parto y en el parto, porque así convenía a la **grandeza** y majestad de su Hijo” (Vida I, III)

⁷⁵⁷ “herido de la mano de Dios, volvió atrás, confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba **cautivo**” (Vida V, II)

⁷⁵⁸ Meissner 1995: 62.

Tal es el diagnóstico, ya comentado, de Meissner sobre el comportamiento y determinadas actitudes del joven Iñigo antes de convertirse en Ignacio, de forma que, según los jesuitas, su heroísmo suicida en la defensa del castillo de Pamplona demuestra que actuó movido por un ánimo de invulnerabilidad semejante al mostrado ahora por don Quijote ante los arrieros.

Pero conocemos un episodio del Relato, posterior a la ‘conversión’ y a la vela de armas en Montserrat, donde aparecen datos que demuestran que esos rasgos de invulnerabilidad del joven Iñigo todavía persisten en el maduro Ignacio camino de Jerusalén

Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto **temor** de **todos** por la mucha tempestad. Y por toda aquella tierra se **temían** de pestilencia; mas él, como desembarcó, **comenzó a** caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, **porque** también mendicaban. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, **de manera que parecía** que tuviesen intento de escallentalles. Después los **apartaron**; poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el pelegrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y, levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar. **A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que** empezó a gritar, diciendo: «¿**esto** se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales **decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de** la casa, **sin que ninguno le hiciese mal ninguno**. El mozo había ya huido, y todos tres empezaron a caminar así de noche. (R, 38).

Se trata de una interesante anécdota, de gran repercusión en la novela, en la que vemos a Loyola defendiendo, colérico, a las dos mujeres frente a la fuerza descomunal y abstracta de los soldados que las “querían forzar”.

Hay un claro paralelismo entre el ánimo y la respuesta de Loyola a los soldados y la de don Quijote a los arrieros y demás gente de la venta, sobre todo teniendo en cuenta que la “casería” donde se desarrolla el episodio original es un espacio rústico, un humilde pago en pleno campo, con distintas dependencias (“cámara”) y establo, y donde se come, bebe y duerme, es decir, un lugar similar a la venta manchega donde transcurre la noche de don Quijote.

A Loyola, ante el angustioso trance de las dos mujeres acosadas, “le vino **con esto** un ímpetu tan grande, que [...] quedaron espantados **todos los de** la casa”. Es la situación de injusticia, resumida en la expresión (“**con esto**”), la que provoca la reacción contra una fuerza infinitamente mayor que la suya y a la que, gracias a tal ímpetu, logra atemorizar.

También don Quijote se infunde ánimo con sus propias palabras, resumidas, igualmente, en la expresión “**Con esto**” y pronunciadas como reacción a la supuesta injusticia de quienes intentan acosarle durante la vela, concretamente un grupo personalizado, primero, en dos arrieros y, después, “por toda la gente de la venta”, conjunto impreciso que el narrador amplifica extraordinariamente al atribuirle a don Quijote ánimo suficiente para enfrentarse a “**todos los arrieros del mundo**”, expresión con la que simbólicamente se sugiere la idea del ejército a la que se enfrentó Loyola.

La situación elíptica aparece aludida, en ambos casos, con la forma ‘con esto’, asociada a una idea de fuerza (ímpetu/ánimo) mucho mayor de la que le corresponde y, en

consecuencia, a un ánimo lo suficientemente valeroso como para enfrentarse a un gran colectivo, referido, en ambos casos, con la expresión ‘todos los de’

RELATO	QUIJOTE
A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿ esto se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno	Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás

Además de los referentes formales, aparentemente nimios pero muy significativos, queda patente la existencia, en ambos textos, de dos fuerzas desiguales, desproporcionadas y compuestas por un indeterminado número de personas enfrentándose a un solo hombre impetuoso y con sentimientos de indestructibilidad.

Son, igualmente, análogos los gritos dados por Loyola y las voces que, como en seguida veremos, daba don Quijote pues, en ambos casos, el alboroto y la queja forman parte de la defensa trazada por la parte más débil en el desigual enfrentamiento.

Pero curiosamente, el ánimo del que nos habla el narrador de la novela parece inspirado, según Clemencín, no en el Relato, que él no llegó a conocer, sino en un pasaje de Amadís, cuando “al ir a combatir se con el gigante Famengomadán, dirigió la vista hacia donde caía Miraflores, e dijo: *¡Oh, mi señora Oriana!, nunca comencé yo gran hecho en mi esfuerzo donde quiero que hallase, sino en el vuestro: y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester. Con esto le pareció que le vino tan gran esfuerzo, que perder le hizo todo pavor*” (cap. LV).

El socorro solicitado por Amadís, “en el tiempo que se llamaba Beltenebros”, y la conclusión final sobre el ánimo adquirido tras la invocación a Oriana, coinciden, en lo esencial, con el planteamiento cervantino. Especialmente la última frase, donde se repite la expresión inicial “Con esto”, más el equívoco planteado por el verbo ‘parecer’, más el ánimo o esfuerzo que elimina el temor. El cuadro comparativo muestra las coincidencias

AMADÍS	QUIJOTE
<u>Con esto..le vino</u>	<u>Con esto</u> cobró
<u>le pareció</u>	<u>a su parecer</u>
<u>tan gran esfuerzo</u>	<u>tanto ánimo</u>
<u>que perder le hizo todo pavor</u>	<u>que</u> si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás

Cervantes se inspiró, probablemente, en este fragmento para tinter su prosa, una vez más, de tonos caballerescos. Lo realmente fascinante es que si comparamos el mismo fragmento del Amadís con el Relato y la novela, la conexión entre los tres resulta incuestionable

AMADÍS	RELATO	QUIJOTE
<u>Con esto</u> le pareció que le <u>vino tan gran esfuerzo, que</u>	<u>le vino con esto</u> un ímpetu <u>tan grande, que</u>	<u>Con esto</u> cobró, a su <u>parecer, tanto ánimo, que</u>

Tanto en el Amadís como en el Relato se repiten las formas ‘con esto’ + ‘le vino’ + ‘tan gran o grande’, asociadas al vocablo ‘esfuerzo’ o su sinónimo ‘ímpetu’.

Además de los referentes concretos, la relación entre el fragmento del Relato y el Amadís va más allá de lo meramente anecdótico: “Los gritos de una mujer escuchados por el caballero, tópico en los libros de caballerías [Los ejemplos son numerosísimos, especialmente en el libro I del Amadís: <<anduvo hasta la media noche; entonces oyó unas bozes ante sí en una ribera, y fue para allá, y falló cinco ladrones que tenían una doncella que la querían forçar>> (XXVII)], propician el comienzo de múltiples aventuras en las que el héroe asume la defensa de los <<cuitados>>, concretada generalmente en huérfanos, doncellas y viudas, como insisten los tratados teóricos y las ficciones narrativas. Tampoco para esta nueva situación sería difícil encontrar antecedentes en el *Antiguo* y el *Nuevo Testamento*, que incita a todos los creyentes a abstenerse de oprimir al pobre, al extranjero, la viuda y el huérfano. Históricamente, la Iglesia se atribuyó el papel de protectora de los débiles, tarea asumida por la realeza y posteriormente por la caballería. A la vez que asistimos a este movimiento ascendente, surge otro de naturaleza contraria y de carácter ideológico que hace descender de los reyes hasta los caballeros la ética de la protección de los débiles. <<El Iñigo convertido en ‘peregrino’, que se pone camino de Jerusalén para ‘ayudar a las ánimas’, tiene rasgos comunes con el caballero andante Amadís, cuyas acciones no buscan solamente la honra y la fama, sino también la ayuda de los menesterosos, de los pobres y desvalidos>>”⁷⁵⁹. La aventura de Loyola defendiendo a las doncellas, con reminiscencias de caballero andante y animoso peregrino, demuestra que su espíritu caballeresco no desapareció de pronto pues, más de un año después de la conversión, ya camino de Jerusalén, todavía aflora, en el nuevo soldado de Cristo, el viejo soldado del emperador, el entusiasta lector de libros de caballerías dispuesto a defender una fortaleza, o unas doncellas, con la vida.

Larrañaga, abundando en esa línea literaria y henchido de beatífico ardor, funde al caballero con el santo y, refiriéndose al mismo episodio del Relato, comenta: “Reaparece el caballero español de los días de Pamplona, sublimado con el celo y la indignación del Santo: su voz y su mirada debieron de participar algo de aquella grandeza y majestad de Cristo cuando arrojó, látigo en mano, a los profanadores del Templo: <<Era menester que sus ojos arrojasen llamas –dirá San Jerónimo- y que su semblante irradiase toda la augusta Majestad Divina>>”⁷⁶⁰.

Nos encontramos, pues, ante la extraordinaria circunstancia de un episodio del Amadís que influye, primero, en el comportamiento y posterior narración del episodio hecho por Loyola y, después, en la parodia de la novela realizada por Cervantes. De forma que puede decirse que por las venas del Relato corre la sangre del Amadís, y por las del Quijote, la de ambos.

No obstante estamos hablando de fuentes circunstanciales, anecdóticas. Tanto el episodio del Amadís como el del Relato, han sido utilizados por el narrador de la novela para añadir, puntualmente, un dato concreto, un rasgo sobre la personalidad caballerisca de don Quijote, sobre el valor, la temeridad y altruismo del nuevo caballero.

Porque el verdadero trasfondo del episodio, el núcleo argumental de la parodia de los arrieros, sigue siendo la evolución espiritual de Loyola, el importante cambio ocurrido en Manresa como resultado, según el capítulo sexto de la Vida, de la lucha mantenida consigo mismo y contra el demonio: “*luchando consigo mismo y combatiendo valerosamente contra el demonio*”.

⁷⁵⁹ Cacho Blecua: 1992: 154-155.

⁷⁶⁰ Larrañaga 1947: 3: 204-205.

A ese valor, a tal ánimo se refiere el narrador de la novela cuando nos presenta a don Quijote tan seguro de sí mismo, tan animoso “que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás”, una idea asociada, como hemos visto, al ánimo y al valor mostrado por Loyola ante los soldados, aunque también relacionada con la entereza frente al demonio atribuida por Ribadeneyra a Loyola en la época de Manresa. Volvamos a recordar el texto, la teatralidad con que se presenta, teniendo en cuenta que Ribadeneyra, partiendo de unas breves frases en estilo directo existentes en el Relato (“¿Qué nueva vida es esta, que ahora comenzamos?”), se inventa unos increíbles monólogos interiores inspirados en su propia fantasía y en el abundante caudal hagiográfico del siglo

*un día, estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, **le acometió** el enemigo con estos pensamientos, diciendo: - Y ¿qué haces tú aquí en esta hediondez y **bajeza**? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que **tratando** con esta gente tan vil y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linaje? - Entonces Ignacio **llegóse** más cerca de los pobres, y **comenzó a tratar** más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le **persuadía**. El cual **desta manera** fue vencido.*

*Otro día, estando muy fatigado y cansado, fue **acometido** de otro molestísimo pensamiento, que **parece que le decía**: Y ¿cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como esta y tan miserable, y peor que de salvajes, setenta años que aún te quedan de vida? - A lo cual respondió: - ¿Por ventura tú, que eso dices, puedesme asegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia ¿qué son, comparados con la eternidad? Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto para **volver atrás del camino comenzado**, y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre. (Vida I, VI).*

Las dos tentaciones se basan en sendos pensamientos. La primera es pura invención de Ribadeneyra y viene a sustituir a otra tentación, presente en el Relato y no grata para el biógrafo, en la que Loyola se plantea, insistentemente, la posibilidad del suicidio como salida a su angustioso estado de desesperación, aunque dándose cuenta de “que era pecado matarse, tornaba a gritar: << Señor, no haré cosa que te ofenda >>”⁷⁶¹.

Ribadeneyra sustituye el censurable “pecado” por un monólogo con frases atribuidas al demonio, convirtiendo en mentira, o en fantasía, unos hechos presentados como históricos.

Pero ¿qué historia se inventa?, pues una especie de composición de lugar. Imagina a Loyola en el hospital, donde realmente se hospedó, viviendo entre los más pobres y acosado por un enemigo que, en forma de pensamiento, se presenta con tres interrogantes: ¿Qué haces entre tanta basura? ¿Por qué vistes tan pobre? ¿No ves que deshonoras la nobleza de tu linaje?

Son preguntas hijas de la vanidad, malos pensamientos infiltrados por el demonio en la mente de Loyola y que él, percatándose del asunto, combate acercándose más a los pobres, “*haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le **persuadía**. El cual **desta manera** fue vencido*”.

⁷⁶¹ “Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía, y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: << Señor, no haré cosa que te ofenda >>; replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces.” (R, 24)

El objetivo de esta historieta, probablemente adaptada de la vida de otro santo a la de Loyola, es mostrar al ‘linajudo caballero’ convertido en el más humilde, mortificado y escarnecido de los hombres. Está visitando al santo, dotándole de todos aquellos ingredientes que, al margen de la historia, Ribadeneira considera imprescindibles en un notable currículum de santificación.

Cervantes, atento a la manipulación, se recrea en la fantasía, nos conduce a ella a través de referentes tan significativos como el verbo ‘acometer’, utilizado en la Vida para describir el acoso del demonio al inicio de las dos tentaciones (“le acometió”/ “*fue acometido*”) y empleado en la novela para referir, igualmente, el potencial acoso de don Quijote por “todos los arrieros del mundo”, por todo ‘los enemigos’, los demonios, o los soldados del mundo

VIDA	QUIJOTE
<u>le acometió</u> el enemigo con estos pensamientos	si <u>le acometieran</u> todos los arrieros del mundo

Aunque le acometieran todos los arrieros, don Quijote, afirma el narrador elogiando su ánimo, “no volviera el pie atrás”, la misma conclusión a la que llega, no sin confusión, Ribadeneira para ensalzar, igualmente, el invencible espíritu de Loyola

VIDA	QUIJOTE
tuvo al descubierto para <u>volver atrás</u> del camino comenzado	no <u>volviera</u> el pie atrás

En definitiva, tanto Ignacio como don Quijote, acosados por sus ‘enemigos’, muestran una fuerte personalidad y la misma entereza y perseverancia en sus propósitos.

LLOVIENDO PIEDRAS

En ese momento, mientras don Quijote consolida su actitud tras la invocación a la señora, los compañeros de los arrieros golpeados se percatan, por fin, de lo ocurrido

Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo **mejor** que podía se reparaba con su adarga y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas.

Igual que Loyola, acosado por los interrogantes del enemigo que le reprocha vivir entre los pobres, combate contra él aproximándose a ellos, tratando “*más amigablemente con ellos*”, don Quijote resiste el acoso de los arrieros soportando, sin moverse, la lluvia de piedras. Ambos, impertérritos y afrontando firmemente el peligro, muestran un valor y tesón inquebrantable

VIDA	QUIJOTE
Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y <u>comenzó a</u> tratar más amigablemente con ellos, <u>haciendo todo lo contrario</u> de lo que el enemigo le persuadía	<u>comenzaron desde lejos a</u> llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga y <u>no se osaba apartar de la pila</u> por no desamparar las armas

Así como Ignacio reacciona contrariamente a como pretende el enemigo, don Quijote no se mueve de la pila, no cede un palmo ante el acoso de los arrieros. En ese sentido resulta revelador el matiz del narrador al precisar que son los “compañeros de los heridos”, no toda la gente, quienes lanzan las piedras. De forma que el valor metafórico

de los dos primeros arrieros se hace extensivo a los “compañeros” que simbolizan, como ellos, el acoso interior, de escrúpulos y tentaciones, vivido por Loyola en Manresa.

Se sentía tan incapaz de liberarse de los remordimientos del pasado que, a pesar de haber sido absuelto por el confesor, los escrúpulos le volvían constantemente, su única esperanza era que el confesor “*en nombre de Jesu Cristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas, porque por haber salido dél este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor*”.

Loyola calla el remedio, no se atreve, no osa, sugerir la solución y aguanta, estoico, los remordimientos, tal como don Quijote aguanta la lluvia de piedras por no “desamparar las armas”

VIDA	QUIJOTE
<u>no osaba</u> decirle al confesor	<u>no se osaba</u> apartar de la pila

Solo la intervención del confesor podría poner fin a los escrúpulos de Loyola, razón por la que interviene el ventero para frenar, igual que el confesor, el acoso de los arrieros

El ventero **daba voces** que le dejasen, porque ya les había **dicho** como era loco, y que por loco se **libraría**, aunque los matase a **todos**. También don Quijote las **daba**, mayores, llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se **tratasen** los andantes caballeros; y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera a **entender** su alevosía

Las voces y razonamientos del ventero, intentando convencer a los presentes de la locura de don Quijote y de la consiguiente impunidad de sus actos, son, simbólicamente, las mismas que suenan en la Vida, pero allí puestas por Ribadeneyra en boca de un Loyola hablando consigo mismo como un verdadero loco

Daba voces a Dios y decía: - Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas -. Y otras veces con el apóstol **decía:** - Triste de mí y desventurado ¿quién me **librará** deste cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo? - Ofrecíasele a él un remedio, y **parecíale** que sería el **mejor** de **todos** para **librarse** destes escrúpulos.

Loyola, el ventero, don Quijote, todos dan voces, repitiéndose en ambos textos la misma expresión (daba voces) asociada al verbo ‘decir’

VIDA	QUIJOTE
<u>Daba voces a Dios y decía</u>	<u>daba voces</u> ... había dicho don Quijote las daba, mayores

Además del mismo criterio y siguiendo, como estamos, en el fragmento núcleo de los escrúpulos, Ribadeneyra también pone en boca de Loyola otra fantásica intervención en la que aparece preguntándose cómo desembarazarse de tales escrúpulos, y lo hace utilizando, en dos ocasiones, el verbo ‘librarse’, el mismo empleado por el ventero para advertir que la locura de don Quijote le exculpará de cualquier mal consecuencia de sus actos

VIDA	QUIJOTE
-¿quién me librará deste cuerpo -parecíale que sería el mejor de todos para librarse destes escrúpulos	por loco se libraría , aunque los matase a todos

Tanto uno como otro deberán matar a su ‘enemigos’ para librarse de ellos y, lógicamente, no se les culpará de nada, se les absolverá por locos, pues quién, si no un loco, podría decir, dando voces, semejantes frases (“*Triste de mí y desventurado ¿quién me **librará** deste cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo?*”).

Don Quijote insulta incluso al ventero, hasta ahora su amigo, a quien culpa del agravio que está sufriendo “pues de tal manera consentía que se **tratasen** los andantes caballeros”, frase también ambivalente porque permite establecer una analogía entre la actitud del confesor que, al no librar a Loyola de los escrúpulos, consiente que le sigan acosando, y la de ventero, que tampoco impide a los arrieros seguir apedreando a don Quijote que, encolerizado e insultando a toda la venta, dice

-Pero de vosotros, soez y **baja** canalla, no hago caso alguno: tirad, **llegad**, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

De nuevo las palabras de don Quijote conectan, con muchísima sutileza, con la diabólica invención de la Vida, trasfondo de la parodia

*un día, estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: -Y ¿qué haces tú aquí en esta hediondez y **bajeza**? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linaje? - Entonces Ignacio **llegóse** más cerca de los pobres, y comenzó a tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El cual desta manera fue vencido.*

Así como Loyola se encuentra entre los pobres y es, de nuevo, tentado por el demonio intentando apartarle de su humilde sacrificio, don Quijote se encuentra en la venta acosado por unos arrieros que tratan, igualmente, de apartarle de la concentración de la vela. La clave de la tentación ignaciana es el desprecio al lugar (“*hediondez y **bajeza***”) y a las personas que le rodean (“*gente tan vil*”), prácticamente la misma situación en la que se encuentra don Quijote, pues llama a los arrieros “soez y **baja** canalla”, calificativos que coinciden, en lo esencial, con los de la Vida, no solo porque se utiliza el mismo término peyorativo (*bajeza* / *baja*), sino porque, además, ‘soez’ y ‘canalla’ son sinónimos de vileza, de hecho el significado de “canalla”, según Covarrubias, es “**gente vil**, inducida para alborotar y dañar”⁷⁶². A esto debe añadirse que, como veremos enseguida, el ventero calificará, genéricamente, a quienes apedrean a don Quijote de “gente baja” (“llegándose a él, se disculpó de la insolencia que aquella **gente baja** con él había usado”), aportando otro y definitivo referente a los anteriores.

Curiosamente, la crítica cervantina llama la atención sobre el hecho de que don Quijote se dirija a un colectivo pues, “canalla”, dicen, “conserva el sentido original de ‘jauría de perros’ y, por consiguiente, <<conjunto de gente despreciable, chusma>>”⁷⁶³, opinión que, como tantas otras veces, concuerda con las intenciones de Ribadeneira que, en plan sensacionalista, trata de ofrecer una visión lo más degradada posible de la gente y del lugar, de ahí el vocablo “*hediondez*”, es decir, “muchos malos olores juntos”⁷⁶⁴.

Como apunta Abad Merino, “a la alocada fantasía del hidalgo manchego opone Cervantes una <<realidad>> deliberadamente envilecida, personajes plebeyos y situaciones degradadas con las que busca provocar un contraste especialmente acentuado y ridículo [...] Quiere el autor extremar las distancias entre el mundo

⁷⁶² Covarrubias 1993.

⁷⁶³ Quijote 1998: 38: 59.

⁷⁶⁴ Covarrubias 1993.

intemporal de la caballería, en el que se inspira don Quijote, y la experiencia concreta del personaje”⁷⁶⁵. ¿No es esa exactamente la pretensión de Ribadeneira? ¿No intenta en todo momento crear una distancia abismal entre el pulcro caballero y los mugrientos pobres? ¿No resulta una fascinante prueba del trabajo de imitación de Cervantes que Abad Merino capte en la novela las sutiles intenciones parodiadas de la Vida?

Probablemente a Loyola le habrían disgustado tales invenciones de Ribadeneira atribuyéndole pensamientos-tentaciones en los que se contrasta la nobleza de su linaje, con la miseria de los usuarios de los hospitales, a quienes califica de gente vil y hedionda, algo incluso incierto pues, en dichos centros de acogida, se exigía a los eventuales usuarios un mínimo de presencia y comportamiento no acorde con la hiperbólica visión denigrante pintada por el autor de la Vida.

Pero sigamos con la curiosa imprecación de don Quijote, porque además de insultar a los invisibles arrieros, también les dice: “de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno”, una variante genial del “*haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía*”, pues Loyola vence la tentación haciendo todo lo contrario de lo propuesto por el enemigo y, en vez de huir de los pobres, se aproxima más a ellos. Don Quijote actúa de forma parecida, no haciéndoles caso y, para seguir coincidiendo con el trasfondo de la Vida, pide a sus enemigos, no que huyan, sino que se acerquen (“**llegad, venid**”) porque esa fue la reacción y el triunfo de Loyola: “*Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres*”.

El cuadro de referentes nos muestra las coincidencias formales y los distintos niveles de paralelismos y sutilezas utilizadas por Cervantes en la imitación

VIDA	QUIJOTE
<i>hediondez y bajeza</i>	<u>Soez y baja canalla</u>
<i>gente tan vil</i>	aquella gente baja
<i>Ignacio llegóse más cerca</i>	Llegad, venid y ofendedme
<u><i>haciendo todo lo contrario</i></u>	<u>no hago caso alguno</u>

Finalizada la intervención de don Quijote, el narrador añade algunos detalles sobre ella y sus consecuencias

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por **esto** como por las **persuaciones** del ventero, **le dejaron de tirar,** y él dejó retirar a los heridos y **tornó** a la vela de sus armas con la misma quietud y **sosiego** que primero

De nuevo aquellas palabras de Amadís reconvertidas y utilizadas por Loyola en su furor contra los soldados, resuenan como un eco tras la información del narrador

A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿**esto** se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales **decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de** la casa, **sin que ninguno le hiciese mal ninguno**

Según el Relato, Loyola actuó movido por un “ímpetu tan grande” que le hizo gritar, censurar a los soldados. Después se informa de la eficacia de esas palabras, del temor e inhibición causado en “todos los de la casa”.

La analogía entre los comentarios de los respectivos narradores vuelve a ser patente.

El de la novela hizo referencia, un poco más arriba, al ánimo de don Quijote (“Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo”), ahora a su “brío y denuedo”.

⁷⁶⁵ Abad 1991: 450.

Covarrubias define el ‘brío’ como “Esfuerzo, ánimo, valor corage [...] Tomar brío, tomar ánimo y corage”; y el ‘denuedo’ como una “determinación prompta, quando uno súbitamente se arroja a lo que a nuestro parecer haze sin premeditación y consulta”.

Por otra parte, ímpetu “Vale furia, *impetus*; impetuoso, el furioso y arrebatado, súbito, acelerado”.

Son todos vocablos pertenecientes a un mismo campo semántico relacionado con el valor y la osadía; el narrador de la novela sustituye el “ímpetu tan grande” de Loyola por una serie de sinónimos (ánimo, brío, denuedo) que conforman un temperamento, una reacción casi idéntica ante circunstancias similares.

Como ya vimos, Loyola se enfrenta a un grupo de gente indeterminado, pero enorme, a soldados fuertes, bebidos y belicosos; don Quijote a un grupo indeterminado de arrieros, fornidos y pendencieros, que también suponemos numeroso.

La analogía entre la actitud temeraria de los dos únicos individuos frente a dos enormes colectivos, se completa con la eficacia de su única arma, las palabras. Loyola acobarda a los soldados (“quedaron espantados todos los de la casa”), don Quijote infunde a los arrieros un “terrible temor”. En ambos casos, no les hacen mal alguno

RELATO	QUIJOTE
le vino con esto un ímpetu tan grande , que empezó a gritar, diciendo	Decía esto con tanto brío y denuedo, que
decía con tanta eficacia, que	Decía esto con tanto brío y denuedo, que
que quedaron espantados todos los de la casa	que infundió un terrible temor en los que le acometían
sin que ninguno le hiciese mal ninguno	le dejaron de tirar

El “terrible temor” infundido a los arrieros parece una casi evidente traducción de la “eficacia” y ‘espanto’ causado por Loyola a “todos los de la casa”. Lo que no queda tan claro es si tras esa información no se oculta la sarcástica ironía cervantina, la guasa del viejo Cervantes dudando de que a un grupo de “muchos soldados”, bien puestos de vino y con mujeres a la vista, les acobardaran (“espantados”) las voces de un peregrino escuálido, demacrado y cojo. No olvidar que es Loyola, a través de Gonçalves, quien narra la anécdota, quien se pinta tan valeroso (con “un ímpetu tan grande”) entre los soldados y las menesterosas mujeres.

y así por **esto** como por las **persuaciones** del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y **tornó** a la vela de sus armas con la misma quietud y **sosiego** que primero.

Además del ánimo de don Quijote, la intervención del comprensivo ventero vuelve a ser definitiva en la pacificación del patio, lo especifica claramente el narrador: gracias a “las **persuaciones** del ventero, le dejaron de tirar”, una forma metafórica de decir que gracias a los consejos del confesor, Loyola hizo todo lo contrario “*de lo que el enemigo le **persuadía***”, es decir, siguiendo los consejos del confesor, logró desterrar los escrúpulos que le acosaban y recobró, igual que don Quijote, la paz

*Daba voces a Dios y decía: - Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas -. Y otras veces con el apóstol decía: - Triste de mí y desventurado ¿quién me librá de este cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo? - Ofrecíasele a él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse destos escrúpulos. Este era que su confesor, a quien él tenía por padre y a quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le **sosegase** y en nombre de Jesu Cristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada. Mas, porque por*

*haber salido dél este remedio temía le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor [...] Pero al tercero día **tornó a** ser de ellos combatido como de antes; mas, al fin, el remate de esta dura pelea [...] Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánimo. (Vida I, VI).*

Solo la intervención del confesor, concluye Ribadeneyra, acabará con los escrúpulos y proporcionará a Loyola el anhelado sosiego espiritual que, según el capítulo sexto, alcanzó su “*ánima*”, razón por la que don Quijote, una vez calmados y desaparecidos de escena todos los arrieros, logra la paz y “**tornó a** la vela de sus armas con la misma quietud y **sosiego** que primero”.

La convergencia del infrecuente verbo ‘tornar’ y el vocablo ‘sosiego’ sirven como pistas casi anagramáticas que confirman paso a paso la permanente relación del episodio de la vela con el capítulo sexto de la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>le sosegase y en nombre de Jesu Cristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada [...] Pero al tercero día tornó a ser de ellos combatido como de antes; mas, al fin, el remate de esta dura pelea [...] Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa <u>paz y serenidad su ánimo</u></i>	le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma <u>quietud y sosiego</u> que primero

Resumiendo, el núcleo de la parodia de los dos arrieros se centra en el contexto de las tentaciones sufridas por Loyola durante su estancia en Manresa, donde, acosado por escrúpulos y tentaciones, inicia, siguiendo las instrucciones de Juan Chanones, una definitiva metamorfosis interior.

Ese es el punto de apoyo desde donde surge la imitación, porque también Ribadeneyra, partiendo de la información del Relato, inventa nuevas situaciones, escenifica ideas, pone en boca de Loyola pensamientos y palabras de su propia cosecha con el objetivo de modificar ciertos detalles del Relato y hacer comprender a sus lectores los difíciles momentos de la ascética ignaciana, aunque de forma tan desafortunada y excesiva que resulta grotesco.

Parece, pues, imprescindible leer atentamente tanto el Relato como el capítulo sexto de la Vida para comprender lo anterior y el resto, ya que se trata de una historia sostenida sobre dos fuentes distintas de información, dos momentos de Loyola que sirven como base paródica para hablarnos de su doble personalidad, la real, reflejada en el Relato y deudora de libros de caballerías y de santos, y la fantástica creada por Ribadeneyra con retazos de libros autobiográficos, caballerescos y de santos.

Don Quijote es, pues, la suma del Loyola asceta, batallador contra el demonio y demás enemigos, y del antiguo capitán, capaz de enfrentarse a un grupo de soldados borrachos. Curiosamente, Ribadeneyra no incluye en la Vida el episodio de los soldados, tal vez porque la idea de Loyola atravesando campos acompañado de madre, hija e hijo no le parezca edificante. El hace y deshace a su antojo, según sus intereses. Igual omite un episodio que se inventa otro. El acercamiento a los pobres para vencer la tentación es de su cosecha. Inventa a esa gente vil, a esas bajezas humanas, para que Loyola baje desde su cumbre de nobleza y venza la tentación. Es una representación, una invención alegórica, una composición de lugar cuyo mecanismo estructural y narrativo presenta mucha similitud con las variaciones sobre arrieros imaginadas por Cervantes.

En fin, antes de poner a don Quijote en camino hacia su primera aventura, Cervantes le hace vivir, simbólicamente durante la vela, parte de los angustiosos momentos de escrúpulos vividos por Loyola en Manresa. Los arrieros son un símbolo de todos esos problemas planteados por Ribadeneyra como combates, al hacerlos literatura para rebajarles parte de las veleidades que trascienden del Relato.

El cuadro esquemático del conjunto revela de nuevo la continua, compleja e intensa relación de la novela con las fuentes

RELATO	VIDA	QUIJOTE
A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿esto se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno		Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo , no volviera el pie atrás
	<i>Le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo</i>	si le acometieran todos los arrieros del mundo , no volviera el pie atrás
	<i>para volver atrás del camino</i>	no volviera el pie atrás
	<i>No osaba decirle al confesor</i>	no se osaba apartar de la pila
Después los apartaron		no se osaba apartar de la pila
	<i>Daba voces a Dios y decía</i>	-El ventero daba voces que le dejasen -También don Quijote las daba , mayores
	<i>¿quién me librará deste cuerpo y de la pesadumbre[...] Ofrecíasele a él un remedio, y parecía que sería el mejor de todos para librarse destes escrúpulos</i>	por loco se libraría
les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escallentalles		era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros
	<i>¿No ves que tratando con esta gente tan vil y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linaje? -</i>	se tratasen los andantes caballeros

	<i>Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó a tratar más amigablemente con ellos</i>	
	<i>Y ¿qué haces tú aquí en esta hediondez y bajeza</i>	Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno
	<i>Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres</i>	soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad , venid y ofendedme en cuanto pudiéredes
A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿ esto se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa		Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían
que quedaron espantados todos los de la casa		que infundió un terrible temor en los que le acometían
	<i>Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó a tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El cual <u>desta manera fue vencido</u></i>	y así por esto como por las persuaciones del ventero, <u>le dejaron de tirar</u>
	<i>tornaban súbitamente <u>las olas de los escrúpulos</u>[...] le sosegase y en nombre de Jesu Cristo -pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida y sin entender los engaños y ardidés que suele usar el enemigo con quien lidiaba</i>	tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero

NEGRA ORDEN

Recobrada la calma, el ventero decide acelerar la ejecución de la ceremonia

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle **la negra orden de** caballería luego, antes que otra desgracia sucediese.

La opinión del ventero, “un juicio de valor”⁷⁶⁶ negativo, se inscribe en una línea crítica que, apartándose del discurrir diacrónico de la novela, adelanta ideas del futuro.

Aunque en estos momentos la novela parodia el episodio de la vela de armas de Loyola, la opinión despectiva del ventero se encuadra en la línea de reproches recibidos por la Compañía prácticamente desde la muerte del fundador o, quizás un poco después, desde el momento en que, con el generalato de Borja, la orden se asocia definitivamente a la Inquisición y se transforma en destacado miembro del poder represivo de la Contrarreforma.

Ahí nace la leyenda de intrigas y maquinaciones de las que se acusa a una orden cuyo germen primero es, sin lugar a dudas, el momento de la vela de armas de Montserrat ahora parodiado en la novela. El hecho de que la Compañía vaya a caracterizarse en el futuro por una indumentaria negra, asociada a la fama de confabulaciones palaciegas y oportunistas medranzas, tal vez sea la razón por la que el ventero, adelantándose en el tiempo, llame ‘negra orden’ a esos primeros indicios, a esa célula núcleo de lo que llegará a ser y a representar después.

TODO SE LO CREYÓ DON QUIJOTE

Y así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella **gente baja** con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

“Resulta ocioso decir que Cervantes está parodiando un Ritual religioso: D. Quijote, velando sus armas en la pila como si se tratara de un altar, luego, puesto de rodillas ante el ventero éste recitando y musitando oraciones, dando una pescozada en la cara y en el hombro que recuerda las palmadas de los ritos de la Confirmación y Ordenación Sacerdotal”⁷⁶⁷.

El ventero sigue burlándose de don Quijote. Las disculpas por “la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna” son totalmente falsas pues, según el desarrollo de la novela, ha estado al tanto de todo, de forma que cuando afirma que los arrieros habían actuado “sin que él supiese cosa alguna”, contradice la información previa del narrador sobre su intención de “seguirle el humor”, de burlarse de don Quijote, pero no solo él, sino “todos cuantos estaban en la venta”, pues a todos había puesto al tanto sobre “la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería”.

También, para congeniarse con don Quijote que antes llamó a los arrieros “soez y **baja canalla**”, el ventero se refiere ahora a ellos como “**gente baja**”, algo inusitado en tan aventajado discípulo de Caco y que, a fin de cuentas, no es más que otra vuelta de tuerca en la estrategia cervantina de seguir relacionando las actuaciones del ventero con

⁷⁶⁶ Quijote 1989: 40: 59.

⁷⁶⁷ Díaz Ramírez 2009: 28.

la confesión y los problemas de escrúpulos de Loyola, concretamente con el comentado fragmento en torno al que gira la parodia

*un día, estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: -Y ¿qué haces tú aquí en esta hediondez y **bajeza**? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta **gente tan vil** y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linaje?*

El ventero-confesor concentra en una sola expresión (“**gente baja**”) la idea persistente desarrollada por Ribadeneyra en ese pintoresco pensamiento que, tan liberalmente, le atribuye a Loyola y con el que Cervantes refuerza la relación simbólica entre arrieros y escrúpulos, entre los ataques perturbadores del desarrollo de la vela y las tentaciones y remordimientos de un Loyola acosado por el presente y el pasado.

El ventero no está, pues, burlándose, o mintiendo, a don Quijote, sino reinterpretando la fantásica versión de Ribadeneyra y, al mismo tiempo, el fragmento del Relato utilizado por el autor de la Vida como fuente pues, en definitiva, el interés de Cervantes vuelve a centrarse en la comparación de ambos textos, en la denuncia de la quimérica versión de un autor que transforma la realidad de unos hechos en falsa literatura religiosa. Resulta imprescindible comparar los fragmentos 22 y 23 del Relato con el capítulo sexto de la Vida (en donquijoteliberado.com), comprobar cómo, además de un abuso exagerado de tópicos al uso, Ribadeneyra no duda en atribuirle a su fundador todo tipo de acciones y pensamientos.

Pues bien, entre esos dos textos viene discurriendo el desarrollo actual de la novela, como lo prueba el hecho de que la falsa disculpa atribuida al ventero (“**sin que él** supiese **cosa alguna**”) se encuentre relacionada con la respuesta del confesor a Loyola eximiéndole de seguir confesando los pecados pasados

Mas, **sin que él** se lo dijese, el confesor vino a **mandarle** que no confesase ninguna **cosa** de las pasadas, si no fuese **alguna cosa** tan clara

El ventero se desvincula de las actuaciones de los arrieros porque el confesor de Loyola tampoco quiso saber nada de los remordimientos del pasado ya confesados, salvo que fuese “**alguna cosa**” clara, algo nuevo y realmente olvidado.

En la misma línea paródica confesor-Loyola debe también entenderse la respuesta sumisa del manchego (“Todo se lo creyó don Quijote, que él estaba allí pronto para obedecerle”) y su belicosa amenaza (“si **fuese otra vez acometido** y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, **eceto aquellas que él le mandase**, a quien por su respeto dejaría”) alusiva a “*otro molestísimo pensamiento*”, es decir, a otro detalle del fragmento núcleo donde se informa de una nueva tentación que importunó a Loyola

*Otro día, estando muy fatigado y cansado, **fue acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decía***

A ese nuevo y “*molestísimo pensamiento*” se refiere subrepticamente don Quijote cuando se compromete a respetar a las personas del castillo que el ventero “**le mandase**”, frase con la que cierra el narrador esta parte de su discurso y que encaja magistralmente con la decisión del confesor de Loyola de “**mandarle** que no confesase ninguna **cosa** de las pasadas, **si no fuese alguna cosa** tan clara”, es decir, el núcleo paródico en torno al que ha girado gran parte de la parodia.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>en esta hediondez y bajeza [...] tratando con esta gente tan vil</i>	se disculpó de la insolencia que aquella gente baja

<u>sin que él</u> se lo dijese [...] si no fuese <u>alguna cosa</u>		<u>sin que él</u> supiese <u>cosa alguna</u>
	<i>Otro día, estando muy fatigado y cansado, fue <u>acometido</u> de otro molestísimo pensamiento</i>	porque si <u>fuese otra vez acometido</u>
<u>sin que él</u> se lo dijese, el confesor vino a <u>mandarle</u> que no confesase ninguna <u>cosa</u>		<u>aquellas que él le mandase</u>

En definitiva, Loyola creyó en su confesor, le prometió obediencia y, en consecuencia, arrojar de su mente los escrúpulos pasados, salvo que fueran cosas nuevas, no confesadas y, por tanto, pendientes de eliminar de la mente escrupulosa. Don Quijote, en correspondencia, promete fidelidad y obediencia al ventero, porque la determinación de acometer a cuantas personas le molesten, salvo aquellas a quienes el ventero ordene no hacerles daños, es una alegoría del propósito de Loyola de acabar con los persistentes escrúpulos, con las bajezas grabadas en el interior de su alma, aunque atendiendo siempre a los consejos del confesor, a lo que el confesor le mandase.

El narrador se haya, pues, tejiendo un complejísimo y burlesco discurso con el doble hilo de las fuentes, con los núcleos paródicos del Relato y la Vida, con el texto original y el falso. A fin de cuentas, la insistente intención de Cervantes es denunciar, una vez más, la falsedad histórica, y así como Ribadeneyra utiliza metáforas caballerescas para describir estados de angustia espiritual, Cervantes describe la vida del caballero para simbolizar la del religioso.

También llama la atención la apreciación del ventero sobre la posibilidad de realizar el resto de la ceremonia (“lo que restaba de hacer”) “en mitad de un campo”, porque más que corresponderse con el patio de la venta donde va a celebrarse la vela de armas, coincide con el espacio concreto, la montaña de Manresa, en la que Loyola vivió los episodios de escrúpulos objetos de la parodia.

Resulta igualmente muy interesante la apreciación del ventero sobre el tiempo transcurrido y la intención de abreviar la ceremonia

ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro

Esta aclaración sobre el tiempo y la más irónica “Todo se lo creyó don Quijote”, provoca la sospecha de que está siendo engañado respecto al número de horas, aunque un análisis de los acontecimientos demuestra que, al menos temporalmente, no existe tal engaño, porque el texto contiene datos suficientes para afirmar que don Quijote sí cumple con el precepto caballeresco de velar toda la noche, fundamentalmente porque su intención es coincidir con el tiempo acreditado por Loyola.

TIEMPO DE VELA

El Relato informa con precisión sobre la duración de la vela de Loyola. Se especifica por primera vez, de forma genérica, cuando se habla del propósito, de la determinación de velar (“y así se determinó de velar sus armas toda una noche”) y se insiste, después, con la concretización del tiempo transcurrido (“pasó toda la noche. Y en amaneciendo se partió”).

Aunque no se fija el momento del inicio, queda claro que fue “toda la noche”, hasta el amanecer.

Ribadeneyra dice casi lo mismo: “*toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora [...] Y por no ser conocido, antes que amaneciese, desviándose del camino real que va a Barcelona, se fue con toda prisa*”.

Don Quijote llega a la venta, según el capítulo anterior, “a tiempo que anohecía”, y la vela se inicia cuando la noche “comenzaba a cerrar”, o sea, cuando estaba llegando a su plenitud, aproximadamente, a finales de julio, entre las doce y la una de la madrugada. Después se añade que don Quijote era observado por la gente de la venta cuando “Acabó de cerrar la noche”. Y aproximadamente a esa hora (“en esto”) llega el primer arriero, poco después el siguiente, y acto seguido el ventero agobiado y dispuesto a abreviar la ceremonia que, según dice, ya dura cuatro horas, de forma que si empezó sobre la una, deberían ser cerca de las cinco.

¿Ha mentido el ventero? Parece que no, pues desde la interrupción de la vela todo sucede con extraordinaria celeridad, tanto por voluntad de don Quijote, que desea concluir “con la mayor brevedad”, como por la del ventero, que realiza las ceremonias “de galope y aprisa”.

Por tanto, desde que el ventero le comunica las cuatro horas de vela, todo se precipita para que abandone la venta cuanto antes, cosa ocurrida al amanecer, según se especifica en la primera frase del capítulo siguiente (“La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta”), información que, junto a la del inicio (“comenzaba a cerrar”), sirve por sí sola para acreditar la noche íntegra de duración de la vela y la coincidencia con el tiempo de la ceremonia de Loyola que, “en amaneciendo”, también abandonó el monasterio.

Don Quijote acepta, convencido, la información del ventero (“Todo se lo creyó”), especialmente porque concuerda con sus intenciones imitativas, razón por la que, inmediatamente, se menciona su disposición a obedecer (“él estaba allí pronto para **obedecerle**”), tal como hace Loyola tras escuchar los consejos del confesor

-El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas todavía **obedeció** al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos.

-*Obedeció, pues, llanamente a lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que quería tentar a Dios, y aquel día y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos.*

SIEMPRE MURMURANDO ENTRE DIENTES

Temeroso de que la pelea se reanude, el ventero apresura el fin de la ceremonia

Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó **hincar de rodillas**; y, leyendo en su manual, como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo **con mucha desenvoltura y discreción**, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del **novel caballero** les tenían la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

-Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

A pesar de la aparente improvisación y desorganización, el acto final de la vela resulta bastante planificado, no es tan chapucero como el narrador pretende hacernos creer. En realidad, el ventero organiza, sobre la marcha, una ceremonia que, al margen de la burla, contiene detalles de autenticidad.

Debe suponerse que, en la ficción, mientras don Quijote vela, el ventero anda trasteando en la venta e ideando una rápida solución al problema que se le avecina, pues enseguida la encuentra: “se vino adonde don Quijote estaba” acompañado de “las dos ya dichas doncellas” y de “un muchacho” con “un cabo de vela” para alumbrar el libro que lleva el ventero.

Nada más se dice, pero la planificación es evidente: él ejercerá de maestro de ceremonia acompañado de dos testigos y un acólito para alumbrar el texto que dote de legitimidad y solemnidad al acto. El hombre sabe lo que hace.

Sin embargo, el narrador, en vez de valorar los reflejos escénicos de este buen actor y altruista empresario, solo se dedica a poner pegadas, a ofrecer detalles que ridiculizan y desacreditan el ritual pues, al mismo tiempo, informa de que el libro donde el ventero leerá las supuestas oraciones, no es un devocionario, sino el libro de contabilidad en el que anota (¡el más ladrón de los venteros!) la paja y cebada que entrega a los arrieros. También recuerda, irónicamente, que los dos testigos, “las dos ya dichas doncellas”, son las dos prostitutas con que don Quijote habló a la entrada de la venta.

No hay capilla, ni señor del castillo, ni testigos legítimos, ni libro. Todo es apariencia. Lo único auténtico son el cabo de vela y el muchacho, el resto es pura mofa, un engaño que el ventero dirige e interpreta y don Quijote acepta, humilde e interesadamente, como verdadero pues, hincado de rodillas, escucha unos murmullos, que él imagina “alguna devota oración”, y recibe sumiso el par de simbólicos golpes que, junto a la colocación de la espada por “una de aquellas damas”, pone fin a la vela.

Queda, pues, clara la voluntad del narrador de ridiculizar la ceremonia, de aportar datos que, en opinión de Illades⁷⁶⁸ y Aguirre Anguiano, ateniéndose a la ley XII título XXI de la segunda partida de Alfonso X el Sabio, confirman la nulidad del acto: “El ‘armamiento’ de don Quijote estuvo, a la luz del derecho, viciado de nulidad absoluta [...] Por ser pobre, por ser loco, por haber recibido la investidura de quien no podía conferírsela y por haber sido armado por escarnio”⁷⁶⁹.

Pero ¿tuvo la ceremonia de Loyola alguna validez? ¿Le armó caballero el confesor después de la vela? ¿Hubo algún ritual?

Nada afirman, ni niegan, las fuentes. Lo único indiscutible, como en el caso de don Quijote, es que Loyola tampoco salió de Montserrat armado caballero, que todo fue una pantomima, el remake de una parafernalia anacrónica existente en los libros de caballerías, o en las mentes de las pocas personas que todavía creían en ellos.

Sí es probable que el confesor de Loyola, conocedor de la extraña locura mesiánica de caballero tan principal, tal vez deseara, como el ventero, su rápida desaparición del monasterio y que organizara, en plan aparentemente serio, algo parecido a lo de la venta para que se alejara de allí satisfecho.

Como nada indican las fuentes, todos los datos aportados por el narrador de la novela provienen, no de las historias ignacianas, sino de la caballerescas manejadas por Cervantes que, tal vez por eso, aprovecha el vacío para lanzar sutiles dardos ideológicos con los que ridiculizar la liturgia eclesial (“siempre murmurando entre dientes”) de una Iglesia que basa su espiritualidad en miméticas oraciones (“como que rezaba”) y

⁷⁶⁸ “rito apócrifo por medio del cual un loco resulta armado caballero a través de una *actio* común al rezo y a la maledicencia”. Illades 2008.

⁷⁶⁹ Aguirre 2005.

que asienta la doctrina ofrecida a sus feligreses sobre libros con mucha paja y poco contenido (“un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros”).

Así lo entendió incluso Clemencín, señalando que, el narrador, llama al libro del ventero “manual”, “palabra que entre otras acepciones tiene también la de libro de preces o ritual”. Es decir, el hecho de que el narrador llame también “manual” al sorprendente libro de contabilidad de un ventero, acreditado ladrón, no ha pasado desapercibido a estudiosos como Clemencín porque, en definitiva, se trata de una evidente metáfora aplicable, de forma genérica, a la literatura religiosa.

No obstante, el narrador añade a la ceremonia algunos datos que sí provienen, o coinciden, con las fuentes.

Es normal, por ejemplo, hincarse de rodillas, detalle formal efectuado por ambos aspirantes

RELATO	QUIJOTE
se fue a <u>hincar de rodillas</u> delante el altar de nuestra Señora	vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó <u>hincar de rodillas</u>

Además, el narrador cierra el apartado de la investidura con una nueva alusión a Loyola y una extraña, e ingeniosa, intervención de una de las prostitutas

pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa a raya.

Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

-Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides.

Durante la estancia en Manresa en torno a la que sigue girando la ceremonia, Loyola deseaba continuamente encontrar gente con la que hablar de cuestiones espirituales, pero no lo conseguía. Solo encontró a una vieja señora que le deseó, nada menos, que se le apareciera Cristo algún día

Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey católico la había llamado una vez para comunicarle algunas cosas. Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo:

<<¡Oh! plega a mi Señor Jesu Cristo que os quiera aparecer un día>> (R,21).

Además de la analogía entre “nuevo soldado” / “novel caballero” (no olvidar que Ribadeneyra le llama “*caballero novel*”), se aprecia cierto paralelismo entre la frase de la vieja señora de Manresa y la prostituta de la venta, ambas desean y solicitan para sus respectivos caballeros, a quienes se dirigen respetuosamente, la máxima ventura en sus empresas

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>nuevo soldado</u> de Cristo	<i>los caballeros noveles solían velar sus armas</i>	novel caballero
plega a mi <u>Señor Jesu Cristo que os quiera aparecer un día</u>		<u>Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides</u>

También, en el proceso de esporádicos acarreo realizado por Cervantes desde las fuentes ignacianas, llama la atención una frase del narrador (“mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo **con mucha desenvoltura y discreción**”) con claras reminiscencias de otra de la Vida

*Y como algunos soldados y centinela le vieron en aquel traje y figura, creyendo que fuese espía de los enemigos, echaron mano dél y llevaronle a una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas quisieron sacar dél quien era. Después, como no hallaron lo que querían, comenzáronle a escudriñar y a tentar **con mucha desenvoltura y poca vergüenza**, hasta desnudarle y quitarle los zapatos y ropilla que traía, por ver si hallarían alguna carta o rastro de lo que sospechaban. (Vida I, XII).*

Confundido con un espía, Loyola es cacheado por los soldados “*con mucha desenvoltura y poca vergüenza*”; Ribadeneyra sugiere que los soldados, al desnudar a Loyola, se sobrepasaron en cuestiones sexuales, una idea que aparece matizada por el verbo “*tentar*” asociado a “*desenvoltura*” y “*poca vergüenza*”. Conozcamos ahora la versión del Relato sobre el mismo episodio

Mas cuando fue a puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán; que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y llevaronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos. (R, 51).

Aunque se especifica que “le desnudaron” y escudriñaron “todas las partes del cuerpo”, en el Relato no se aprecia ni “*desenvoltura*” ni “*poca vergüenza*”, solo un cacheo profesional, un exhaustivo registro que Ribadeneyra carga, gratuitamente, de oblicuas intenciones.

Comparemos los tres textos

RELATO	VIDA	QUIJOTE
<u>le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra</u>	<i>comenzáronle a escudriñar y a tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle</i>	mandó a una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción

Sorprendido ante la libidinosa versión de la Vida, Cervantes utiliza burlescamente parte de esa misma frase para describir el buen hacer de una recatada y desenvuelta prostituta a la que también le atribuye, en oposición a la “*poca vergüenza*” de la Vida, “discreción”, término que, además de matices religiosos⁷⁷⁰, alude a la “cosa dicha o hecha con buen seso”.

En definitiva, el registro exhaustivo y humillante (“todas las partes del cuerpo”) del Relato, adquiere un matiz licencioso en la Vida, por eso Cervantes, siguiendo el juego paródico, ironiza con la desenvoltura de la ramera, aunque al añadirle “discreción”, mitiga la socarrona sospecha y aproxima el comportamiento de la ‘dama’ al de los soldados. Un juego de palabras, una ingeniosa manera creada por Cervantes para invitar, como siempre, al cotejo de los textos, para llamar la atención sobre la falta de rigor intelectual de Ribadeneyra y, también, sobre su mente calenturienta.

⁷⁷⁰ “En las religiones llaman discretos a los que escogen y apartan de la comunidad para embiar a sus capítulos” Covarrubias 1993.

Agradecido a “la buena señora” que le ciñó la espada, don Quijote le preguntó, según el narrador, su nombre

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía a las tendillas de Sancho Bienaya, y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase **doña Tolosa**. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la cual también rogó don Quijote que se pusiese don y se llamase **doña Molinera**, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

A lo largo de este capítulo don Quijote se muestra afable, refinado y cortés con estas dos mujeres a las que dignifica con su amabilidad y trato. Poco le importa lo que los demás piensen, él las ve como quiere verlas, como necesita que sean. Un rasgo de su personalidad y trayectoria que coincide plenamente con Loyola, destacado, desde el inicio de su carrera, por el éxito entre mujeres de toda condición⁷⁷¹, a todas atendía y aconsejaba, ya fueran ‘aristócratas’ o ‘descarriadas’. Para estas últimas fundará, con el apoyo de las primeras, casas de acogida en muchos lugares del mundo.

La disposición de la Tolosa a servir a don Quijote en cualquier parte y a tenerle por señor es, sin lugar a dudas, una clara referencia a las muchas ‘señoras’ que prestarán ayuda a Loyola a lo largo de su carrera religiosa. Concretamente, Ribadeneyra recoge en la Vida los nombres de dos de esas primeras benefactoras

*Supieron su prisión algunas personas principales, y entendiéndolo su inocencia, le enviaron a ofrecer su favor y a decirle que, si quisiese, le harían sacar de la cárcel. Entre estas fueron dos más señaladas. La una fue **doña Teresa Enríquez** madre del duque de Maqueda, señora devotísima y bien conocida en España. La otra fue **doña Leonor Mascareñas**, dama que entonces era de la emperatriz, y después fue aya del rey don Felipe N. S., siendo príncipe de España; la cual murió en recogimiento religioso, y fue siempre una de las más devotas y bienhechoras de nuestra Compañía. (Vida I, XIV).*

Igual que las protectoras de Loyola son mencionadas por sus nombres y con el tratamiento de ‘doñas’, don Quijote quiere que, en la historia de su vida, las dos primeras benefactoras también tengan nombres de ‘señoras’ y el mismo tratamiento de ‘doña’, es decir, asciendan de condición, se les trate dignamente, porque en religión, teóricamente, todos somos iguales.

También la forma de darles nombres a estas primeras colaboradoras guarda relación con la forma en que se rebautizará a los primeros compañeros de Ignacio: “Poco después de

⁷⁷¹ Ignacio, antes de la fundación de la Compañía, siempre anduvo rodeado, además de señoras, de este tipo de mujeres a las que él toma como objetivo principal de sus reformas...“Quienes de más cerca podían observar a Iñigo eran el hospitalero y su mujer. Pocas cosas escapaban a la curiosidad de la hospitalera [...] La mujer, instintivamente, se mostraba más severa con las mujeres atapadas que iban a visitarle al amanecer. Hacía cinco días que no dejó entrar a una, a pesar de sus quejas. Entre marido y mujer recomponen de modo genérico la familia de visitantes: mujeres y hombres casados, mozas estudiantes y frailes. Y aportan algunos nombres concretos: Juan el albardero, Dávila la panadera que fue <<mujer del mundo>> antes de casarse, la beata Ramírez, Isabel la rezadera, una hija de Parra, una mocita hija del alcahalero Isidro, la viuda Mencía de Benavente...El auditorio podía alcanzar a veces la docena de personas” Tellechea 1997: 190.

éstos se unió a Ignacio, tras los Ejercicios, el castellano Nicolás Alonso, natural de Bobadilla del Camino, en la diócesis de Palencia. Se le llamó siempre con el nombre de su pueblo natal [Bobadilla]”⁷⁷².

La analogía aparece reforzada por las similitudes anagramáticas y fonéticas, similares a las ya comentadas en el capítulo uno, entre los cuatro nombres

<i>VIDA</i>	<i>QUIJOTE</i>
<u>doña Teresa</u>	<u>doña Tolosa</u>
<u>doña Mascareñas</u>	<u>doña Molinera</u>

Resulta especialmente significativo que don Quijote pida a las dos mujeres que se dignifiquen “por su amor” pues, conociendo su ya proclamada lealtad a Dulcinea, este amor solo puede entenderse como un deseo espiritual de gozar con el bien ajeno, con la dignidad que él les está otorgando al tratarlas como damas y ofrecerse a servir las. Es una idea, una disposición hacia todas las mujeres, similar a la mantenida por Loyola desde la conversión, por eso con la segunda “le pasó casi el mismo coloquio” y los mismos ofrecimientos que con la primera.

SIN PEDIRLE LA COSTA

Cerrada la ceremonia con los dos últimos detalles de colocar la espada y la espuela, don Quijote se siente ya armado caballero y preparado para salir en busca de aventuras. De nuevo aflora el deseo, la angustia que le impulsa a actuar y ha permanecido temporalmente reprimida durante la noche de vela. Ahora, por fin legítimo caballero, su principal aspiración es salir al mundo

Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vio la hora don Quijote de verse a caballo y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él, y abrazando a su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir a la buena hora.

También Loyola andaba ansioso por salir, por dar principio a su nueva vida, es una idea, ya conocida, planteada por Ribadeneira, aunque envuelta en el más cursi estilo pastoril y seudo divinizante

como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor (Vida I, II).

Don Quijote “no vio la hora” y Loyola “buscaba con ansia”, los dos tienen prisa por salir y poner en marcha la nueva aventura. También el confesor y el ventero desean que se vaya, ninguno de los dos quiere seguir hospedando a un individuo capaz de alterar la paz de sus recintos.

Loyola y el confesor debieron despedirse de forma similar a como lo hacen don Quijote y el ventero, unidos, hermanados por unas ceremonias y ayudas que los dos nuevos pupilos agradecieron para siempre.

Por último, el ventero, igual que el confesor, lo dejó marchar sin pedirle “la costa”⁷⁷³ de la posada, una expresión, como se aprecia en la nota, también presente en la Vida y relacionada con la camaradería religiosa.

⁷⁷² Dalmases 1986:101.

CONCLUSIONES CONFESOR-VENTERO

Concluyamos, en definitiva, que don Quijote llega a la venta con una idea preconcebida, viendo lo que quiere ver, lo que necesita ver: un castillo, unas señoras en la puerta y al señor del castillo, con quien anhela celebrar la ceremonia de la vela imprescindible para lanzarse al mundo en busca de aventuras. Pura parodia de la llegada de Loyola a Montserrat, donde acude con la idea preconcebida de realizar una confesión general que le limpie de pecado, paso previo para la ceremonia de la vela de armas con la que esperaba formalizar su nueva situación y lanzarse al mundo como peregrino.

Confesor y ventero son, pues, las dos primeras personas que, en sus periplos hacia la gloria, necesitaban encontrar urgentemente tanto Loyola como don Quijote, y los dos lo consiguieron. Lo dice expresamente Ribadeneira (“*lo primero que hizo fue buscar un escogido confesor*”) y lo confirma el narrador al mencionar al ventero como primer morador del castillo-venta, pues las mozas con la que habla previamente se encontraban “*delante de la puerta del castillo*”, mientras que el ventero salió de dentro (“*pasara muy adelante si a aquel punto no saliera el ventero*”).

A partir de ese punto y siguiendo en la línea de descontrol informativo a la que nos tiene acostumbrados, el narrador va a ofrecernos una larga y contradictoria cantidad de datos sobre el ventero.

Por un lado, nos lo presenta como un auténtico malhechor (“no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje”), “un poco socarrón”, experimentadísimo en los más importantes lugares de mala vida de la época y, en consecuencia, en “audiencias y tribunales”, aunque ahora retirado en la venta y dedicado más a robar que a servir a su clientela.

Por otro, el mismo narrador, al ir informando sobre la actitud y obras del ventero respecto a don Quijote, ofrece una imagen radicalmente opuesta, pues también nos avanza que es un hombre tranquilo (“hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico”), prudente (“no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento”) y temeroso (“temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente” / “medroso”). En ninguna de sus acciones se comporta con maldad, sino todo lo contrario. Ayuda a beber a don Quijote, se turba cuando éste se pone de rodillas, le concede el ‘don’ que le solicita sin saber en qué consiste y, aunque sea para divertirse, ordena que se cumplan sus deseos. Y, cuando toda la venta se vuelve contra el caballero, lo defiende por comprender que está loco, incluso le pide disculpas por las interrupciones y agravios recibidos.

Ahora bien, donde se comporta como un maestro, como un consumado actor, es en la investidura, organizada con tanta erudición que el experto don Quijote lo acepta todo como auténtico. Detalles como la información sobre el tiempo, la pescozada y el espaldarazo, o los dos testigos, nos dan idea de su extraordinaria capacidad para organizar y, sobre todo, convencer, porque ¿era, por ejemplo, indispensable el muchacho con la vela cuando el ventero no lee, sino que murmura lo que le da la gana? ¿Para qué, sino para impactar a don Quijote, necesita luz junto al libro?

Aunque solo sea por burlas, que como se ha visto no son tantas, el ventero se toma demasiadas molestias con don Quijote, porque ¿quién “dio luego orden”? ¿Quién, sino él, una vez conocida la precariedad del huésped, patrocinó y organizó la filantrópica actividad con el objetivo de calmar la ansiedad del aspirante a caballero?

⁷⁷³ “También de España le enviaban sus devotos algún socorro y limosna, con la cual y con la que le enviaban de Flandes, podía pasar más holgadamente, y aun hacer **la costa** a otro compañero” (Vida II, I)

Solo la promesa de don Quijote de cumplir al pie de la letra los consejos del ventero nos da una idea exacta del poder de persuasión de este sutil empresario con quien la crítica especializada, siguiendo ciegamente las aviesas opiniones del desconcertante narrador, se ha cebado tradicionalmente en improperios, como si, en vez de personaje de ficción, fuera realmente un personaje histórico. Maravilloso error que pone en evidencia el embeleso de la fascinante prosa cervantina, capaz de hacernos ver y decir, como erráticas marionetas, lo que se le antoja al genial prestidigitador oculto entre bambalinas.

Porque, insistimos, una cosa es lo que dice el narrador y otra lo que podemos deducir del comportamiento de los personajes, de la generosidad de este ventero que incluso se deja abrazar por don Quijote, le escucha pacientemente cuantos agradecimientos y “extrañas” cosas se le ocurren, le responde como mejor y más inteligentemente puede y, para colmo, le deja marcharse “sin pedirle la costa de la posada”.

¿No hay, pues, una falta de coordinación entre lo que predica el narrador y lo que hace el ventero? ¿Se puede acusar de prototipo de todos los ladrones a quien, además de dar de comer y beber a un loco, lo ha albergado, le ha seguido el juego y le ha aconsejado y defendido a sabiendas de que no recibirá nada a cambio?

En realidad, el comportamiento del ventero entra dentro de lo que hoy definiríamos como un perfecto asistente social, un sicólogo experto en literatura caballeresca que, con paciente comprensión, logra convencer a don Quijote de que debe volver a casa, proveerse de un escudero, dinero, ropa para mudarse, etc., consiguiendo lo que nadie, por otros métodos, hubiera logrado. “El ventero, como los ayos y maestros de caballeros y príncipes, ha vuelto a don Quijote más prudente de lo que era”⁷⁷⁴.

¿Por qué el narrador se ceba con su pasado? ¿Por qué le vitupera constantemente con acusaciones de las que no da ninguna muestra? ¿Por qué está siendo tachado de “socarrón y taimado”, de bellaco personaje al estilo del Arlistar y, a su vez, estamos recibiendo otro tipo de información que contribuye a forjarnos una imagen totalmente opuesta y que, poco a poco, irá desacreditando la labor informativa de un narrador cuya opinión comienza a parecernos muy poco fiable?

Probablemente para alejar su figura de lo que, simbólicamente, representa, o incluso para forzarnos a una lectura profunda del texto.

En ese sentido resulta muy significativa la frase “El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón”, pues en ningún momento se ha dicho, aunque sí sugerido, con lo que el narrador está invitándonos a una lectura crítica, de la que obtendremos la conclusión de que todo lo dicho sobre este buen hombre se corresponde más con la labor del confesor de Loyola que con la mala fama atribuida a un personaje cuya verdadera socarronería se haya en el arte que muestra para jugar a tres bandas, para actuar como personaje de la novela y del trasfondo paródico.

Porque, efectivamente, lejos de quedarnos con la peyorativa imagen del discípulo de Caco introducida por el malintencionado narrador, el ventero, desde su primera aparición en la novela y, sobre todo, a través de sus obras, conforma un personaje que puede corresponderse con el de un buen confesor, un director espiritual, un consejero incapaz de contrariar al ‘novel caballero’ y dispuesto a “seguirle el humor”, la misma actitud comprensiva seguida por Chanones con Loyola, a quien debió ver como alguien que trae una buena idea en la cabeza pero que lo ignora todo sobre espiritualidad, oración, recogimiento, etc.

Hasta tal punto influyeron los consejos de Chanones en Loyola que, en vez de continuar el camino previsto hacia Jerusalén, se detuvo sine die en Manresa para poner en práctica

⁷⁷⁴ Egido 2008: 31-70.

sus recomendaciones sobre oración, retiro, abstinencia, mortificación, etc., prácticamente lo mismo que hará don Quijote, modificar su rumbo, sus primeras intenciones.

Es normal que, como confesor y consejero, Chanones tratara de impedir que Loyola viajara a Jerusalén en tales circunstancias, que utilizara razonamientos y estrategias similares a la del ventero, acercándose a él con comprensión y recordándole sus correrías juveniles en la misma línea, pues también Chanones, “en los años de su mocedad”, debió albergar sueños de martirios, peregrinaciones y, en definitiva, de santidad.

Solo así puede ensamblar la idea del valiente y pendenciero ladrón con la del pusilánime hombre temeroso que cumple a rajatabla los deseos de un loco que tiene a toda la venta en vilo. Solo así se comprende a toda esa gente rústica y amedrentada por un hombre de cincuenta años y puro hueso. Solo la idea de un “loco” por Cristo en un monasterio de gente permisiva y caritativa puede encajar con la serie de circunstancias parodiadas por Cervantes porque, lógicamente, además de la crítica a las oraciones y murmuraciones que, de forma generalizada, recae sobre los ritos eclesiásticos, también es lógico pensar que el confesor de Loyola, en el caso de que accediera a officiar el rito de la ceremonia para complacerle y favorecer que abandonara definitivamente el monasterio, debió coger cualquier libro y murmurar en latín algunas oraciones adecuadas al momento, pues era francés y se supone que debería estar bastante al margen de ceremonias caballerescas castellanas.

Añadir por último, por respeto a la verdad histórica que, después de Chanones, Loyola dispuso en Manresa de un segundo y desconocido confesor que, según los biógrafos, fue su verdadero maestro y orientador espiritual, el que aparece varias veces citado, tanto en el Relato como en la Vida, en la época de los escrúpulos.

Dicho confesor, probablemente un sacerdote dominico, desempeñó “un papel crucial y sumamente influyente”⁷⁷⁵ en su trayectoria. Solo un experto, lo que hoy consideraríamos un psicoanalista experimentado, pudo, según Meissner, salir bien del encuentro con un hombre atosigado “por los tormentos depresivos, los impulsos suicidas y las aparentemente interminables meditaciones obsesivas del peregrino [...] Brindaba consejo e instrucciones a su perturbado penitente, lo que probablemente servía de muchas maneras como ego auxiliar, ayudando al peregrino a discernir más cuidadosamente, a integrar y dominar su ansiedad abrumadora. En medio del escrupuloso tormento y la depresión del peregrino, el confesor sirvió de maestro sabio que le ayudó a discernir lo que era real de lo que era imaginario [...] podemos suponer que en el curso del proceso de conversión Iñigo debe haber experimentado la reanimación de impulsos algo infantiles originariamente dirigidos hacia los padres. Estos impulsos luego fueron proyectados a un contexto religioso, y en efecto el confesor se convirtió en el buen padre a quien los anhelos infantiles que había en las profundidades del corazón de Iñigo respondieron con una sensación de afecto, devoción y humilde sumisión. El mismo Ignacio nos cuenta que <<obedeció a su confesor y ese día y el siguiente se encontró librado de sus escrúpulos>>. Este giro de los acontecimientos lleva todos los signos de la muy conocida cura por transferencia”⁷⁷⁶.

¿No desempeña el ventero el mismo papel crucial e influyente en la trayectoria de don Quijote? ¿No le ayudó a dominar su ansiedad abrumadora? ¿No le ayudó a discernir lo real de lo imaginario? ¿No actuó, en definitiva, como el buen padre a quien don Quijote responde con afecto, devoción y humilde sumisión?

Parece evidente que Cervantes y el jesuita Meissner obtuvieron conclusiones muy parecidas de la lectura del Relato.

⁷⁷⁵ Meissner 1995: 116-117.

⁷⁷⁶ Meissner 1995: 116-117.